



Athuel Fortunato **memorias de la calle**

memorias de la calle

Relatos biográficos
de artistas urbanos
de La Plata



Athuel Fortunato

Memorias de la calle

Relatos biográficos de artistas urbanos de La Plata

Athuel Fortunato

Editorial Bosque

Fortunato, Athuel

Memorias de la calle: relatos biográficos de artistas urbanes de La Plata / Athuel Fortunato; coordinación general de Matías David López; ilustrado por Eva Ferrán. - 1a ed revisada. - La Plata : Bosque Editoras, 2022. 260 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-48259-3-3

Arte Urbano. CDD 791.092

Licencia Creative Commons

AtribuciónNoComercialCompartirIgual 4.0 Internacional.

Sos libre de difundir y compartir, sin fines comerciales, con aviso previo y cita al autor y editorial.

Toda obra derivada debe llevar una licencia similar

Corrección y edición por Josefina Garzillo para Editorial Bosque

www.editorialbosque.wordpress.com - editorasbosque@gmail.com

Memorias de la calle

Relatos biográficos de artistas urbanos de La Plata

Athuel Fortunato

Ilustraciones - Eva Ferrán



A mi familia y amigos;
por apoyarme siempre y
acompañarme en cada paso.
A mi vieja; por enseñarme a
caminar el maravilloso universo
artístico.

A Matías David López; por
toda la predisposición, las
muchas asistencias e incontables
contribuciones.

A Eva Ferrán; por sus
bellísimas pinceladas.

A cada uno de los artistas que
forman parte de *Memorias de
la calle*; por sus narraciones,
experiencias y anécdotas,
por compartir sus diversas
perspectivas de la realidad y
del mundo, por hacer posible
este libro. A la totalidad de
interventores urbanos, que llenan
de color e historias la ciudad.

«Porque el arte es vida,
presente en cada esquina;
es átomo, es partícula, es respiración,
y es, hasta la muerte más divina»

Paix Figueroa

Por amor al arte

«...conectar las almas por el arte
es librarnos de ataduras y presiones;
una larga estancia en donde somos
uno en lo diverso, sin temores»

Rubén Edgardo Sánchez

Amarte

Índice

Introducción:

Hacedores de la mítica ciudad - 15

Pensando el arte callejero - 26

I. La piel de la ciudad - 39

II. Juglares de hoy - 67

III. Pantomima callejera - 93

IV. Fábrica de hacer pájaros - 107

V. Magia de la calle - 133

VI. El rojo es su verde - 155

VII. El arte de hacer reír - 171

VIII. La voz de los que no pueden hablar - 187

IX. Arte de la no estaticidad - 205

X. Bombo y platillo - 229

Epílogo: Expresar para transformar - 265

Sobre el autor, la ilustradora y la editorial - 271

INTRODUCCIÓN

Hacedores de la mítica ciudad

La luz del sol emerge e ilumina tenuemente al todavía desolado centro platense. Es la mañana de una arbolada ciudad que emana arte en sus galerías adoquinadas y coloridos murales. Pronto miles de habitantes llenarán las calles de historias, relatos, movimientos. Cerca del mediodía, multitudes circulan a paso ligero; de seguro inmersas en sus vertiginosas rutinas. Entonces es cuando resaltan las figuras y personajes que con su arte llenan de magia la ciudad. Vestigios de color y alegría, debate y reflexión, expresión y reclamo, transgresión y transformación, identidad y cultura; conforman un entramado heterogéneo de sentidos y discursos. Son el continuo diálogo de la sociedad, ahí frente a nosotros.

Al recorrer la ciudad de La Plata vislumbré una gran diversidad de producciones artísticas, pululantes intervenciones que seducen con la calidad, preparación y dedicación de quienes las realizan. Es difícil imaginar el sinfín de historias que albergan estos artistas urbanos, sus comienzos con la práctica, los motivos y factores que les condujeron a presentar sus obras en este particular escenario que es la calle; un espacio cultural sumamente comunicativo e inclusivo, donde se intercambian ideas y se expanden los horizontes del conocimiento, un espacio de disputa y transformación social. Pero, ¿qué sabemos realmente de estas intervenciones y de los artistas que las llevan a cabo?

Personalmente, el arte callejero siempre me pareció un campo llamativo, desde su variabilidad hasta la complejidad que representa intervenir los espacios públicos. A lo largo de varias temporadas veraniegas tuve la oportunidad de vivir

en carne y hueso esta experiencia artística, realizando giras nocturnas por distintos restaurantes, peatonales o galerías, solo con mi guitarra electroacústica. Estas intervenciones las llevé a cabo en diferentes lugares, comenzando en El Bolsón y posteriormente en otros sitios vacacionales como Las Grutas; pero también fuera de Argentina, más precisamente en el sur chileno y el norte de Brasil. En mi recorrido, pude conocer a una innumerable cantidad de artistas urbanos, ya sean músicos, pintores, payases, bailarines o de otras ramas artísticas, de les cuales muchas eran del extranjero y hacía años que desarrollaban sus intervenciones en diferentes partes del mundo. Salvo alguna excepción, siempre observé un aire de respeto hacia la actividad del otre, mostrando apoyo y dejando enseñanzas a aquellos que se encuentren dando sus primeros pasos.

Se trata entonces de una actividad que, además de enriquecedora, significa realmente un sustento económico para solventar gastos a la hora de viajar; pero más importante aún, reconozco en ella un excelente medio de expresión y de llegada a la sociedad, un espacio que es de todes, porque cada une de nosotres tiene su rinconcito de artista. Todes tenemos algo que decir, algo que expresar, sea de la forma que sea, con la música, la escritura, la pintura.

Cuando nos expresamos proyectamos hacia el exterior algo de lo que está dentro nuestro, algo de lo que somos; el arte nos desoculta. Al mismo tiempo, lo artístico está también ahí, en “el afuera”: es un generador de cambio, un enlazador para vincularnos con le otre y con los diversos contextos que atravesamos como sociedad, planteando formas alternativas de percibir, habitar y construir el mundo. Esa, desde el vamos, es la premisa bajo la cual se erige esta obra.

En este libro presento una suerte de antologías del arte urbano platense. Con base en la compilación y producción de diferentes relatos biográficos de interventores urbanos, llevo a cabo un ciclo de entrevistas a los propios practicantes, alentando el desarrollo de narrativas en torno a sus experiencias en la calle y el detrás de escena. El enfoque busca lograr también que las narraciones nos proporcionen otras formas de pensar y apreciar estas intervenciones, observando a los artistas del espacio público como actores políticos partícipes en la construcción cultural e identitaria de la comunidad; es decir, alcanzar una percepción más profunda de lo que ocurre a nuestro alrededor cuando caminamos por la calle. Obras que cincelan artísticamente la urbe; develando, a su vez, el maravilloso y heterogéneo “caos” de subjetividades que conforman la ciudad, sus variadas maneras de activarla y habitarla.

Como si de un viaje a bordo de un micro se tratara, recorreremos la ciudad y en cada parada nos topamos con diferentes interventores, diez en total, quienes nos relatan sus aventuras callejeras, evidenciando la gran pluralidad de perspectivas que existen en torno a la expresión artística, el espacio público, la sociedad y el mundo. A continuación, una breve presentación de los protagonistas del libro.

Nuestro viaje inicia con el inquieto muralista Eduardo Alcántara, popularmente conocido como LumpenBola, quien hace ya muchísimos años esparce sus pinceladas artísticas a través de los muros platenses, los carga de expresión, los hace conversar con la comunidad. El arte es un «generador de transformación», afirma el propio artista; la obra efímera, en la calle se torna inclusiva, pasa a pertenecerle a todos, y así dialoga con cada persona que la transite. Se trata de conmover al otro, de intervenir la piel de la ciudad para impactar en la sensibilidad de la comunidad.

La segunda parada tiene como principal actor a Federico Andrés Pavón. Este guitarrista callejero tiene bien claro que la intervención artística del espacio público no se acota tan solo en una práctica o actividad, sino de toda «una forma de vida y una liberación del sistema». Proporciona la posibilidad de una autonomía laboral para los artistas, a la vez que genera un espacio de arte para todos; es pensar el arte por fuera del ámbito académico-institucional, en su faceta más popular.

La sola presencia de Alejandra Greco en la calle, con su anaranjado saco y azulada peluca, es arte puro en todo su esplendor, un arte muy poético. El intervenir el espacio público «ya tiene toda una poesía en sí», comenta la joven mimo de las calles platenses, protagonista del tercer capítulo. Ella recorre las avenidas y peatonales jugando con todo aquel que se cruce por su camino, transforma en gigantes sonrisas los rostros de la comunidad que transita la urbe. Al igual que las demás ramas del arte callejero, toma al espacio público y lo convierte en un medio comunicacional, un espacio de vínculo y diálogo con el otro, lo transforma en una herramienta para el cambio social. Greco entiende la intervención callejera como una «unión entre lo que pasa en el mundo y la calle, y también lo que te pasa a vos con el otro».

Y si de poesía callejera se trata, no podemos dejar de hablar de Ignacio Pastorino, la siguiente parada de este viaje. Bajo el seudónimo de El Anartista, este escritor callejero carga de poesía la ciudad; escritos que buscan impactar – sobre todo– en las juventudes, en pos de lograr un mayor compromiso con las diferentes situaciones adversas que atraviesa la comunidad. Poesías que enfrentan los invasivos avances tecnológicos que tanto interfieren en los vínculos sociales y nos distancian a unos de otros; poesía para que las personas elijan por el lado de la humanidad, para quebrantar ese carácter inanimado de la población, para

despertar a los caminantes de la ciudad. Como plantea el poeta, la expresión callejera postula la posibilidad de un mundo diferente, la posibilidad de cambio; es el «luchar por un mundo donde la sociedad sea más humana, donde la gente en la calle no camine como zombi».

La quinta parada nos presenta al mago Nicolás Zaccardi. La sorpresa es la meta que persigue en cada transeúnte; por donde él pase, una persona queda boquiabierta. Rostros incrédulos y estupefactos son testigos de los increíbles trucos del artista, quien busca que sus espectadores «por un instante se olviden de sus problemas y disfruten de un show, hacerlos volar». Es buscar la unión de la comunidad a través del arte, para compartirlles alegría, un mensaje; generar emociones en su variado público.

El capítulo que sigue tiene como protagonista a Sabrina Alzugaray, una malabarista-semaforista que, con shows que no alcanzan el minuto de duración, logra conmover y asombrar. Ella entiende al arte callejero como «una posibilidad de agente de cambio», como una herramienta de enlace comunitario, y para llevar cultura y posibilidades de trabajo a todes les que habitan la ciudad. El arte callejero «es expresar, es comunicar, es denunciar, es incomodar, es dar», así lo afirma Alzugaray. Resalta la lucha que mantiene contra el sexismo aún vigente en estas prácticas, sobre todo en el ámbito circense, donde algunas técnicas, como el lanzamiento de cuchillos –una de las especialidades de Sabrina–, por lo general, son realizadas solo por hombres. En esta misma línea, sus narrativas nos permiten analizar los condicionantes que existen en el espacio público para el desenvolvimiento artístico de una mujer: el machismo como amenaza cotidiana y el miedo que tantas veces se hace presente al salir a la calle.

Se trata de un «lugar de libre expresión, de libre acceso, para que se pueda disfrutar de la diversa y hermosa infinidad de actividades artísticas que existen», así lo observa el interventor del séptimo capítulo del libro: El Payaso Manotas. Emanuel Loriece carga consigo tantísimas experiencias artísticas por los diversos espacios de la ciudad, teniendo como principal escenario la Plaza Azcuénaga; sus funciones de malabares, monociclo, mini bicicleta y mucho más, están abiertas a todo el público que desee presenciar sus muy entretenidos shows humorísticos, permitiendo así romper la exclusividad de los espectáculos privados y pagos.

En la subsiguiente parada nos adentramos en el mundo del graffiti. El colombiano Mateo Chaves, conocido en la escena de la pintura urbana como Subone, se expresa a través de los muros de la ciudad hace ya más de una década. Sus narraciones son un excelente medio por el cual zambullirse en el detrás de las pintadas con aerosol. A través del graffiti la calle y los muros cobran el rol de ser comunicadores de ideas, emociones, percepciones de la realidad y el mundo. Un espacio donde figuran perspectivas alternativas a las presentadas en los canales tradicionales de información, los relatos no contados, las historias silenciadas. Como destaca el propio artista, la calle es el campo donde aflora «la voz de los que no pueden hablar».

El arte es «la libre expresión del alma humana», sostiene el protagonista del noveno capítulo de esta travesía urbana. Sergio Montero, conocido como “la estatua viviente de calle 12”, se embarcó en esta disciplina por el año 1995. Bajo el seudónimo de La Estatua Peronista, vestido de túnicas y peluca blanca, su práctica sobrepasa el quehacer de una estatua callejera convencional; inquieto y frenético, sale a conversar con cada persona con la que cruce caminos, y así comparte con la comunidad sus visiones políticas y

perspectivas de la sociedad. Esa albina figura resalta siempre entre la muchedumbre, la estatua sin falta está ahí entre las multitudes de cada marcha y manifestación que tenga lugar en La Plata, hasta incluso ocupando un cargo en la lista de un partido político. Acorde a su forma de intervenir el espacio público, Montero observa el arte como «una herramienta de transgresión, una forma de romper los esquemas. Es dejar de ser una máquina, para que tu alma se exprese».

Llegamos así a la última parada de nuestro viaje, la del bombo y el platillo. Como referente de la murga Pacto de Negros, Mariel Gómez nos proporciona un amplio campo de visión al interior del mundo murguero en la ciudad de las diagonales. Se trata de una forma de expresión callejera sumamente colectiva, que conjuga una gran variedad de sentidos de compromiso, solidaridad y unión barrial. Es íntegramente un arte compartido. El barrio unido se expresa por medio de la murga, en ella encuentra una identidad, una familia, una contención; «es la cuna que abraza a las vidas que llegan», así la define esta experimentada artista. En la murga el barrio halla un espacio por el cual expresarse, por el cual reclamarle a la sociedad las realidades y los conflictos que atraviesa. Se trata también de una forma de liberación, un tipo de expresión que descubre sus raíces en aquella manifestación cultural del candombe de los pueblos afroamericanos esclavizados en esta región en la época colonial. Tal como remarca Gómez, el arte en la calle es el «brindar para que los saberes y los dones giren, y también para que todo eso vuelva; lo que uno da siempre vuelve».

* * *

Opté por la utilización de la técnica metodológica de relatos biográficos, la cual comprende la recolección y producción de las diferentes experiencias vividas por una persona y expresadas con sus propias palabras, porque resulta un dispositivo propicio para sumergirse en las vivencias de les artistas, comprenderles de forma más completa y lograr situarse en los pies de les propios interventores. Una herramienta que halla sus orígenes en la década de 1980, en Francia, y que parte de diferenciar la historia vivida por una persona –a todas luces inaprensible– y el relato que sobre dicha historia elabore el sujeto; evidenciando los procesos de construcción de la experiencia social y las vinculaciones entre sus reflexividades, sensibilidades, pruebas y soportes afectivos, materiales y simbólicos; de esta manera, permiten mostrar las sociabilidades en las que una persona está inserta¹.

Como manifestación de la propia sociedad contemporánea, en este libro conviven diferentes formas de expresión, al igual que diferentes modos de hacer y de habitar las artes y la ciudad. No soy ajeno a la problemática del lenguaje y apoyo la construcción de una comunicación no sexista, más igualitaria e inclusiva; por tanto, entre algunas idas y vueltas, finalmente decidí redactar mis aportes –introducción general, introducciones de cada capítulo y epílogo final– utilizando un lenguaje inclusivo². Mantuve, de esta forma, las narraciones y los relatos de les interventores lo más cercano a su originalidad, alterando lo menos posible sus modos y el lenguaje en que fueron expresados, para que así los capítulos estén impregnados con rasgos propios de la personalidad de cada artista. Esta decisión incluye el no amoldar sus relatos al lenguaje inclusivo, puesto que eso significaría una gran modificación en sus maneras

1 Pablo Francisco Di Leo et al., “Mirando la sociedad a escala del individuo: el análisis de procesos de individuación en jóvenes utilizando relatos biográficos”, en Athenea Digital, vol. 13, núm. 2 (2013), pp. 131-145.

2 Recurrí al material Lenguaje inclusivo: guía de uso, de Zack Mascías (2018) –quien integra el colectivo “Asamblea No Binaria”–; una guía que está basada en el Pequeño manifiesto sobre el género neutro en castellano, escrito por Rocío Gómez (2016).

de expresarse, al igual que no creí correcto atribuirme el poder de cambiar las expresiones que utilizaron.

El principal obstáculo que se antepuso en mi camino, a la hora de inclinarme hacia la utilización del lenguaje inclusivo, fue el hecho de que ninguno de los diez artistas presentados en el libro se expresa de esta forma en la narración de sus experiencias en el arte callejero, lo cual desembocaba –en el caso de redactar con este lenguaje mis aportes, como finalmente hice– en la convivencia de ambas formas de expresión, la tradicional y la inclusiva, y el continuo pasaje de una a la otra. Fue en última instancia cuando comprendí que –siendo un libro de análisis social, enfocado en la cultura y la práctica artística, donde el espacio público, la calle y la ciudad juegan un papel protagónico, reafirmando la inclusividad como uno de los ejes principales– la convivencia de múltiples y diversas formas de expresión y nominación al interior del libro resulta un uso textual más semejante y acorde a la vida social en la que estamos insertos hoy y los diferentes tipos de comunicación y vinculación que existen, que conviven y construyen la comunidad y el territorio. Así como también comprendí que hemos llegado a un momento en que uno debe optar por una postura en relación a la inclusividad en nuestras formas de expresarnos, comunicarnos y vincularnos.

De esta forma, los capítulos del libro se encuentran compuestos por dos elementos: por un lado, la narración del artista, sus vivencias con las intervenciones callejeras, comentadas desde sus propias palabras; por el otro, un respectivo comentario crítico que introduce al relato. Vale la aclaración, los relatos que integran el libro están concertados a partir de las propias palabras de cada uno de los interventores, pero atravesados por un proceso de producción, ya sea un reordenamiento de las ideas expresadas o sustitución de algunas terminologías, con el fin de lograr una mayor fluidez en la narración.

Intento presentar un contenido original y atractivo, principalmente narrado desde las propias palabras de cada artista, con un respectivo abordaje comunicacional de dichas experiencias biográficas. Una serie de narraciones que relatan y grafican cómo se llevan a cabo las diferentes actividades e intervenciones artísticas que tienen lugar en las calles platenses y los sentidos que aguardan en su interior. A su vez, se busca plantear una perspectiva del espacio público-urbano no solo como lugar de acceso comunal, sino también como territorio de construcción cultural e identitaria de la comunidad; un ámbito sumamente politizado, de disputa. Ontología de la artísticidad callejera y los diversos modos de hacer, pensar y habitar la ciudad.

Partiendo de esta base, para cada relato llevé a cabo entrevistas en profundidad a cada uno de los interventores, enfocadas en recorrer a lo largo y ancho la práctica en sí, realizando un posterior análisis e interpretación de las mismas. Se trata entonces de la construcción de diez relatos biográficos, intentando así brindar una polifonía de voces y abarcar una gran diversidad de los tipos de prácticas artísticas existentes, tanto de aquellos artistas que llevan un largo tiempo activando en la calle, como así también de quienes se encuentran dando sus primeros pasos. Efectuando, de esta forma, una cartografía artístico-cultural y un análisis de las diferentes variantes de intervención artística que tienen lugar en La Plata, introduciéndonos en los diversos espacios y escenarios en los cuales presentan sus proyectos, ya sea en plazas, peatonales, galerías, avenidas, trenes, colectivos, entre otros. Intervenciones que buscan sacar el arte a la calle, planteando a la comunidad otras formas de participación, alternativas a los habituales y tradicionales espacios artístico-culturales e institucionales³.

³ Graciela Alicia Di María, “Intervenciones platenses en el espacio público urbano: el Proyecto Kalle”, en *Boletín de Arte*, núm. 13 (2013).

El hecho de no contar con un material gráfico de este estilo, que proponga exclusivamente un espacio donde se relate sobre la actividad de los diferentes artistas de la ciudad y con sus propias palabras, fue un gran impulso para mí en la creación de esta publicación, un medio por el cual los artistas callejeros de nuestra comunidad puedan narrar acerca del desarrollo de sus producciones y los diferentes factores que les condujeron a realizar sus prácticas en este escenario tan especial que es la calle. Les invito entonces a zambullirse en este florilegio de intervenciones urbanas platenses, en las diversas y asombrosas epopeyas de cada uno de estos artistas. Les invito a formular su propia reflexión e interpretación del arte callejero, sobre sus aportes y lo que simboliza para la comunidad. Asimismo, invito a todo aquel artista, aún con dudas pero sin faltarle ganas, a soltar sus temores y salir al adoquinado; para abrirse y compartirse, para dejar sus rastros de expresión, para pintar de arte la urbe y la vida de los ciudadanos.

En cada rincón de la ciudad hay huellas artísticas, vestigios latentes. El semáforo se pone en rojo y se despliega un espectáculo de malabares; al dar la vuelta a la esquina, en la peatonal, una guitarra musicaliza el recorrido; al esperar el bondi en la parada, reluce un enorme y asombroso mural cruzando la calle. Todo aquel que se encuentre transitando estos espacios podrá ser público y testigo de las primorosas intervenciones, llevadas a cabo por artistas que irrumpen en la monotonía rutinaria que carcome el día a día. Artistas de la desprogramación; ralentizadores de esta vida líquida, tan escurridiza como agua en la palma de la mano. Sin el arte callejero la ciudad no sería la misma, claro está; muy en falta se sentirían las voces de aquellas personas que a través de su arte expresan una lucha y una diversa cosmovisión de la realidad y del mundo. Practicantes que construyen el territorio y lo cargan de relatos, de discursos. Hacedores de la mítica ciudad.

Pensando el arte callejero

Las prácticas culturales en el espacio público experimentaron un gran brote con la desocupación y como una esperanza de transmutación social, en el contexto del estallido popular del 2001. A partir de la crisis económica que golpeó y fuerte en Argentina⁴, pueden hallarse buena parte de las raíces de estos modos de expresión artística: un acontecimiento que expandió las posibilidades en los modos de hacer, ver, decir y mirar, planteando nuevos interrogantes sobre política, cultura, arte y sociedad. Estos son los albores de una gran explosión artístico-callejera en este país. Un periodo que marcó un antes y un después en la sociedad argentina, que produjo nuevas formas creativas de organización y acción colectiva y una mutación en las subjetividades, fue un disparador para la creación de colectivos y formas de intervención y acción pública⁵. Potenciando, de esta manera, la emergencia de nuevas maneras de hacer arte, de expresión artística que –en un paralelismo con las vanguardias reconocidas a nivel global– serán cada vez más importantes e influyentes en nuestra sociedad, en el surgimiento de nuevos pensamientos.

Observamos el arte callejero, entonces, como una parte constituyente, antes que trascendental, al interior de los procesos de producción y mutación de subjetividades, algo inherente a la vida social y al territorio que habitamos. Son expresiones artísticas que –junto a otros tipos de prácticas culturales– dan pistas de las posibles formas otras de habitar y pensar la ciudad; estas representan un capítulo de

⁴ Tras la caída del régimen de tipo de cambio fijo y privatizaciones, el INDEC registró en el año 2001 el peor indicador histórico de pobreza, la cual superaba al 55% de la población del país.

⁵ Matías David López, Cambio de piel: intervenciones culturales, acción colectiva y politicidad emergente en el espacio público (tesis doctoral), La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2017.

la economía general de símbolos, bajo la cual la sociedad se manifiesta y construye representaciones del mundo⁶.

La relevancia de profundizar en el desarrollo de estas actividades en el espacio público se halla en que no solo estamos realizando un relevamiento de intervenciones artísticas, sino que también ingresamos en el campo de la formación cultural y la construcción de identidades; un espacio semiótico de ampliación y producción de conocimientos, de intercambio de ideas. Como sostiene De Certeau⁷, son “artes de hacer”, mediante las cuales se lleva a cabo una reapropiación del territorio; de usos y resignificaciones que les usuarios de la cultura realizan a partir de las diferentes representaciones sociales. Ardides del espacio; transformadores de ese lugar, donde la realidad se imprime y se torna subjetiva.

Les practicantes –mediante la “práctica”– construyen una identidad, que les permite entender su rol al interior del entramado de relaciones sociales y reconocerse en el territorio habitado. Estas “artes de hacer”, las capacidades creadoras, consideramos que son el patrimonio cultural de la ciudad, la cual vive en tanto preserva sus memorias, sus gestos y relatos, sus pasados reciclados en función de usos presentes⁸. Un espacio donde las diversas narrativas disputan entre sí, donde las imponentes discursividades de los medios de comunicación hegemónicos atomizan y opacan a los pequeños relatos de las calles.

Es así que, a partir de estas narraciones, nos aproximamos y adentramos en la inmensidad de historias –diversas y desiguales entre sí– que dan vida a la ciudad, relatos que la

6 Mario Margulis, Marcelo Urresti y Hugo Lewin, *Intervenir en la cultura: más allá de las políticas culturales* (1ª ed.), Buenos Aires, Biblos, 2014.

7 Michel De Certeau, *La invención de lo cotidiano 1: artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Iteso, 1999 [1979].

8 Michel De Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol, *La invención de lo cotidiano 2: habitar, cocinar*, México, Universidad Iberoamericana-Iteso, 1999 [1979].

conforman y demuestran los diferentes modos de transitarla, de narrarla; conocer los usos polisémicos del territorio habitado.

Por las historias, los lugares se tornan habitables. Habitar es narrativizar. Fomentar o restaurar esta narratividad también es, por tanto, una labor de rehabilitación. Hay que despertar a las historias que duermen en las calles y que yacen a veces en un simple nombre, replegadas en ese dedal como las sedas del hada. Son las llaves de la ciudad: dan acceso a lo que esta es, una visión mítica, una mitología⁹.

La existencia misma está signada por narrativas; somos en tanto nos encontramos insertes al interior de diferentes formas discursivas. La identidad parte de una otredad, de la existencia de un Otro, y este no puede existir sin un contexto e historias de por medio para narrar. Los discursos constituyen, entonces, la territorialidad; el territorio es construido y nos construye¹⁰. Por tanto, el espacio público configura los modos de habitarlo y, a su vez, es configurado constantemente por los modos de sus habitantes; es una retroalimentación positiva.

Se trata de un espacio urbano en el cual se exhiben y trabajan los diversos aconteceres de nuestra comunidad, un espacio de expresión y manifestación popular, de respuesta ante políticas gubernamentales. En muchas de estas prácticas artísticas se percibe una visibilización de diferentes reclamos y conflictos que está atravesando la sociedad, como bien puede ser la denuncia de situaciones de injusticia; extendiendo de esta forma los modos posibles de protesta social y de acción colectiva en el contexto actual.

Así la calle ocupa un lugar esencial en la construcción

⁹ Ibid., p. 145.

¹⁰ Alfredo Juan Manuel Carballeda, "El territorio como relato: una aproximación conceptual", en *Margen*, núm. 76 (2015).

identitaria de una comunidad, en ella se enmarcan estas actividades no institucionalizadas, que presentan un claro compromiso social y formas de politicidad emergentes, como dinámicas de “producción” de la ciudad. Prácticas culturales que continúan siendo un campo poco explorado, pese al gran crecimiento que presentaron en la última década; sobre todo, en la ciudad de La Plata, donde se ha construido a la calle como un ambiente propicio para la comunicación de ideologías y perspectivas del mundo¹¹. Intervenciones que impactan en las nuevas configuraciones del espacio público y plantean formas alternativas de organización y participación colectiva.

Al ser un espacio de común acceso para la comunidad, el arte callejero constituye un muy eficiente medio comunicacional para el diálogo y el debate de la sociedad, para exhumar y poner en tela de juicio las problemáticas que se atraviesan y que tan solo, con suerte, hacen eco en los grandes medios de comunicación, sin ser tratadas en profundidad ni aportando nuevas perspectivas o una relectura sobre el tema. Es también un modo de transformación y construcción cultural, una forma de colorear el día a día de la comunidad. Obras que generan síntesis sociales, lugares de identificación, una resignificación de los espacios públicos y calles transformadas por la mágica presencia de los artistas¹². Claro está, entonces, que en ese lado rutinario y desidioso de la vida social contemporánea, ante la desigualdad y la ausencia de diálogo, el arte callejero emerge como un gran agente transformador.

El espacio urbano es terreno de disputa, cuyas apropiaciones van mutando con el paso del tiempo, es campo de discusión amplia, de contradicciones y,

11 Antonela Schiantarelli, Santiago Goicoechea y Daniel Ayala, *Intervenir LP: Intervenciones socio-artísticas en el espacio público* (tesis de grado), La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2014.

12 Natalia Lorena Arias y Ezequiel Kaufmann Payero, *Circo de calle* (Tesis de grado), La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2014.

por sobre todas las cosas, un bien social. Se trata de entender al territorio como un ser vivo que va perdiendo y cambiando su piel; las prácticas artísticas intervienen esa piel y así posibilitan que la ciudad se exprese¹³. Las ciudades conjugan memorias, deseos, signos de un lenguaje, son lugares de trueque de palabras, deseos y recuerdos¹⁴.

Dejemos a un lado la acotada percepción de la urbe tan solo como un suelo habitable o una simple delimitación espacial. La ciudad es una compleja y maravillosa telaraña, desbordada de historias, donde cada seda y filamento es un relato diferente, cuyos tejidos se renuevan y están en constante mutación; está compuesta por un entramado discursivo sumamente heterogéneo, con una multiplicidad de formas posibles de habitar y narrar, desiguales entre sí, lo cual produce que en muchos casos sea un territorio de disputa. El arácnido, como ente regulador del espacio y de la trama discursiva que lo conforma, en este caso, puede que fácilmente lo reconozcamos en el Estado y sus políticas público-urbanas que organizan y administran el territorio, como también lo reconoceríamos en las lógicas comerciales que imprimen la vida social; pero aquí es importante pensar que en realidad esta compleja telaraña es administrada por los propios modos tradicionales de habitar la ciudad, por las pautas y formas de vinculación históricamente establecidas, por las costumbres culturales, por los subrepticios prejuicios contruidos en nuestra sociedad; estos son, en parte, el verdadero arácnido o ente regulador del espacio. Por tanto, debemos reconocerlo en la propia sociedad, que en definitiva es la que constituye tanto al Estado como al territorio en sí, y es la que plantea las diferentes lógicas y formas de habitarlo. Son las reglas y normativas -potencialmente influenciadas por los modos tradicionales de ser en la ciudad, cooptadas

13 "Sienvolando", en *La Pulseada*, núm. 55 (noviembre de 2007).

14 Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Italia, Einaudi, 1983 [1972].

por intereses económicos y privados, propias de un sistema clasista y patriarcal- las que atrapan y encapsulan a ese agente diferente, al insecto que tensiona y tire de sus hilos; embisten la idea o sentido que busque una mutación social, que impacte en las formas tradicionales de narrar y habitar el territorio.

Pero siempre existe ese margen de cambio y es aquí donde entra en juego el arte callejero como herramienta de transformación. El arte tiñe y carga de color los blancos y grisáceos hilos, los transmuta, así conmueve a la araña, así se expresa y dialoga con la comunidad, así genera nuevas sedas y filamentos. Algunos artistas, los más transgresores, corren un mayor riesgo de ser encapsulados por el arácnido, mientras que otros se amoldan a las reglas, a lo justo y necesario para transformar e intervenir la telaraña desde su interior.

Como es arriba, es abajo; como es adentro, es afuera. Nunca homogénea, la ciudad es altamente entrópica. No es un sistema estático y en ello reside su “orden”; una manifestación de la propia existencia y devenir del cosmos, una manifestación de nosotros mismos. Tierra de luceros, cada persona un astro. Infinidad de relatos orbitan cada estrella, son parte de ella, surgen de ella y de su entorno; la constituyen. Estos relatos son bosones de Higgs de la ciudad, partículas elementales para la conformación del territorio; posibilitan que los diferentes elementos constituyentes tomen cuerpo. Los astros, a su vez, no danzan solitarios y aislados por el cosmos, lo hacen conjuntamente; cohesionados, giran en torno a la galaxia en pleno entrelazamiento narrativo.

La urbe es campo habitado por incuantificables elementos entretejidos mediante redes discursivas; universo de historias en continuo movimiento y esparcimiento. No posee una tendencia conservadora, al contrario, se encuentra en una constante mutación y expansión de su estado de composición

narrativa, su energía vital. Ese maravilloso “caos” – heterogeneidad de filamentos en las sedas de la telaraña, que componen el entramado discursivo urbano– tiende a ascender a niveles cada vez mayores de diversidad y complejidad. En la transmutación de su estado, la ampliación de sus formas de narrarla, pensarla y habitarla, accionan estas intervenciones del espacio público como un motor de cambio social.

Así, arte y política se conjugan, impulsando las intervenciones artístico-callejeras como una herramienta interesante para la expresión popular. El espacio público como un territorio sumamente comunicacional, donde emergen voces silenciadas; la calle como una posibilidad de inclusión. Se trata de un espacio de transgresión, donde se quiebran pautas y normativas sociales, donde se postulan formas alternativas de ser en sociedad, un campo donde se siembran otras verdades. En este sentido, pese a no ser una de las entrevistadas del libro, creo pertinente retomar las palabras de Luxor, un interventor callejero que lleva muchos años pintando los muros platenses y acompañando con su expresión artística las diferentes luchas de visibilización y reconocimiento: «En la calle no hay verdad, mi verdad se cruza con la verdad de otra persona. Salir a la calle es salir al dinamismo, es vivir de manera no estática. La calle está sujeta a interpretaciones de los que la habitan. Hay que pensar a la calle como seguridad y adentro –quedarse en casa sin hacer nada– como inseguridad. Seguridad es salir a compartir, no a criminalizar al que está en la calle»¹⁵.

Por más que algunas intervenciones estén mayormente destinadas a una lucha política y de reclamo social, mientras que otras tengan un enfoque más orientado hacia el lado de “lo artístico”, aun así, el hecho de estar interviniendo

15 María Cristina Fükelman et al., “Arte de acción en La Plata: Luxor Magenta”, en *Plurentes*, vol. 2, núm. 3 (2013), p. 4.

en el espacio público, con todo lo que eso conlleva, genera un medio de expresión alternativo al ámbito institucional y sumamente inclusivo. Intervenir en la calle es, por tanto, intervenir en un territorio que produce identidad cultural, que construye los modos de habitar y pensar la ciudad y activa un espacio para el cambio. Siguiendo esta línea, las prácticas de expresión artística en el espacio público constituyen de por sí un acto político, como formas de politicidad emergentes. Así como sostiene Matías David López, en las calles se «debaten las frustraciones y los deseos colectivos, es donde se desenvuelven los dramas del presente, pero también donde se traman los proyectos de cambio»¹⁶.

Si nos enfocamos en la transgresión como elemento distintivo del mundo de las intervenciones artísticas en el espacio público, el caso del graffiti retrata de forma muy clara el carácter subversivo del arte callejero. Se trata de ese posicionamiento frente al orden social, esa resistencia a las reglas establecidas y a los edictos que buscan configurar los modos posibles de habitar y narrar el territorio que habitamos, a partir de discursos que reproducen los medios hegemónicos de comunicación. Las pintadas de aerosol, entonces, como una herramienta para mitigar la represión hacia las formas otras de expresión y politicidad en la contemporaneidad; para romper esa inhibición de subjetividades emergentes, ejecutada por mandatos tradicionales que trazan y condicionan el despliegue sociocultural de la comunidad, bajo un sesgo innegablemente exclusivista. Tal como lo plantea Fabián Aguilar, los escritores de graffiti «atacan a la vista, la saturan entre avisos producidos por la publicidad comercial y política, desbordan el espacio callejero y urbano sin reparo a la duda. Develan en la calle el caos que se reprime en la dialéctica hegemónica de los medios de comunicación

16 López, op. cit., p. 8.

cooptados por intereses comerciales y políticos»¹⁷.

Bien podría esto ligarse a esa percepción de “la ciudad limpia”, históricamente instalada en la sociedad: la búsqueda de un espacio público aséptico, es decir, uno “cuidado” de aquellos gérmenes y agentes que puedan producir una infección y un cambio en los modos y discursos tradicionales de organización social. De esta forma, con el apoyo mediático, se crean prejuicios y sentidos sociales que limitan las formas de expresión y manifestación, con discursos como el de “bellas artes”, y “malas artes” o “vandalismo”. De aquí surgen esas políticas público-urbanas que dificultan el desenvolvimiento de estas prácticas artísticas. En este sentido podemos decir que las políticas públicas son un síntoma de la concepción de espacio público y cultura que posee el Estado¹⁸.

La intervención callejera genera, además, una irrupción en la vida de aquel transeúnte que se encuentra desligado de los acontecimientos y conflictos que marcan la coyuntura actual, como también en la vida de aquel que no suele frecuentar instituciones o espacios de arte, produciendo así un medio por el cual pueda vincularse con el diverso mundo artístico. Esta irrupción ante el transeúnte produce un impacto en su sensibilidad y en su relación con las problemáticas que está atravesando la comunidad en la que vive. Puede que la intervención no sea de su agrado o no concuerde con su ideología, pero lo que sí es seguro es que no pasará desapercibida y que colaborará en la exposición y comunicación de los diferentes reclamos sociales.

Así se contempla al arte callejero como el campo que las nuevas generaciones utilizan para comunicarse y expresarse, una forma de percibir y hacer el arte, un

¹⁷ Fabián Aguilar, *El Juego: Graffiti Writing La Plata, Berisso y Ensenada 2016-2019* (Tesis de grado), La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2019, p. 6.
¹⁸ López, op. cit., p. 8.

medio para intervenir y transformar la realidad, un productor de identidad cultural, un germinador de ideas.

Lejos de fomentar el desarrollo y la expansión de estas prácticas artísticas, en la actualidad se observan ataques e impedimentos que parten de políticas estatales (como bien se vivió en el año 2018 con la reforma al Código Contravencional en CABA¹⁹, que impulsó la unión de miles de artistas callejeros en defensa de su expresión, su trabajo). En su generalidad, la comunidad permanece todavía distante de esa aceptación total del arte callejero como forma de expresión y trabajo; por eso, mi enfoque también apunta a concientizar acerca de las posibilidades laborales que existen en las actividades artísticas desarrolladas en la calle, en una Argentina donde la tasa de desocupación aumenta año a año –basándose en las encuestas y registros estadísticos presentados por el INDEC–²⁰. Resulta clave, entonces, analizar los abordajes que de estas prácticas realizan los medios hegemónicos de comunicación, coberturas que muchas veces van en contra de la consolidación de estas expresiones culturales, catalogándolas como vandálicas, infundiendo resistencia y rechazo a lo diferente. Así mismo construyen los discursos del miedo, en búsqueda de políticas de seguridad que estigmaticen a los sectores populares,

19 Ley N° 1.472. Artículo 1° - Lesividad. El Código Contravencional de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires sanciona las conductas que por acción u omisión dolosa o culposa implican daño o peligro cierto para los bienes jurídicos individuales o colectivos protegidos. En La Plata desde el año 2018 se han generado polémicas y críticas desde diversos sectores en torno al proyecto de “Código de Convivencia” impulsado por el intendente Julio Garro. En el año 2021, luego de algunas postergaciones y de sostenidos cuestionamientos por parte de muchas organizaciones de la sociedad civil, el Concejo Deliberante aprobó el proyecto.

20 Según las estadísticas presentadas por el Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina, en torno al tercer trimestre de 2019, la tasa de desocupación en el país alcanzó el 9,7%, una de las más altas en las últimas décadas. De acuerdo a las cifras correspondientes al primer trimestre de 2021, la tasa de desocupación alcanzó el 10,2%.

criminalicen la protesta y la manifestación popular.

Por este motivo, *Memorias de la calle* es mi pequeño aporte para suplir esa necesidad: generar un espacio en el cual se explenen los relatos biográficos y la propia perspectiva de los artistas callejeros de La Plata, donde también se analice el lugar que ocupa la calle como territorio comunicacional, subversivo, con su posibilidad de romper las reglas. La calle como un punto de convergencia narrativa, una gran trama semiótica, constituida por un inmenso entramado de sentidos y discursos; un campo donde se entrelazan los diferentes relatos que constituyen al territorio y a la ciudad.

I

LA PIEL DE LA CIUDAD

Los muros dialogan constantemente con la comunidad; en las pinceladas que esculpen su piel hallan expresión, una voz. Colorean el día a día, comunican problemáticas, conflictos e injusticias, exponen ideas y preguntas, aportan perspectivas y formas de ver al mundo, proponen discursos de cambio. Al circular por La Plata, podemos toparnos con un mural dedicado a la Noche de los Lápices y otro con la figura del desaparecido Jorge Julio López, otro enorme de los Redonditos y uno que refleja la histórica rivalidad futbolística entre Estudiantes y Gimnasia.

Desde aquellas primeras pinturas rupestres, plasmadas en las rocosas paredes de las cuevas paleolíticas, hasta el mural urbano; la pintura siempre nos ha acompañado. En este camino, la Revolución Mexicana de 1910 fue la gran base sobre la cual se forjó el muralismo que observamos en la actualidad. En un México pluricultural y multilingüístico, en ruinas tras el proceso revolucionario y con una profunda desigualdad social, pero siempre con la vista al frente, la educación pública y el desarrollo de un programa de arte público fueron los dos pilares para la construcción de una identidad y unidad nacional, como herramientas para promover los valores propios del Estado moderno y la memoria colectiva.

El filósofo José Vasconcelos, fundador del Ministerio de Educación y primer Secretario de Educación Pública en México, fue el gran impulsor de este movimiento; luego de la Revolución, le encargó a un grupo de jóvenes

artistas que realizaran un mural en las paredes de la Escuela Nacional Preparatoria de la Ciudad de México, dedicado a la voluntad nacional. A partir de entonces, de la mano de figuras como Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, surge un muralismo mexicano, cargado de simbolismos, dotado de técnicas y estéticas particulares, enfocado en la valoración y recuperación de la historia. Una forma de pintura pública, integradora, que representa un fuerte golpe al mercado del arte; una pintura no coleccionable, una pintura para la lucha social y el fortalecimiento de la identidad nacional.

Una vez que le artista da por finalizada su intervención, esta se incorpora a la piel de la ciudad, al debate de la sociedad. El mural «una vez que está en la calle le pertenece a todos; al barrio, al lugar, a la comunidad», lo afirma sin dudas Eduardo Alcántara, más conocido como LumpenBola, un ya popular artista callejero de La Plata. Al igual que él, sostengo la idea del arte inacabado; las obras nunca se dan por finalizadas, siempre existe posibilidad de continuarlas y resignificarlas, la comunidad se apropia de ellas y las va nutriendo con el paso del tiempo.

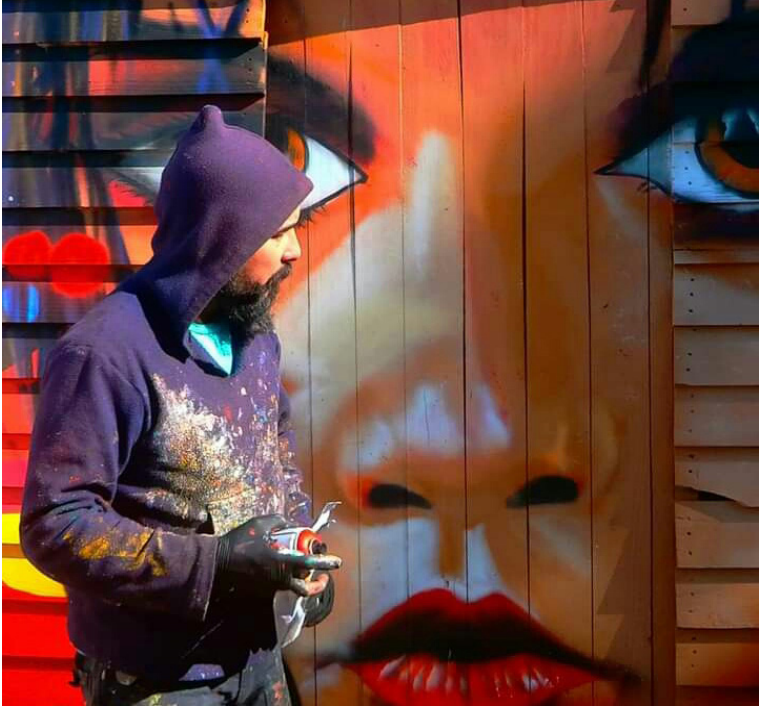
Ahora nos toca colocarnos en los pies de este artista, para intentar comprender qué significa intervenir los muros de la ciudad, utilizar las paredes como medio de expresión, como medio laboral, como un canal para llegar a la comunidad y transmitir tus perspectivas e ideas.

El concepto de lumpen -acortamiento de la voz alemana lumpenproletariat- hace referencia al sector social más bajo del proletariado. “LumpenBola” es la firma que da crédito a la gran cantidad de murales que realizó este artista en muchos años de profesión, los cuales se encuentran desplegados por La Plata y alrededores. Inquieto y rodando como una bola,

su versatilidad se observa en el continuo desarrollo de nuevos proyectos y emprendimientos, tanto a nivel local, nacional y en ocasiones, internacional. El recorrido va desde el origen del seudónimo artístico, sus anécdotas ricoterías y algunos consejos para artistas aspirantes a iniciarse en el mundo de la calle, hasta sus perspectivas en torno a la conceptualización del arte callejero y las nociones y prejuicios arraigados en la sociedad actual para con estas formas de intervención. La relación del arte urbano con el ámbito institucional y las políticas estatales es otro de los pilares que toca este gran artista de la pintura callejera; dejando al descubierto el gran valle que –en muchos aspectos– marca una distancia entre estas prácticas y el modelo excluyente de las “bellas artes”, aún vigente en la sociedad contemporánea. La calle como «la mejor galería que hay», un espacio inclusivo y de libre expresión artística, un espacio de arte para todes.

La mejor galería²¹

LumpenBola



Defenderme con artesanía

Me dedico al arte callejero hace aproximadamente ocho o diez años. La búsqueda está permanentemente en lo que uno hace, pero siempre fui pintor y artista de caballete, esos fueron mis comienzos.

²¹ El siguiente relato se construyó con base en las palabras del artista, entrevistado el 26 de marzo de 2020.

Dibujo desde que tengo uso de razón. Cuando era chico en mi casa no había muchos recursos económicos y tenía muchos problemas con cuestiones pulmonares, me enfermaba continuamente y estar acá en La Plata no me ayudaba mucho que digamos. Entonces, como no podía salir a jugar, opté por dibujar. Dibujaba sobre todo tipo de material, en papel o incluso sobre madera; como en mi casa había una salamandra y una estufa hogar, por ahí mi viejo traía retazos de madera para quemar, yo los agarraba y los llenaba de dibujos. Copiaba mucho de la revista Humor, yo que tengo cuarenta y cinco años; así que las revistas Humor o Sex Humor, de los años ochenta y noventa, caían a mi casa y yo copiaba sus caricaturas y todo lo que podía copiar.

Después de eso, a la edad de diecisiete o dieciocho años, me fui de viaje y volví a los veinticinco ya con una idea de hacer algo, no sabía que era, si música o alguna especie de revolución para mí, que me develara el movimiento. Caí acá en el 2001, con todo el quilombo que fue esa época, lo que me llevó a defenderme con artesanía, sobrevivía con eso.

La intervención callejera

No fui a la facultad, no cursé nunca una carrera universitaria. Cuando volví de ese largo viaje fui directo a inscribirme en la Facultad de Artes, pero la flaca que me daba todos los papeles como para iniciar la inscripción me pregunta «¿A qué vas a venir a la facu?», a lo que respondo «Mirá, yo quiero aprender a dibujar, aprender técnicas de dibujo», y entonces ella me dice «No, qué vas a venir acá a la facultad, te van a achatar, mejor andá a ver a estos pibes». Ahí me da un número de teléfono, con dos nombres, y me sentí medio raro viste. Cuento esto previo a como llegué al arte

urbano. Y bueno, entonces fui a ver a estos pibes, que son Pablo Morgante y Agustín Sirai, dos profes de la Facultad de Artes, ambos de pintura, y arranqué con ellos. Estuve entre cinco y siete años con Pablo y Agustín en su taller particular.

Con el tiempo fueron reduciendo el número de alumnos que tenían porque estaban produciendo mucho, les estaba yendo muy bien en ese momento. Entonces un día me paré y les dije «Che todo bien, pero veo que la gente va dejando y yo voy quedando», y Pablo me respondió «Quedate tranquilo Edu, que a vos te vemos pasta, vemos que realmente tenés ganas de trabajar y no es que tomas el taller por tomarlo, así que quedate». Creo que me habrán cobrado cuatro años del taller y el resto fui por amor al arte digamos, era ir a corregir la obra o venía a mi casa, pintaba y la llevaba una vez a la semana a corregirla y así sucesivamente. En ese periodo participé de varios concursos junto con ellos.

Previo a eso hubo un conflicto laboral acá en el oeste, en Olmos; en ese momento vivía ahí y había una fábrica textil muy grande, la más grande de Latinoamérica: Mafissa. Dentro de ese conflicto estaban implicados familiares y amigos, y había diferentes agrupaciones, tanto de izquierda como de otros partidos, acompañando a la lucha de los obreros. Invitaron a una agrupación a hacer una intervención en una pared frente a la fábrica, esta agrupación era Sienvolando; con “sien” hacen referencia a la mente o la cabeza, por lo tanto, significaría “mente volando”, si lo buscan hay un blog donde se pueden ver todas sus obras. Y bueno, como mi cuñado era uno de los precursores de la lucha obrera que se estaba dando en esa fábrica, él sabía que yo pintaba obviamente y así me invita a participar de la intervención junto a la agrupación. Así que fui, pegué onda con los chicos del grupo del mural y arranqué con ellos.

Desde ese momento quedé pegado más con una intervención callejera o artística urbana que tenga más que ver con la lucha laboral, con la lucha social. Muchas son las producciones de Sienvolando que fueron quedando por la ciudad, que igual no sé si están todavía; tal como puede ser la vista aérea de la cara de Julio López sobre Plaza Moreno. Después se disolvió la agrupación, con la que estuve cuatro años, y ahí arrancamos con Luxor, que es otro de los referentes de acá de La Plata, haciendo intervenciones más relacionadas con el arte urbano que con lo social o político tan tangible. Así, de a poco, me fui dando cuenta que la calle es la mejor galería que hay.

Soy LumpenBola

Resulta algo muy loco el origen de mi nombre artístico. Todo parte del conflicto que venía desarrollando antes, sobre la fábrica Mafissa. Ya por entonces me enfocaba en pintar lo que me pasaba o sucedía a mi alrededor. A todo esto venía haciendo una serie de intervenciones relacionadas a cuestiones fuertes que sucedían, y suceden, en mi barrio; como, por ejemplo, la cárcel de Olmos, donde saqué una fotografía desde los ángulos que a mí me gustaban y en base a eso hice un cuadro. Muchos años después se lo vendí a una profesora de la Facultad de Artes. Cuando apareció el conflicto de Mafissa, decidí encararlo de la misma forma; fui a sacar una foto de la fábrica e hice un collage a través de Photoshop, porque yo me manejo así, mi técnica es el collage en Photoshop y después eso lo copio y lo llevo a la realidad. Saqué entonces la foto, ponché una mancha arriba e hice el collage. Resulta que en ese momento estaba leyendo filosofía de Marx y había un concepto alemán que él usaba que es el lumpenproletariat; por lo tanto, en la parte

inferior y con letras grandes, decidí titular esta obra bajo ese mismo concepto, la llamé entonces “Lumpenproletariat”.

Mi intención siempre fue donar esta obra a los trabajadores, pero bueno, resulta que empezó a rodar por diferentes lugares, digamos sin mi consentimiento, porque ya lo había donado. Estuvo en la Facultad de Artes, en alguna que otra casa o centro cultural, en el Pasaje Dardo Rocha, por todos lados. En una de esas, porque yo ni me enteraba por dónde andaba, fui a un centro cultural que está cerca de la Facultad de Artes, donde había una fiesta y exposición de arte. Fui con la intención de tomar algo y ver lo que había, y entonces me encuentro con que estaba la obra de la fábrica -el “Lumpenproletariat”- ahí expuesta, pero le habían tapado con cinta y papel el nombre, la frase de Marx, que ocupaba todo el ancho inferior del cuadro. Como la fiesta era de los trabajadores del PTS y no sé qué corno más, los tipos no se sentían identificados con ese concepto; el proletariado son los trabajadores y el lumpenproletariado es la población que se encuentra al margen, son los trabajadores que están por fuera del sistema laboral convencional, si lo llevamos a la traducción más argenta, es el changarín, el hombre que no tiene obra social, no tiene jefe, el albañil, el que corta el pasto, ese es el lumpenproletario, el cartonero. Bueno, entonces yo lógicamente me re calenté y, sin preguntar nada, reaccioné sacando la cinta y el papel que tapaban el título de la obra, porque me pareció que estaban haciendo cualquiera; entonces se acercó un flaco y me dijo «Vos no podés tocar nada de acá, ¿quién sos?», y ahí empezamos a discutir mal. Me fui re caliente de ese lugar, porque sentía que estaban haciendo cualquier cosa y no estaban respetando nada de lo que yo había donado.

De casualidad, a la semana paso por ese lugar, por pasar nomás, porque tenía que ir por esa ruta, y había un

container en la puerta; lo cual voy pasando por ahí, chusmeo el container y veo la esquina de algo que me parecía familiar, me vuelvo a ver bien que era y observo el cuadro tirado adentro del container. Lo saqué inmediatamente, no fui a donde tenía que ir y me lo traje a casa. Estaba semi rayado y golpeado en las esquinas, así que lo restauré.

A todo esto, ya habíamos empezado con Luxor a hacer movidas que tengan que ver con el arte urbano y nos invitaron -lo invitan a Luxor en realidad y él me invita a mí- a participar en San Isidro de un encuentro de grafiteros. Mientras íbamos al encuentro, Luxor me dice «Te tenés que inventar un nombre», y le respondo «Sí, ya voy a ver, no sé qué nombre ponerme»; iba entonces en el viaje maquinando con el nombre y estábamos llegando.

En el lugar te hacían una breve encuesta preguntándote quién eras y te destinaban a una pared. Cuando me preguntan a mí, lo primero que vino a mi cabeza fue utilizar dos palabras, y les dije «Lumpen Bola»; «Ah, ¿vos sos Bola?», me dice la chica que anotaba, «Ya tenemos tu pared»; era una pared que estaba apenas entrás al lugar y se veía de toque, y Luxor me mira como diciendo «Vos no sos Bola». Me acerco y decía “Bola” la pared viste, y bueno, ese tal Bola nunca apareció, así que hice un autorretrato, con nariz de payaso, poniéndole abajo “Odio a los payasos”. Por casualidad o causalidad, entonces, me quedó el nombre LumpenBola. Así arranqué con este seudónimo artístico. “Lumpen” viene de ese concepto de Marx y “Bola” de andar rodando, lo cual me remite a no estar estático en un círculo artístico convencional, a estar siempre en movimiento. Al ser la calle mi espacio de intervención, utilicé ese concepto también en honor al cuadro de la fábrica, el cual en estos momentos yace colgado en la casa de un amigo, que me lo compró hace algún tiempo.

De la vieja cuna

Soy uno de los primeros, de la vieja cuna de acá, hasta diría casi pionero del graffiti, el muralismo o el arte urbano en la ciudad. Soy un gran reproductor digamos, no tengo problema con la imagen, me das una y la reproduzco sin inconveniente. Creo que parte de lo que somos se halla en cómo tratamos y resolvemos nuestros problemas. A la hora de encarar una obra, si tenés una imagen en un papel, es buscar de qué formas lo vas a pasar; lo podés proyectar, hacer una cuadrícula, pintar con pincel o con aerosol, todas estas cuestiones se resuelven en el momento.

Trabajé mucho tiempo solo. Hoy en día estoy con Pablo Motta, que es profesor de dibujo de la Facultad de Artes, pero hace dos años que está laburando conmigo y ya lo considero de la calle ahora. En cuanto a mi relación con otros artistas, lo cierto es que a la mayoría no los conozco, pero sí la mayoría de sus trabajos; hay encuentros en los cuales no nos conocemos las caras pero ya sabemos un poco por los nombres, siempre la mejor con todos. Hubo una movida el año pasado que se querían organizar tipo como sindicato, pero como yo no creo en la burocracia, en la burocracia nefasta, no participé. Por más que hubiera tenido beneficios, en algún lugar se iba a corromper. Me parece que esto nace de la acción de cada uno y las ganas que le pone, obviamente podés combinar con algunos compañeros, pero sindicato y burocracia no, te la debo.

La mayoría de los trabajos son a pedido, o sea el concepto general a pintar sale de aquel que te contrata; por ejemplo, el dueño de una pizzería te dice «Yo quiero transmitir tal cosa», y en base a ese concepto inicial que te proponen lo que se hace es una interpretación, casi psicológica te diría, de la persona que te contrata y así tratar

de transmitir lo que el lugar quiera decir. Luego se hace un estudio de campo, de qué manera va a estar puesto, en qué pared conviene, por qué va a estar ahí, qué luces van a ir. Con esta base, saco una fotografía, me vengo a mi casa y lo trabajo en la compu; corto y pego hasta que armo un boceto que me gusta, sobre ese boceto hago un fotomontaje. Se lo paso después al que me contrató y, si es que cierran las ideas conceptuales, ya se lleva a cabo. Se trabaja con látex de exterior, spray, que puede ser Montana o Kuwait.

Mis producciones artísticas están dirigidas al toda la sociedad, no hay un público particular, para eso está en la calle, que es la mejor galería que tenés, puede pasar el tipo del BMW y ver tu obra, como también puede pasar el cartonero y tener el mismo acceso; es el único lugar que iguala toda clase social y todos tienen acceso a la misma visión artística.

La ciudad de La Plata me da mucho laburo, pero de vez en cuando trato de moverme a otros lugares. He ido a Bariloche, a Junín, al Museo a Cielo Abierto en Valparaíso (Chile), he pintado en Jujuy, en Salta, en el Encuentro del Manso en San Juan. Acá en la provincia de Buenos Aires pinté en Pehuajó, en Tandil, en San Miguel del Monte - donde realicé la única obra urbana que hay en el lugar, relacionada con la figura de Eva Perón-, también en General Belgrano, bueno obviamente muchos laburos en Berisso, en Ensenada y en Los Hornos. Trato de moverme a donde puedo y me convocan. El ámbito de mayor frecuencia es la calle, en donde más prolífico soy, porque también pinto obras en mi casa que quedan ahí hasta nuevo aviso.

Transformación del lugar

Las trabas que tuve que superar como artista son las de siempre, las económicas. Nunca tuve problemas con la policía, nunca tuve problemas con lo que uno se imagina a nivel seguridad o lo que sea, ni con los vecinos ni nada, porque creo que mi obra en particular la elegí de modo popular, o sea los personajes a representar en la calle son para que la gente se sienta identificada, sea o no lo que más me gusta hacer, digamos que no la considero mi obra, sino que la obra que está ahí, realizada por mí, pero ya dejó de ser mía.

Una vez que la obra está en la calle no me pertenece, el estudio de campo es buscar que la gente que ve, se identifique con eso, lo reconozca, aprenda. Una vez pintaba a Frida Kahlo, una señora pasó y me preguntó «¿Es la mujer de la casa la que está pintando?», le comenté entonces de qué figura se trataba. Al otro día pasó la misma señora y me dijo «Sabés que la busqué en internet y la verdad te felicito, no sabía quién era ella, es una genia, estuve leyendo un montón». Bueno, pasan esas cosas en la calle, es la transformación del lugar a través de la imagen popular.

La impronta de la calle

El graffiti en su momento, estamos hablando de la década de los ochenta y los noventa, acá en La Plata casi no existía, era muy elitista digamos, había que tener mucha plata como para comprarte una lata de Spray. Hoy en día tenemos acceso a toda esa clase de herramientas, quiero decir, son más accesibles económicamente. Después creo que estuvo Escombros acá, que no puedo decir nada de esa gente, pero sé que tienen más que ver con lo artístico que con

la impronta de la calle digamos, que está más relacionada a un mensaje sociopolítico, parecido a lo que nosotros laburábamos en Sienvolando. Lo que transmutó toda la movida fue el Spray y el acceso a esa clase de herramienta.

Mi trabajo tiene más que ver con la imagen, lo figurativo, no tanto con las tipografías y la filosofía que lleva el graffiti. Hay una diferencia que es cuando la gente te ve en la calle, que se encuentra con el artista, ven que el artista suda, sufre las inclemencias del tiempo, entonces mejor galería que esta no hay. Es humanizar una visión que históricamente se construyó sobre el artista, como algo sublime, cuando en realidad somos todos iguales y esta es simplemente mi actividad laboral.

Hoy en día hay más conciencia en ese sentido, con respecto a que ya se lo toma como algo laboral, va de la mano con esto que venía diciendo, el verte ahí laburando afuera y que estás pasando horas y horas para realizar una obra. Generalmente antes te decían «Che, te presto la pared y vení a pintarme algo». Ya cambió bastante eso, la gente se para a hablarte y te consulta los costos de esta actividad, que es algo muy importante en la lucha por afianzar estas prácticas como algo laboral y un modo de vida.

Es un movimiento, al menos yo lo creo así, a nivel mundial, no hay otra escapatoria; es una cultura instalada a través de que el arte está en las calles. Cuando hay una necesidad y hay mucha demanda de transmitir lo que uno quiere decir, no hay lugares o no se quiere admitir que se está construyendo algo nuevo. Eso pasó en la Facultad de Artes por mucho tiempo, lo cual hoy ya es muy diferente; el año pasado hubo una cátedra de mural, que era Mural Tradicional Mexicano, abrieron esa cátedra y yo el primer día de inauguración fui a dar una charla sobre arte urbano.

Una montaña rusa

Esto es una montaña rusa, te sube y te baja en dos segundos. Pero siempre tiene que ver con las cuestiones económicas del país, a nivel político, y lo prolífico que puede ser uno en el momento de hacer la obra. Si no estás muy activo la gente te olvida rápido y más en los tiempos que estamos viviendo, que todo pasa muy rápido; las redes sociales te ayudan una banda, pero si vos no estás activo en todo momento la gente te olvida. Creo que siempre es el mejor momento para hacer algo nuevo, por eso me es inalcanzable definir mi mejor momento o decirte «Sí, tuve una etapa re cool». Al final son justamente etapas, hay momentos que vas pum para arriba y en otros te allanás un poco nada más.

Tuve una experiencia no tan buena en San Miguel del Monte, cuando fui contratado por parte del municipio del lugar para realizar esa obra de Eva Perón de la que hablaba; la cual pinté en la calle que lleva su nombre, para el aniversario de su muerte, creo que eran los 60 años. Me pidieron entonces un boceto y se los mandé. Lo que hacía en ese momento, parte de la impronta que le ponía, era colocar frases en los murales y en esas frases algunas letras las ponía al revés, no importaba cuál era la letra, quizás era al principio y otra al final, pero en sí era una boludez y un juego que hacíamos -hacíamos digo porque estaba en ese momento con un amigo que venía a darme una mano-. Terminamos de hacer la obra y pusimos la frase, que ya no recuerdo bien cuál era, y yo di vuelta las “R” de toda la oración.

El conflicto llegó después, cuando el gobierno municipal tomó esa acción nuestra, de dar vuelta algunas letras, como un acto de rebeldía con pensamientos de izquierda; imaginate que es un gobierno peronista, ultra facho, porque lo que tiene San Miguel del Monte es que son súper rosistas.

Así que querían no terminar de pagarme la obra si no volvía y arreglaba las letras, a lo que yo les respondí que la obra y el boceto ya lo habían aprobado previamente así, que iba a quedar así, que no era algo realmente importante.

La piba que me contactó, que laburaba para la Secretaría de Cultura de esa localidad, me llamó llorando diciéndome que su jefe la iba a echar, me decía que ella no sabía que yo iba a entrar en un estado de rebeldía, entonces le expliqué que no se trataba de un estado de rebeldía, que yo había presentado ya el boceto así y lo habían aprobado, que era parte de la obra, a lo que ella me dice «Tené en cuenta que puede perjudicar mi laburo», entonces le dije «Bueno, vamos a hacer lo siguiente, me pagan el pasaje y voy de nuevo, no hay problema y el día de la inauguración lo tienen como lo tienen, si se nota la mancha o queda mal ya está, yo no voy a arreglar todo el mural», y me respondió que sí. Entonces me volvieron a pagar el pasaje y fui de nuevo hasta San Miguel, di vuelta las erres esas, habré tardado media hora y quedaron para el culo, que igual fue un poco a propósito, y lo inauguraron así. Desde ese entonces me declararon persona no grata en la localidad.

Aventura ricotera

Cuando era pibe escuchaba rock con un tío que tengo y, cada vez que me iba a dormir a la casa de él y su familia, el tipo me despertaba con Led Zeppelin, Los Redondos o con Ozzy Osbourne. De chico era muy fan de los Redonditos de Ricota y los fui a ver a un par de recitales.

La actividad en la calle me llevó a que Rocambole en algún momento, sin conocerlo, digamos que lo conocía solo por

fotos, tomó imágenes de 17 y 42, donde yo había hecho toda una temática del rock en ese barrio, en La Loma, que fueron mis principios de solista por así decirlo, que no laburaba con otra persona, sino que iba y hacía mi actividad una vez a la semana, sin fines de lucro y por amor al arte. Ahora bien, cuando Skay Beilinson reabre Obras Sanitarias -que por mucho tiempo fue el Pepsi Music-, abre el show con las fotos que había tomado Ricardo de varios murales y graffitis en la ciudad de La Plata, donde parte de ellos son los que hice yo, que tienen que ver con la historia del rock. Entonces una amiga, que estaba en el recital de Skay, me llama y me dice «Lumpen no sabes, estoy acá en el recital de Skay y mirá quien está de fondo», saca una foto y me la envía por mensaje de texto -aún no existía WhatsApp ni nada de eso-, en la foto estaba Skay Beilinson haciendo un solo de guitarra y de fondo estaba el Jimi Hendrix que yo había pintado en 17 y 42.

A partir de ese momento hubo un estallido en esa calle donde había pintado el mural. Al poco tiempo lo conozco a Ricardo y él me invita a una muestra que hace Semilla Bucciarelli, que era el bajista de los Redonditos de Ricota; el tipo también pinta. La muestra era en el Islas Malvinas, ahí en el centro cultural. Me invita y me pregunta «¿Querés venir a colgar la obra?», yo pensé que iba como ayudante y le dije que sí obviamente; así que fui a colgar la obra y a dar una mano, sin pensar que iba a tener acceso a conocer a Semilla. Vino entonces Ricardo y me dijo «Vení que te voy a presentar a Semilla», y me presentó ante él como el «mejor artista urbano y grafitero de la ciudad de La Plata». Así que de esa forma pude conocer a Semilla, un loco re copado, yo nunca imaginé que él me iba a cebar unos mates a mí, estuvimos hablando toda la tarde y no colgué un puto cuadro; fuimos después a comer los cuatro juntos, Ricardo, la chica que organizaba la muestra, Semilla y yo.



Al otro día me invitan a la muestra, obvio que fui, estaba llenísimo, mucho ricotero, en una de esas me ve Semilla en el montón y me dice «Vení, vení y teneme un toque la copa que firmo unos autógrafos», él estaba entonces firmando y justo la revista **Rolling Stone** toma una foto, que luego figuró en una edición, donde estoy yo mirándolo a Semilla con la copa en la mano y él mirándome a mí. Esa noche también nos fuimos a comer los cuatro de nuevo y me dice Ricardo «La casa invita»; después cayeron también Walter Sidotti y Sergio Dawi, estaban todos Los Redonditos menos el Indio y Skay. Terminamos comiendo un asado con ellos en una parrilla del Club Brandsen.

Unir a La Plata

Recientemente hice un mural sobre Estudiantes y Gimnasia; la verdad es que no me esperaba el resultado y la repercusión que tuvo. Fue una convocatoria de parte del club El Volcán de acá de La Plata y el concepto que ellos proponían era tratar de unir a La Plata en una sola imagen. Los personajes que se eligieron para representar a ambos clubes los seleccionaron ellos. Nosotros -lo trabajé con Pablo Motta- pusimos nuestra impronta al realizar el mural, de hacer toda esa composición con base en los nombres que nos habían tirado y en la idea que querían.

Maradona estaba en Gimnasia. Previo a eso habíamos realizado un mural para Diego en Estancia Chica, que es un mini resumen de su trayectoria hasta Gimnasia, y una vez terminado teníamos la esperanza de conocerlo, porque nos habían prometido desde el club, lo cual nunca sucedió.

Hicimos este mural, sin esperar nada a cambio más que el trato que habíamos hecho con el club El Volcán, y como el dueño lo conoce a Troglio, ahí arrancó toda la movida y el revuelo.

No era algo esperado que tenga tanta trascendencia este mural, además yo espero más de otras cosas, cosas que me representan más que el fútbol; a Pablo sí, pero a mí en lo particular no me representa en nada. El fútbol me parece un entretenimiento válido para un día de domingo, lo que creo que me molesta mucho del fútbol es que son millonarios jugando detrás de una pelota y el resto de la gente, motivada por la pasión de un equipo, paga por ver eso, más allá del dinero que genera alrededor. Me parece totalmente absurdo, porque los jugadores que hoy están en Gimnasia mañana están en Estudiantes y viceversa, o sea que no hay un amor propio por lo que uno hace, sino que es jugar para facturar.

Las repercusiones que tuvo este mural en los grandes medios fue porque estaba el Diego en el mural y se movió mucho en las páginas de Gimnasia. En cambio, al mural que está medio escondido en Estancia Chica, que tiene veintisiete metros de ancho por cuatro de alto, no le dieron gran difusión. Este que era mucho menor, pero que tenía un montón de personajes, tuvo más divulgación a través de los medios, medios como TyC o FOX Sport, o también en muchísimas radios de acá y canales locales, después también figuramos en algunos diarios. Pero bueno, igual viste cómo se maneja ese periodismo que corta y pega y dice lo que se le canta, más o menos fue así.

Autogestión

Me muevo por la autogestión desde mis comienzos. Vivo y trabajo de esto hace diez años, sea el precio que tenga que pagar. Es el único ingreso que tengo, sin ayuda del Estado, ni municipal, ni provincial, ni de las instituciones que tengan que ver con el arte; es totalmente autogestivo, al menos personalmente, en otros artistas puede que sea de otra forma.

Este es el trato con los vecinos permanentemente, con el dueño de la pared, con el dueño del local, con la vecina que quiere pintar el frente. La autogestión se ve ahí, en el trato cara a cara, no hay otra manera; a veces también me contactan por las redes, pero sigue siendo ese mismo trato.

El simple hecho de que uno esté laburando en la calle no te convierte en un superhéroe digamos, porque viste uno tiene como esa calificación del artista como algo magnánimo y en realidad son personas que comen, fuman y cagan de la misma manera que lo hace cualquiera. Es el hecho de que te

vean trabajar bajo el rayo del sol o con frío –obviamente con lluvia no se puede pintar–, que estás ahí pidiendo para pasar al baño, agua caliente para tomarte unos mates o lo que sea. Creo que la gente se siente más a gusto al ver al artista trabajar, que ir a una galería y ver al artista simplemente tomándose una copa con sus cuadros colgados. Para que suceda eso, estar en una galería, tenés que tener un poder adquisitivo que no lo tiene la mayoría, entonces la calle te demuestra otra cosa y mucha gente apoya eso. Lo que vas a hacer no solamente es la transformación de esa pared, sino que también transformás la energía del lugar. Sí, significa una alternativa laboral, lo fue siempre y lo es en este momento, lo que pasa es que uno se tiene que dar la oportunidad de creer, cuando uno cree en lo que hace las cosas funcionan.

De la calle a la vida

Noto el crecimiento de hace diez años. Ha cambiado toda mi vida, toda mi existencia. Dos separaciones, dos hijos, cambio de casa, de lugares y zonas. Me permite estar activo siendo así, me siento como un alma totalmente inquieta.

Cambió mucho mi forma de ver las cosas. Con respecto a mi percepción de la pintura, por ejemplo; la obra que está en la calle yo la termino, me voy y me desligo de ella, no me pertenece más, le pertenece al lugar. De igual forma veo mi vida, la camino de esa manera. Una filosofía de llevar la vida como la llevo en la calle, es decir, cometo el acto y vivo el día a día sin expectativas de un futuro, sabiéndola a la calle tan incierta como el futuro mismo.

* * *

Efímera

La obra se termina y queda ahí. Con el pasar del tiempo fui tomando conciencia de que es totalmente efímera, hoy está y mañana puede venir otro artista y pintar en ese muro, continuar la intervención de ese espacio. Se trata de entender a este arte urbano, relacionado con el muralismo, más allá de las técnicas o las herramientas que utilices, no como una propiedad, sino como una manifestación artística. Aunque haya un productor detrás, que sea el dueño del local y que paga por la intervención, ni siquiera él es dueño de esto, porque una vez que está en la calle le pertenece a todos, al barrio, al lugar, a la comunidad. Vienen y le sacan fotos, lo suben a las redes y viaja por internet, entonces uno ya le pierde el rastro.

Por más que vos seas el dueño de la fachada de tu casa y pagues para que yo o cualquier otro venga a intervenirla, la obra no te pertenece. Eso demuestra el estado de conciencia que tiene que tener esa persona que está pagando algo para todos, porque no es el propietario, se la apropia el barrio. La obra está en la calle y es para todos, se puede ir a sacar una foto, publicarla en internet con un posteo, hasta a mí me han intervenido arriba de las obras que había hecho y bueno, al principio por ahí molesta, pero es parte de esto que es la piel de la ciudad, que va mutando de forma todos los días.

Compromiso e intercambio

Por el simple hecho de que sea una actividad en la calle, ya es una actividad sociopolítica. Puede no tener un compromiso en particular, pero quizás la convocatoria es la que acarrea ese compromiso. Es decir, si a mí me convocan de alguna actividad política donde el compromiso

sea, por ejemplo, la desaparición de Santiago Maldonado en su momento o los años de mayor reclamo por la desaparición de Julio López, si ofrecen eso y vos aceptás hacer la actividad, estás poniendo tu compromiso como ser social y ya no es solo algo artístico, sino que pasa a ser un reclamo y vos vas a ser la herramienta de un reclamo de varios. Lo que hace el arte callejero es transformar la sociedad en el sentido visual, estético, y un montón de otras cosas más que seguramente a mí se me escapan y quedan en la conciencia de cada persona, no me puedo adjudicar algo más de lo que yo he vivido o palpado, pero creo que el compromiso social está a través de una convocatoria.

El espacio público es un medio comunicacional. Como dije anteriormente, para mí el arte urbano es algo totalmente cultural, deja de ser lo que es, deja de ser arte callejero, para convertirse en un estado cultural. Puede ser tomado como un acto de respuesta, pero como dije, eso depende de quién te convoque, o si vos tenés tu propio compromiso de decir «Bueno, voy a hacer un reclamo sobre determinada cuestión». Las herramientas las tenés como para utilizarlas, pero hay que ver quién las quiere utilizar y de qué manera, porque el arte sociopolítico no se lo vendés a nadie, en esta sociedad no lo vendés; si vos salís con los taponés de punta a reclamar, vas a tener que ponerte un kiosco y salir a pintar los domingos.

Es un espacio de intercambio de conocimientos, por lo menos entre los pares y la sociedad en sí, porque todo el mundo se para a mirar, a preguntarte y a comentarte algo, todo el mundo viajó a algún lugar y vio algo similar a lo que vos pudiste hacer.

A nivel cultural, para mí es un aporte totalmente gratuito, donde la calle se ha convertido en eso, una pluralidad de gente que está activando con diferentes estéticas, de diferentes maneras, en la ciudad, en las calles, en los barrios,

en las casas de los vecinos; es un aporte totalmente cultural.

En el periodo de Pablo Bruera, que era el intendente que estaba acá en La Plata, llegó el tipo hasta un punto de verlo y de querer hacer un tour turístico con respecto al arte urbano, lo cual con otros compañeros logramos frenar, porque no significaba ningún aporte a la cultura popular que veníamos haciendo nosotros, no hacía ningún aporte a la cultura en realidad, no nos abastecía de nada, el tipo iba a hacer un tour y propaganda política a costillas de algo que se da en la sociedad.

Pintar sin vandalismo

Hay una diferencia (calculo yo y digo que lo calculo porque es muy finita la etiqueta que pone la gente), entre grafitero y muralista. Hay una cuestión que tiene que ver más con la actividad, la parte artística se puede definir de cualquier manera, pero el graffiti, sobre todo el vandalismo, tiene otra cuestión que ya la palabra lo dice. Nosotros actuamos de día y con todo un proceso previo a la realización de la obra, a diferencia de la actividad espontánea del graffiti. También en el rebusque de la composición y la complejidad que tiene la letra en algunos graffiti, se complica para ser legible, es decir, lo lee aquel que está acostumbrado a verlos. De mi parte, no recibí nunca ninguna represaria de nada, pero si salís a las tres de la mañana a pintar todo lo que se te cruza, la vas a tener.

La única autorización es la del vecino. Por suerte no hay ningún tipo de habilitación que se requiera. Quisieron poner una durante el gobierno de Bruera, con la idea de regularizar esto; él quería que se registrara a todos los artistas y vecinos que quisieran que las fachadas fueran intervenidas. Esto consistía en que, por un lado, los que fuéramos artistas,

quedábamos registrados en un padrón, con nombre legítimo y DNI -cosa horrible- y, por otro lado, el vecino se tenía que registrar en catastro para que se interviniera la fachada, esto a nivel municipal. Todos los gastos de la actividad corrían por cuenta del artista, al igual que la mantención de la obra, la cual duraba un año porque el municipio luego tenía el derecho de borrarlo. Era algo totalmente nefasto, pero por suerte no se dio nada de eso. Ahora, por suerte, el vecino te busca para que intervengas, te llama y te dice «Che loco me gusta lo que hacés, vení a pintar, ¿cuánto cuesta?». En ese sentido la difusión por las redes suma mucho. Creo que la difusión en los medios se da sola, no hace falta que nadie la fomente, porque la gente se encarga de subir un mural tuyo, miran la firma y te etiquetan, o uno mismo lo sube y lo comparten.

Un museo público

En la calle ya no está la disputa que por ahí había antes. En los comienzos tenías que pelear por las paredes, con los políticos, porque ellos eran los primeros en tapanlo; también con el grafitero, ese que no entendía nada, que recién salía a pintar y pensaba que se podía llevar el mundo por delante. Pero después esto cambió, todos conocemos las obras de cada uno y se respeta eso; por más que, como decía antes, las obras están para ser continuadas y alimentadas constantemente.

No sé si es un estado de revelación, en algún punto puede serlo si lo querés poner así. Lo que pasa es que el artista callejero no tiene entrada, recién ahora las galerías están integrando todo lo que es el arte urbano, porque los tipos se han quedado sin artistas y quieren los de vieja escuela, tipos de cincuenta, sesenta o setenta años que siguen pintando en el bastidor. En cambio, el arte callejero

tiene esa versatilidad de que se puede pintar en una parte chica como un edificio entero. De alguna manera es apropiarse de la calle para que se genere ese museo público.

Perseverancia

Diría que ya, prácticamente, no existen prejuicios hacia los artistas de la calle en esta ciudad. Fue un camino bastante duro en ese sentido. Cuando arranqué la actividad, al menos acá, no estaba vista como algo que salías a la esquina y te lo encontrabas, directamente te lo encontrabas al otro día, no era porque la actividad se había hecho de noche, sino que en su desarrollo pasaba desapercibida. En un comienzo era así, te decían «Che loco vení, te ofrezco mi pared, vení y pintame», y nadie se ponía a pensar si detrás de eso había un oficio, nadie contemplaba el tiempo administrado o los valores de los materiales. Al principio he pintado, como quien dice en el ámbito popular, por el pancho y la coca, fue así hasta que la perseverancia me llevó a que lograra que mi trabajo tuviera una remuneración económica, que era lo que yo quería.

Creo que hubo un progreso en estos últimos años, derivado de la perseverancia de mucha gente que estuvo activando en la calle. Hoy en día, como dije anteriormente, lo denomino como un fenómeno cultural a nivel mundial. Hubo un cambio de conciencia en la gente, por el solo hecho de ver al artista en la calle activando, sudando y sufriendo las inclemencias del día. Me han gritado «Che loco, agarrá la pala y andá a laburar» unas diez mil veces, y fueron esas mismas personas las cuales después me dijeron «Che loco, ¿cuánto sale tu laburo?» o «Muy bueno, te felicito loco, la verdad que sos un capo».

Al principio discutía mucho con la gente por ese tema,

porque se paraban y te ofrecían la pared o te ofrecían migajas. Se paró una vez un remisero y me dijo «Che loco, tengo una pared así y así, me gustaría pintar tal cosa», entonces le digo «Buenísimo, estaría bueno, pero mirá que yo cobro por esto», me responde «¿Cobrás por esto?», y agarré y le dije «Disculpame, ¿vos de qué trabajás?», «De remisero», me responde, entonces le pregunto «¿Vos cobrás por llevar gente?», y le anticipo «estamos en la misma posición». Finalmente se fue el muchacho, pero bueno es parte de la educación en el estado de conciencia de la sociedad, porque la gente tenía que tomar conciencia de que esto es un trabajo.

No soy buen consejero, pero calculo que la perseverancia y perfeccionar la técnica es lo primordial, es lo que va a hacer la diferencia. Como en cualquier otra actividad, si no tenés perseverancia, fuerza de voluntad y no te vas perfeccionando, vas muriendo, literalmente. Cada uno tiene su manera de manifestación, así como lo puedo hacer yo, lo puede hacer cualquiera, es cuestión de actitud y salir a la calle, tomar las paredes que están vacías y transformar la energía del lugar.

Conmover

Entiendo la pintura callejera como la transformación de la piel de la ciudad, el día a día, su paisaje, eso tiene una carga energética para el artista y para quienes observan. Es como la música, no a todos les gusta lo que puede hacer un músico, pero a alguien seguro le llega... Tratar de conmover de alguna manera con la imagen, con lo visual, con lo que uno sabe hacer. Lo resumo como un generador de transformación, que todo el mundo pueda ver, apropiarse de la obra y que sea para todos.

II

JUGLARES DE HOY

Bajo un sol que derretía el asfalto, entre amontonamientos y bocinazos, mi atención fue cautivada por el sonido de una guitarra electroacústica. Vestido de jean y camisa, sentado en un banquito, bajo un letrero que indicaba la esquina de las calles 6 y 47, resaltaba la figura de Federico Andrés Pavón y sus tangos instrumentales que inundaban la calle.

Entre juglares y trovadores de la Edad Media podemos reconocer las raíces y orígenes de los interventores musicales que hoy despliegan su arte en el espacio público. Estos artistas callejeros, que generalmente eran ambulantes, desarrollaban sus espectáculos con el objetivo de divertir al público y obtener una remuneración por ello, sea dinero o comida, siendo este su sustento de vida. Los juglares utilizaban instrumentos de cuerda, tales como el laúd, la vihuela o el salterio, actuaban en plazas, pueblos y, en ocasiones, eran contratados por la nobleza para presentarse en sus fiestas. Se dedicaban a cantar y recitar, principalmente historias y hazañas de guerreros, relatos heroicos; eran, además, comunicadores de noticias e informaban sobre sucesos que ocurrían en aquella época: una especie de periodismo medieval.

Federico, aquel guitarrista de 6 y 47, encontró en el arte callejero un modo de canalizar el dolor por el fallecimiento de su madre en 2003. Desde entonces la música pasó a un primer plano. Nacido en La Plata, en el año 1982, lleva casi dos décadas con esta actividad. En ese período, vivió todo un crecimiento y una transformación tanto a nivel personal como musical, clarificando así el valor del extraordinario escenario de la calle.

La tranquilidad con que se desenvuelve frente al numeroso público que transita los alrededores del Banco Provincia y la Facultad de Ciencias Económicas, es fruto de muchos años.

Sus cuerdas no solo suenan sobre el pavimento, Federico aprovecha cada ocasión para presentarse en una radio, un bar, en todo lugar que brinde la posibilidad. Cuerdas que también vibran y musicalizan geriátricos, que se fusionan con actuaciones de mimos callejeros. Su caso nos demuestra también cómo el beneficio es recíproco, cómo les artistas crecen y aprovechan lo que el arte genera en la sociedad. Pavón afirma que antes «era muy introvertido, tímido y no hablaba con nadie. Ahora hablo hasta por los codos y soy mucho más sociable».

El arte callejero es también la filosofía del no planear, el plan de dejarse sorprender por el arte, por la vida misma. Este guitarrista nos relata experiencias de viaje, junto a su electroacústica y un pequeño amplificador, dejándose llevar por el momento y por el arte; tal como aquella vez que viajó a Santiago del Estero y se terminó quedando casi cinco meses de improviso, tocando en las peatonales santiagueñas.

El arte inspira y conmueve a la sociedad, la transforma, justamente de eso se trata. Son muchas las normativas sociales que se nos van metiendo por los poros, hasta programar y demandarnos un “trabajo respetable”; pero, como en todo, la moneda tiene al menos dos caras y siempre existe la posibilidad de girarla y que surja la nueva cara: ahí el arte callejero juega un papel importantísimo. El hecho de optar por trabajar de forma independiente en el espacio público, es una declaración de guerra al modelo laboral establecido y estandarizado en la sociedad, es mostrar una alternativa que, al menos en cierta medida, parece más cercana a la idea de libertad. Es también, como afirma el guitarrista,

«una forma de pensar el arte, que no solo está en museos, teatros o instituciones y es aún más masivo e inclusivo».

Federico reconoce en esto una de las facetas más importantes que tiene el arte callejero: «Motivar a otras personas está buenísimo; por ahí mi trabajo no es algo trascendental, ni seré un artista conocido, pero por esas pequeñas cositas que uno genera en los demás es que siento que voy por el camino correcto».

Este guitarrista optó también por transitar una carrera universitaria, en la Facultad de Artes, sin abandonar la música callejera. Fue su hija la que tuvo una fuerte influencia en esta decisión de incursionar en el mundo académico, aunque Federico mantiene sus ideas muy claras: «No creo que uno sea más o menos músico por estudiar en un instituto o en una universidad, pero obviamente te da otras herramientas y, sobre todo, oportunidades laborales».

La imprevisibilidad hace al arte callejero, constituye uno de sus pilares; nunca sabés con qué te vas a encontrar y en eso se halla lo extraordinario de este particular escenario. Continuamente se genera el diálogo con aquella persona a la cual llegaste con tu arte, que se conmovió. Sea que la conoces o que es un completo extraño, el diálogo siempre se genera y hasta llegás a conversar, en ocasiones, de cuestiones que cotidianamente no hablarías con una desconocida. Las personas permiten que los artistas coloreen algunos de sus pensamientos grises. Los transeúntes que se detienen a contemplar el arte que realiza este guitarrista, continuamente le comentan cosas como «Ese tema me hace acordar a mi viejo»; se le acercan a contar sus historias de vida, a desahogarse, a expresar lo que necesitan. Y Federico lo toma como parte de su trabajo.

El guitarrista de 6 y 47²²

Federico Andrés Pavón



Inicios

Toco en la calle desde fines del año 2003. En realidad, arrancamos en 2001 con un compañero, él me enseñaba y tocábamos un rato, pero no con el propósito de recaudar dinero, ni como un trabajo. Eso cambió a partir de 2003, recuerdo que fue por septiembre u octubre de ese año que empezamos, en principio algunos días a la semana, hasta que después arrancamos todos los días.

Empecé a tocar la guitarra en el 2000, tenía dieciocho años, justo antes de terminar la secundaria. En ese momento me dediqué bastante a aprender, más que nada de forma autodidacta, haciendo muchos ejercicios; esta es

²² Relato basado en palabras del artista, entrevistado el 18 de marzo de 2020.

la causa, en cierto punto, de que haya quedado debiendo muchas materias del último año del secundario. Me pasé el período del 2000 al 2003 aprendiendo con mi compañero Juan Díaz, que fue el que me enseñó y con el que armamos aquel dúo. Salíamos a tocar a la calle, pero era más un ensayo de lo que estábamos armando, presentábamos también algún que otro tema nuestro.

Hacer lo que más me gusta

Fue una alternativa laboral, pero no podría decir que fue una alternativa a otra cosa; tenía diecinueve años y hasta ese momento había trabajado como cadete de farmacia, pero aún no tenía la necesidad digamos. Se puede decir que esto fue lo primero que empecé a hacer laboralmente, a los 21 en 2003; ese año falleció mi vieja en agosto y me dije «Algo hay que hacer». Ya veníamos tocando algunos días en la calle, pero a partir de ese momento lo tomé como algo de todos los días. En mi caso fue siempre mi trabajo. Algunos me decían «Tenelo como alternativa», pero la estabilidad está cuando vos tocas regularmente, todos los días, de esa forma te podés hacer un sueldo.

Hay días de verano, en enero, que hay cuarenta grados y yo tal vez voy a un lugar que da el sol y bueno, hay que ir igual. Hay épocas en que renegás, pero después uno se da cuenta que es lo que eligió. Otra alternativa es meterte a laburar en una oficina, en otra cosa que no te guste y ganas lo mismo o un poco más, pero estás haciendo algo que no te gusta. Yo decidí hacer lo que más me gusta y con la calle siempre pude sustentarme económicamente; igual tengo pareja y ella trabaja también, además de tener un departamento propio, por lo que no pagamos alquiler, eso es fundamental.

En principio mi viejo no quería saber nada, él siempre fue empleado y lo que quería es que yo no fuera empleado de nadie, que estudie una carrera como abogacía o medicina. Él es remisero y un día me cuenta que llevó a un pasajero y le habló de mí, le contaba que su hijo era músico y era “bohemio”, cuando en realidad nunca entendí bien eso de la bohemia, y el pasajero le respondió «Entonces tu hijo tiene que ir a escuchar a un chico que siempre está tocando la guitarra entre tal y tal calle», y claro, ese era yo. Ahí mi viejo empezó a mirar la cuestión del arte callejero de una forma más agradable si se quiere.

Como decía antes, en 2003 falleció mi mamá y decidí vivir solo, estaba la opción de irme con mi viejo y su mujer, con sus formas de vivir o solo en una casa que era de mi mamá. Si bien mi viejo me tiraba una mano con alguna cosa, intenté siempre resolverme. La realidad es que la calle, yendo con regularidad, te da la plata para vivir. Mucha gente cuando le digo la plata que hago se asombra y quieren salir a tocar. Tenés obviamente la contra de los feriados, lluvias, si te enfermas, o no tener obra social, pero también de ahí pueden salir contrataciones para musicalizar cumpleaños, fiestas, alumnos para dar clases particulares y un montón de cosas. Desde que empecé a tocar en la calle me banqué solo.

Tengo un canal propio en YouTube y una página de Facebook, por esos medios encuentro a veces contrataciones para eventos como cumpleaños o fiestas, pero más que nada igual eso se consigue tocando en la calle. También a veces a través de la página en Facebook te recomiendan a otras personas. En el canal de YouTube fui subiendo algunas cosas, pero igual lo tendría que tener más activo para sacarle más provecho, nunca agarré la costumbre o la iniciativa de subir con más frecuencia material tocando o algún show en vivo, porque cuando estoy en casa me olvido de todo y estoy

con la nena. A veces si toco en algún cumpleaños y graban algo, ahí lo subo. Obviamente es una herramienta muy útil para mostrar tu material y conseguir alguna fecha en un lugar.

Existe una asociación de artistas callejeros acá en La Plata, tiene que ver más que nada con malabaristas y semaforistas. De músicos no hay ninguna; es más, una vez pregunté justamente para reunirme con esta gente y me dijeron que era otra rama de arte callejero, que lo iban a charlar a este tema cuando se reúnan, pero después no tuve más contacto. Realmente no sé si vale tanto la pena porque hay muchos músicos que tocan por temporada, no están fijos. Se hace difícil sostener algo entre dos o tres que estamos siempre y el resto de paso. No podés formar una asociación cuando no hay un respaldo de gente.

Trabajo en el geriátrico

A partir de mis tocaditas en la calle, surgió también la posibilidad de ir a un geriátrico una hora por día los fines de semana. En sí era trabajar con un señor en especial, que le gustaba la música y lo hacía cantar un poco. Empecé, la hermana notó que él estaba más participativo y socializaba más, me dijo entonces para ir todos los días una hora. Y así hice, organizándome con la facultad obviamente. Después ya surgió la posibilidad de hacer varias horas por día. Tocaba la guitarra y también hacíamos otras cosas como jugar a las cartas, siempre tratando de relacionarlo con la música que es lo que sé hacer, a veces también le leía algo. Se generó así una plata fija que me permitía ir a tocar menos tiempo a la calle y poder dedicarle más a la facultad. Organizarse los tiempos es como todo un rompecabezas que, donde algo se modifica, no sé a dónde puede ir a parar.

Hubo una época en la que he tocado para todos los pacientes y encargados del geriátrico. El tema es que si no es algo fijo se genera la incertidumbre; por ahí te llaman dentro de dos o tres semanas y eso uno no lo cuenta como laburo y lo terminás dejando. Muchas veces también no te querían pagar lo que uno pedía, que no era una locura de dinero. Iba a tocar cada vez que había cumpleaños, que en principio era todas las semanas, después fue cada quince días o una vez al mes y después muy cada tanto; entonces les planteé que el monto que les había dicho era porque tocaba todas las semanas, sabiendo que tenía al menos unos dos mil pesos al mes yendo una vez a la semana, pero si vos me llamás una vez por mes la plata de un día ahí no me rinde tanto que por ahí tocando en la calle, que saco más ganancia en un día. Más allá que se nota que a los abuelos les gusta, lo disfrutan y les hacía bien, uno también tiene que poner en la balanza y ver si realmente le rinde, porque yo por ahí dejaba de tocar en el centro para ir a hacer eso y después sacaba el balance del día y veía que me convenía la calle.

De todas formas, aún continúo visitando a Daniel. Tiene unos 58 o 59 años, fue combatiente en Malvinas. Con él básicamente toco la guitarra, le gusta el folclore y el rock, le gusta en realidad toda la música, a veces toco alguna samba y él la canta. La idea es interactuar un poco, porque si no se va recluyendo en sí mismo y no dialoga.

Salir a la calle

Por la música que hago, que es folclore y tango instrumental, de cierta forma mi trabajo está más enfocado a la gente mayor. Pero la música le gusta a todo el mundo, al que no le gusta la música debe ser de otro planeta, sea el

estilo que sea. Lo que hago es instrumental, para cuando la gente está pasando. También trabajo por ejemplo en muchas muestras de arte o exposiciones, cosa de ambientar y que no tenga una letra que vos tengas que prestarle atención o estar atento, así hasta incluso puede pasar desapercibido. Creo que entonces abarco un público grande. Tenés obviamente personas que no les gusta, pero tal vez no por la música en sí, sino por la imagen que uno produce tocando en la calle. Siempre trato de ir presentable, no te digo saco y corbata, pero tampoco remera rota, por una cuestión mía de forma de ser y por lo que producís en la gente.

Como llevo siempre a mi hija Delfina a la escuela, me levanto a las siete de la mañana. Ya para las ocho estoy libre en mi casa y, los días que no curso en la facultad, voy precalentando un poco los dedos con digitación antes de salir, o toco alguno de los temas que estoy sacando. Tengo un repertorio ya armado, con temas que hago a una sola guitarra y otros a dos, usando bases ya grabadas, la mayoría hechas por mí y otras por un amigo. Los que son temas con pista los tengo hace un montón. Voy ampliando el repertorio de a uno o dos temas, por cuestiones de tiempo más que nada, para poder grabar bien las bases y hacer los arreglos.

Entonces, a la mañana, voy digitando un poco, preparando los equipos y el amplificador. La bicicleta, por lo general, la dejo atada en un árbol cuando vuelvo de dejar a la nena en la escuela. Arranco alrededor de las nueve o nueve y media para la puerta del Banco Provincia, antes que abra, ahí en calle 6 y 47. Trato de ir con tiempo, llevo también una sillita plegable, antes tenía un amplificador más grande que me sentaba arriba, pero era más incómodo para llevar. Cuando tengo todo preparado, afino bien la guitarra y trato de empezar a tocar a las diez de la mañana, para que escuche la gente que está haciendo la cola del

banco, dándole un poco de color a su mañana, porque todos sabemos lo que es hacer una cola en un banco.

No tengo una metodología de estructurar el repertorio de temas; en una época sí lo hacía, iba siguiendo el orden de las pistas según lo tenía en el mp3 y lo repetía dos o tres veces, pero eso te cansa, por más que la gente cambia uno ya lo siente muy rutinario. Entonces lo que hago ahora es ir mechando, por ahí toco dos temas con pista, después hago dos instrumentales a una sola guitarra, después vuelvo con las pistas porque sé que son los temas que más gustan, tratando siempre de ir variando y no caer de nuevo en un orden preestablecido. A veces pasa algún amigo o amiga que canta folclore y los acompaño con la guitarra mientras cantan una chacarera o una samba, está muy bueno que pase eso porque a uno lo saca de la rutina.

Control Urbano y algunos vecinos

El mayor inconveniente que tuve siempre es Control Urbano. También sé que ahí en calle 12 entre 58 y 59, a las puertas de la otra sucursal del Banco Provincia, algunos vecinos se quejan cuando alguien se pone a tocar. Según el estatuto de control urbano, que igual me han dicho que nunca se aprobó, están prohibidas las manifestaciones artísticas y el uso de parlantes en la vía pública. Cuando empecé a tocar, me ha pasado que se llevaran el amplificador, siempre lo pude recuperar, al tener los papeles y la factura del equipo, la última vez me quisieron hacer pagar una multa, la pudimos esquivar. Pero era un lugar en específico, que siempre una señora se quejaba porque le molestaba el “ruido”, nunca se le ocurrió venir a hablarlo y directamente nos llamaba siempre a Control Urbano. Lo que sucede puntualmente

en ese lugar en calle 12, donde a veces interveníamos junto con un chico que toca el bandoneón y canta folclore, es que iba una banda de reggae con un bajo, dos guitarras eléctricas, tres instrumentos de viento, batería y con unos parlantes gigantes, lo que no es acorde para esa calle donde el sonido rebota en todos lados, entonces a partir de eso esta señora no quiso que vaya más nadie a tocar ahí.

Ahora los de Control Urbano vienen y te piden que te vayas, si no ellos te hacen una multa y podés seguir tocando ese día porque no te la pueden hacer dos veces por lo mismo, pero tenés que ir a pagarla. No sé bien los valores de las multas hoy, pero no son para andar pagándolas cada vez que querés tocar. También depende mucho de quién venga, hay agentes de Control Urbano con los que he tenido siempre muy buen trato y hubo otros que no, que vienen con ese aire de autoridad. Como sé que ellos no pueden tocarte, ni tocar ningún instrumento, desarmo mis cosas tranquilo y me voy, porque para sacarte algo tiene que venir un personal de policía y si es que vos te resistís. Después, con otros compañeros, ya fuimos viendo en qué cuadras se puede tocar y en cuáles no. Ahora donde estoy siempre, ahí en 6 y 47, realmente no hay problema porque a los del banco no les molesta, que serían los únicos que se podrían llegar a quejar.

Sé que en Buenos Aires hay un permiso para tocar, que hay que pedirlo para poder estar tranquilo. En La Plata no existe tal permiso, está como contravencionado todavía, pero tampoco te persiguen igual. Cuando recién arrancaba, tuve más problemas para desenvolverme. Recuerdo que fuimos a hablar con la directora de Cultura y nos hizo un papel, pero después un día vino Control Urbano y al entregárselo nos respondieron que en el papel solo decía que ella daba conocimiento de lo que hacíamos, pero no decía que lo avalaba. Así que volvimos con la directora y ahí

nos hizo un papel que daba conocimiento de la actividad y avalaba las actuaciones en la calle en horario comercial. Después, nuevamente ante Control Urbano, nos responden que ella no puede autorizarnos porque directamente la actividad está contravencionada. Entonces la cuestión está en que, si saben que esta contravencionado, ¿por qué nos mandan a hacer esos papeles? Al final lo único que te pueden autorizar totalmente es para tocar en la plaza, pero ahí no pasa tanta gente como en calle 8 o 12.

Con la gente no tuve muchos problemas. Las personas que no les gusta simplemente siguen de largo, no estoy cortando una calle u obstruyendo su paso, no estoy molestando como para que vengan a decirme «Flaco correte». Donde me ubico, prácticamente no hay casas, tengo ahí cerca la facultad y un restaurante del otro lado, entonces no me joden tanto. Al comienzo tocábamos en 8 y 48 y había una mujer, que vivía en un edificio, en un octavo o noveno piso, que decía que le molestaba nuestro sonido. Un par de veces nos llegó a tirar baldazos de agua que nos pasaban cerca o hasta nos tiró huevos, que incluso podrían haber afectado a otra persona que pasaba.

Hubo también otra señora que le molestaba que tocáramos y nos llamaba siempre a Control Urbano, pero después no quería que hagan la prueba de decibeles en su departamento, yo que estaba a mitad de cuadra de donde ella vive, que es un décimo piso, entonces los decibeles de un amplificador como el mío, que tampoco es grande, no pueden sobrepasar el ruido de los autos, las bocinas o el mismo murmullo de la gente, pero ella no quería que hagan el test. Lo mejor fue cuando la escuché a esta señora hablar con el chico de Control, resulta que el hijo de ella también toca en la calle, pero en París, esa era la gran diferencia. En una época, en calle 8, ya la reconocíamos a ella cuando pasaba frente a

nosotros. Sin que hubiéramos empezado a tocar, en seguida caía Control Urbano. Era ya una cuestión visual su molestia.

Son pocos los casos que tuve así, en casi veinte años que hago esta profesión en la calle. En el banco también tuve una situación similar, en frente una chica daba yoga y meditación y un día vino ella con su hermano alterado, directamente a chocar conmigo, pero la gente que estaba haciendo la cola en el banco saltó a mi favor, a defenderme, yo traté obviamente de evitarlo. El tema está en que si vos me venís a hablar y me decís que tal y tal día das clases, que con la música que estoy haciendo no estás pudiendo realizarlas, obviamente no hay ningún problema, iré a ese lugar en otro momento o directamente me voy a otro lugar, pero si vos no venís a decirme, no lo sé y después llegan con toda la bronca acumulada. Son estas las únicas experiencias digamos negativas en la calle.

No sé si lo llamaría extraño, pero me ha pasado muchas veces también que se me haya pegado el típico borrachín que anda dando vueltas. Por ahí uno está tocando lo más tranquilo y se te acerca una persona en ese estado, uno trata de mantener un profesionalismo y no parar de tocar, pero a veces se te acerca una persona así, que está en otro mundo, y viene como queriendo interactuar. Yo igual trato de tomármelo de la mejor manera, con el tiempo uno ya se va acostumbrando a estas cosas.

Inspirar y motivar

Por más que Control Urbano o algún que otro vecino me puso estas trabas, creo que lo peor lo crea uno mismo cuando por ejemplo se aburre o reniega de lo que está haciendo.

Tuve un período de un par de meses que no quería salir a tocar, pero continuaba haciéndolo porque era mi trabajo, me costaba verlo al revés digamos, porque en sí estoy haciendo lo que quiero, pero me lo tomaba como una obligación. En lo que es el arte, como la música, que son cosas expresivas, estas cuestiones se notan mucho en la respuesta de la gente en cuanto a lo económico. Si vos salís con muchas ganas y, por decirlo de alguna forma, estás inspirado, es muy posible que ese día generes más dinero que el día que salgas sin ganas, que solo estas esperando la hora de irte, ahí es todo lo contrario, vos pensás que vas a hacer una cantidad de plata, similar al de otros días, pero hacés mucho menos, eso te bajonea y entrás en un ciclo que tenés que revertir.

Dentro de las muchas experiencias positivas que tuve me han pasado dos cosas puntuales: una vez estaba tocando en calle 8 y de un súper auto baja un flaco, que tendría mi edad o un poco más y me deja plata diciéndome «Nunca dejes de hacer esto, yo soy abogado, pero me hubiera encantado hacer lo que vos hacés». Después otro chico, que siempre que iba o salía del laburo pasaba por calle 6, donde yo tocaba en ese momento, me veía como con esa espina digamos, yo estaba haciendo aquello que él siempre quiso hacer.

Un día me dijo que, inspirado en mí, fue y dejó el otro trabajo para dedicarse a esto, que es lo que él ama y es que además resulta que es un excelente músico. Inspirar y motivar a otras personas está buenísimo; por ahí mi trabajo no es algo trascendental, ni seré un artista conocido, pero por esas pequeñas cositas que uno genera en los demás es que siento que voy por el camino correcto.

Arte para viajar

Hace poco me compré un amplificador mucho más chiquito, para poder moverme con más comodidad. A veces nos vamos de vacaciones al sur, entonces me llevo el ampli y voy a tocar a la puerta de algún shopping, en la plaza o en algún que otro restaurante o bar y con el otro amplificador se complicaba el trasladarlo en micro. Por lo general, cuando toco utilizo el sobre en vez de pasar la gorra; es decir, coloco en cada mesa un sobre en el cual el público puede depositar su colaboración.

El viaje más largo que hice, antes de conocer a Sandra, mi pareja, fue a Santiago del Estero; en realidad iba siempre a una fiesta que hace la familia Caravajal en agosto. Un año me llevé el amplificador y me terminé quedando cuatro o cinco meses tocando allá en la peatonal, teniendo igual donde quedarme, porque tengo mucha gente amiga, es una base fundamental el no tener que pagar un alquiler. En ese momento, en 2009, yo sabía que con hacer veinte pesos por día comía tranquilamente y guardaba unos manguitos para ir a alguna peña los fines de semana. Me acuerdo que un pancho con una coca salía un peso con cincuenta, era otra época, con diez pesos me compraba un sanguiche de milanesa gigante y una coca de dos litros, entonces haciendo veinte pesos todos los días ya vivía excelente. De todas formas, terminaba haciendo siempre unos cuarenta o cincuenta pesos por día, vivía realmente muy bien, me iba a todas las peñas que había; es como si ahora te dijera hacer mil pesos todos los días²³.

²³ El artista hace referencia a los valores del contexto económico de 2020 cuando, según el Boletín Oficial, un salario mínimo oscilaba entre los \$17.000 y \$20.000 argentinos. Para junio de 2022, dicha cifra ronda los \$40.000; es decir un 100% debido a los aumentos constantes del costo de vida en el país.

Aprender a fluir

Antes era muy introvertido, no hablaba con nadie, ahora soy mucho más sociable. aún sigo siendo inseguro en cuanto a la ejecución musical, soy muy exigente y siento a veces que las cosas que hago no están saliendo bien, está bueno en cierto sentido porque esa exigencia a uno lo hace crecer mucho. Lo que fui ganando con la calle fue mucha seguridad a la hora de conversar, en eso ayuda mucho la exposición, es mucha gente la que pasa.



También se trata mucho del prejuicio que tiene uno mismo, la primera vez antes de salir a tocar por ahí uno ya se enjuicia por estar tocando en la calle. Por ejemplo, a mi hermano Matías, que en una época estaba sin laburo, le ofrecí que venga conmigo y que lo ofrezca él mi CD, que pase la

gorra, pero él me decía «A mí no me gusta pedir», a lo que yo siempre le respondí «No es pedir, al contrario, es regalar música, sin ponerle un precio, el que quiere colabora». Ese mismo prejuicio que tenía él por ahí en un principio también lo tuve yo. Mi amigo Juan fue el que me enseñó esta forma de verlo, ya de entrada él era mucho más extrovertido.

Con el tiempo uno se va formando no solo en la actividad, sino también va formando la cabeza y la forma de ver la actividad en la calle. Yo no sé qué hubiera hecho de mi vida sin esto que hago hoy, probablemente hubiera terminado laburando en una oficina o en algo con lo que no me identificara.

Carrera universitaria

En 2018 empecé a estudiar en la Facultad de Artes. En realidad, nunca fui mucho de las instituciones, hice el secundario, pero en el último año me llevé varias materias y las dejé ahí. Tengo una hija que es bastante inteligente y le va muy bien en la escuela, empezó a leer ya en el jardín; entonces, desde mi rol de padre, no le podía exigir o inculcar que termine de estudiar, si yo mismo no lo hice. Por eso es que me puse ahora, de más grande, a dar las materias que debía con el Plan FinEs. En 2017 empecé a rendir, después de casi diecisiete años. Para el 2018 me quedaron cinco materias y me inscribí en la Facultad de Artes, en la carrera de música popular, sabía que eso me iba a incentivar porque ya a mitad de año tenía que entregar por lo menos el analítico en trámite.

Después seguí estudiando, pensando a futuro que por ahí no me veo a los cincuenta años tocando todos los días en la calle, tampoco sabemos para dónde va a disparar la economía del país mañana. El título te da una herramienta para poder

enseñar en una institución o mismo de forma particular, con otro respaldo además de la experiencia. Obviamente aprendés también enfoques nuevos de lo que por ahí ya sabes.

No dejaría de tocar en la calle, de hecho, eso es lo que me permite poder estudiar y cursar todas las materias de cada año. Me puedo organizar los horarios, por ejemplo, sabiendo que curso tres días a la mañana y dos a la tarde. Si tenés un trabajo fijo en otro lugar tal vez se te complica o directamente no podés organizarte. Vengo como en tercera o en cuarta con la facultad, metiendo materias, adelantando, en parte porque me da el tiempo al organizar de forma independiente mis horarios laborales.

* * *

Una profesión

Cambió bastante la forma de pensar de la sociedad en un montón de cuestiones. En la época de nuestros viejos no veías muchos músicos tocando en la calle o haciendo arte callejero, por lo menos acá en La Plata; en Buenos Aires ya había, pero bueno ese es otro mundo. Ya en la época en que comencé, me preguntaban por qué estaba tocando ahí o si no tenía trabajo o hasta qué discapacidad tenía o de qué nacionalidad era, solamente por estar tocando en la calle. Antes había más prejuicios, ahora no tanto.

Todos los días hay alguien tocando en calle 8 o 12, se hizo una costumbre. La gente de los comercios ya no se queja tanto, es más, siempre contribuyen con la gorra. Hay una comunión entre la gente que pasa, los locales y el músico. Es decir, no hay una resistencia del otro lado, ya se lo observa como algo a favor para la comunidad. Con las movilizaciones que se

hicieron y los organismos de músicos, como el SADEM, que es el Sindicato Argentino de Músicos, y el INAMU, que es el Instituto Nacional de la Música, el progreso de esta actividad es aún mayor; se lanzó el año pasado la convocatoria para artistas con una línea especial para músicos en la vía pública. Esto es algo muy importante, porque estamos hablando del apoyo institucional y una valorización del arte callejero.

Prejuicios

Aún hoy siguen existiendo prejuicios instalados en la sociedad, sobre los artistas callejeros, es en parte por una cuestión visual. Si vas a ver una orquesta, los músicos están todos vestidos de saco y corbata, lo que no significa que toquen mejor o peor que si no están vestidos así; es una cuestión ya preestablecida en la sociedad, el músico tocará lo mismo que cuando ensaya sin estar vestido así, pero al final la imagen complementa lo auditivo.

Para algunas personas, alguien sentado tocando en la calle les puede dar una impresión de vagabundo, cuando por otro lado en Europa, en París, por ejemplo, les pagan a las orquestas por hacerlo. Acá nunca tuvimos esa suerte de política pública cultural, por lo cual lo hacemos autogestivo. La presencia, la imagen, es importante para esta actividad. Aún seas Paco de Lucía, si estás con el pelo todo revuelto, descalzo y con una remera rota, es muy probable que el que pase te vea y siga caminando.

Expresión e intercambio

Indudablemente la calle es un lugar de intercambio

cultural, siempre. Últimamente no estuve viendo muchos, pero siempre hay chicos que hacen pinturas así en el momento, con aerosoles; me acuerdo de un brasiero que hace muchos años lo hacía acá en las calles platenses, pero sobre azulejos. Y así como él, conocí mucha gente.

Me ha pasado en Capital Federal, ahí en un paseo de Recoleta, cruzarme con un artista callejero que hacía de mimo y terminamos trabajando juntos, él hacía su rutina a media cuadra de donde estaba yo, un espectáculo re lindo, todo improvisado, pero se notaba ya con mucha cancha. Se acoplaba a lo que estaba tocando yo, por ahí tocaba un tango y entonces él hacía movimientos al ritmo de la guitarra. En esa época nos movíamos en esas bicicletas de tres ruedas y entonces él venía, así sin hablar, me hacía el gesto como preguntándome si podía agarrar la bicicleta y la incluía en su actuación. Cada uno aportaba lo suyo y hacíamos un espectáculo integral que a la gente le re gustaba. Acá en La Plata no lo hemos hecho, pero en una época surgió la idea de armar algo con folclore y danza. Lo que pasa acá es que si uno hace espectáculos de ese estilo por ahí entorpece el tránsito de la gente que está paseando por el centro, al armarse una ronda de público y entonces ahí ya se genera conflicto. En el lugar en el que hacíamos el espectáculo en Recoleta no había problema, no había locales y era un paseo muy ancho. Por eso acá, en las calles que frecuento con mi guitarra, no sé si se podría hacer; tal vez en plazas es donde se realizan más espectáculos integrales de este estilo, de música y danza o de circo musicalizado.

Hago música instrumental; en las canciones con letras, se nota la expresión de disputa política, del arte como respuesta a algo que está pasando. La música instrumental es más subjetiva en ese sentido. Con el muralismo, por ejemplo, se puede visualizar aún más una protesta.

Imprevisibilidad

En la calle nunca sabés bien qué puede pasar o con lo que te podés encontrar. Me ha pasado que mucha gente que pasa escucha mi música, los sensibiliza y después te empiezan a contar historias de su vida, problemas, por lo general cosas malas que les está pasando, se desahogan. Uno hace, en cierta forma, la labor de un psicólogo a veces. Está buenísimo que la gente pueda venir a desahogarse. La realidad es que si vos estás tocando en la calle y parás de tocar para charlar con alguien una hora es todo un tiempo que perdés para tocar, y hacer el dinero que necesitas llevar a tu casa. Entonces a veces uno no puede dar esa atención personalizada, pero bueno siempre un ratito se puede charlar entre temas.

Mucha gente mayor a veces viene y me dice cosas como «Ese tema me hace acordar a mi viejo, que también tocaba la guitarra», como toco vals y tangos, es algo que me pasa bastante seguido. Es algo bueno para mí. Siempre hay alguno que te dice «Seguí así, no dejes de hacer esto», esos son los detalles del arte en la calle que te llenan el corazón.

Falta de difusión

Creo que el apoyo que se necesita de los medios no es tanto por una lucha contra alguna ley, en esta actividad no hay ley; pero falta difusión, eso siempre, difusión que ayude a visibilizar al arte callejero. Las experiencias que tengo con medios son por contacto en la calle. Una vez un médico del programa Somos La Plata, al que siempre llevan músicos para hacer entrevistas, pasó por calle 6 y me vio tocando, así que me invitó para hacer ese bloque en el programa. Eso fue solo porque pasó justo por ahí, si no ni se entera que hay

músicos tocando en la calle, directamente la sociedad no se entera. No hay tanta difusión en los canales locales, sería algo que aportaría mucho para que esta actividad siga creciendo.

Por ahí en el plano de las radios hay un poco más de seguimiento y difusión, pero nada más con artistas que están en la escena local tocando en lugares y algunos que por ahí transitaron o transitan lo que es la calle. Había una banda local de rock muy conocida que se llamaba La Flower Power, yo tenía un conocido en la banda, el Toby Villa, que era el guitarrista del grupo; después él empezó a tocar el bandoneón, dejó la guitarra para dedicarse a este otro instrumento y tocar folclore, y ahí surgió la idea, con otro chico más que también tocaba folclore, de ir a tocar a la calle juntos. Él ya tenía un entorno de gente conocida en las radios de acá, por el tema de la banda de rock, y eso impulsó a que nos hagan notas porque él ya estaba metido en ese entorno.

Creo que falta difusión también para que se empiece a ver a esta actividad de otra forma y se rompan prejuicios que todavía circulan en la sociedad. Cuando hay más difusión es más visible, tal vez así esa señora que siempre se quejaba empiece a vernos con otros ojos. Es algo relativamente joven el concepto de arte callejero y creo que con los años se va a ir progresando en ese sentido.

Andá y tocá

Siempre que me preguntan si se puede tocar les digo que vayan probando, si en una esquina no se puede que vayan a otra, pero que nunca dejen que se lleven los equipos porque las herramientas de trabajo no se confiscan, así tampoco se pueden llevar el dinero. Si te dicen que

te vayas, vos tenés que juntar tus cosas e irte, hasta que encuentres un lugar donde no te jodan, así funciona. Pero bueno, igual hay muchas esquinas con locales que están cerrados o en alquiler, donde te podés poner tranquilo.

«Andá y tocá» es mi respuesta. También tenés que ir encajando con los que ya vienen tocando desde antes en la calle, hay como una cuestión de códigos, puede sonar más a una jerga tumbera como quien diría, pero hay ciertas cosas donde tiene que haber respeto entre compañeros. Si yo estoy en una esquina y vos me viste diez años tocando ahí, no te vas a poner en ese lugar, si lo hacés es porque vas con malas intenciones. Obviamente pueden decirte también «La calle no es de nadie», pero para trabajar en este espacio se necesita de compañerismo y comprensión. En el caso de los vendedores ambulantes, por ejemplo, ellos se ponen siempre en un lugar y por más que sepan que en la otra esquina van a vender más, si ya hay otro no se van ahí. Eso es lo único que hay que tener en cuenta.

Hay que animarse y salir a tocar, eso es lo principal. Tratar siempre de hacerlo con responsabilidad. Si te lo vas a tomar como un trabajo hacerlo como tal, ahora si te lo vas a tomar como un hobby e ir cada tanto también está perfecto, porque por ahí lo complementás con otro trabajo, pero siempre tratar de hacerlo desde el lado del respeto a la gente que pasa, hacia los otros músicos y a la actividad misma. Eso es fundamental, el respeto y la responsabilidad, en todos los ámbitos de la vida. Prepará bien un repertorio, eso realmente influye en si la gente se queda escuchando y colabora o no.

En mi caso tengo un repertorio armado y cuando voy sumando temas nuevos, primero los estudio en mi casa y después empiezo de a poco a ir tocándolos en la calle, obviamente a veces le pifio, siempre te va a pasar. La calle

es el ámbito donde uno va a ir exponiendo los temas y está bueno porque ahí uno ve la reacción de la gente. Cuando empecé a sacar Libertango, de Piazzolla, que hago una versión que no es tan complicada, lo estudié bien en mi casa y ahí salí a tocarlo afuera. Tocar en tu casa no es lo mismo que tocar en la calle, para mí sí, pero porque ya llevo casi veinte años en esto, pero para el que está recién empezando no. Está bueno ir exponiendo los temas ahí, que se generen esos nervios y de a poco ir soltándose.

A mí me genera más nervios ir a tocar a un escenario que en la calle, donde pasan miles de personas por día. De hecho, el año pasado estuve tratando de tocar un poco más en lugares, estaba perdiendo ese gustito de tocar en escenarios; hablo siempre como solista, porque toco con algunos grupos a veces, pero no es lo mismo que estar solo. Por ahí iba a una radio con los temas que hago hace veinte años y le pifiaba, o me transpiraban las manos. Por eso está bueno también salir un poco de ese ambiente de confort que para uno es la calle, porque ahí la gente no te está prestando atención de la misma forma, está haciendo sus trámites o paseando y de pronto se encontró con vos. Al que le gustó y le interesó, paró la oreja, escuchó un poquito y siguió. No es tanto el compromiso, como cuando alguien va a un lugar exclusivamente a escuchar tu repertorio entero. La calle ya es como mi casa, pero para el que recién empieza le puede generar nervios. Lo importante es animarse y salir a tocar.

Arte para liberarse

Para mí el arte callejero es una forma de vida y de liberación del sistema. La mayoría de los que intervenimos la calle, lo hacemos porque nos gusta, es decir, si uno tuviera

una necesidad extrema al no estar pudiendo sustentarse, te vas a trabajar de otra cosa. Digo que es una forma de liberarse porque uno no está atado a cumplir un horario bajo normativas como en otro trabajo, con sus ventajas y desventajas obviamente. Es una forma de decir «Yo soy mi jefe». Es también una forma de pensar el arte, que no solo está en museos, teatros o instituciones, que puede y que está en todos lados, y en la calle es aún más masivo e inclusivo.

III

PANTOMIMA CALLEJERA

Arte mudo, pero no callado, sino extrovertido. En el juego encuentra su comunicación, su lengua en la gesticulación, en la mímica; con el juego despierta el color que la gente guarda o esconde en su interior. La mimo callejera no olvida a su yo-niña, al contrario, la alimenta y reinventa; jugando por la calle va, nómade, interactuando con tode aquel que pase por su camino. Saco, corbata y sombrero, todo a colores; con una inmutable sonrisa, gruesos labios vestidos de rojo chillón, contagia y esparce alegría que rompe la monotonía diaria en la sociedad de cemento.

Del latín *mimus* -a su vez este deriva del griego antiguo *μῖμος* (mimos, "imitador", "actor")- llega hoy a nosotres el término mimo; así también, su origen se encuentra ligado al vocablo griego *pantomima* ("que todo imita"). Sin ningún tipo de comunicación hablada, sin siquiera una palabra, le mimo es capaz de expresar y transmitir toda una historia, una idea, un mensaje, por medio de los gestos, movimientos y técnicas del lenguaje corporal para manifestarse ante la sociedad.

En las figuras de Charles Chaplin, Buster Keaton y Harol Lloyd puede que encontremos a los actores de cine más influyentes y reconocidos en el arte de la mímica, siendo Chaplin el más renombrado y, posiblemente, el mimo más registrado y documentado de la historia. En la actualidad, fuera de la pantalla, son muchas les artistas de la mímica que se desenvuelven en el espacio público, están en las peatonales, galerías y calles de todo el mundo jugando y sacando

sonrisas en las multitudes que transitan; algunos incluso han ganado un reconocimiento a nivel global a través de las redes sociales, dedicándose a viajar y a ofrecer su arte mudo.

Nos sumergimos entonces en las experiencias artísticas de una maravillosa mimo que recorre las calles platenses sembrando alegría, dejando a su paso rastros y semillas de color y sonrisas. El teatro y la música son las dos artes que practica Alejandra Greco, nacida en Junín. Fue allí, en su ciudad natal, donde halló su pasión artística por la actuación, al punto de estar decidida en abocar su vida a ello. Por lo tanto, al trasladarse a La Plata, no titubeó en continuar su desarrollo teatral en la ciudad de las diagonales, así como también en la Escuela Argentina de Mimos de Capital Federal.

Apenas llovía en la tarde de noviembre de 2020 en que la crucé, en la peatonal de calle 8. Vestía un saco anaranjado y una peluca azulada, que resaltaban su baja figura. La calle se encontraba poco iluminada ese día grisáceo, los adoquines mojados por la suave garúa, las veredas ocupadas por un desfile de paraguas bajo un cielo colapsado de nubes; solo hacía falta un acordeón de fondo para sentirnos dentro de del film francés de Woody Allen -Midnight in Paris [2011]-. No era un acordeón lo que teñía de música la peatonal, pero sí una melódica; la anaranjada y extrovertida mimo circulaba sin cesar, de un lado a otro, soplando y tecleando su instrumento, repartiendo juego, calor, alegría y color a la tarde de cada persona. Junto a su inseparable compañera artística Guada López, en un determinado momento se las podía observar jugando y conversando con dos señoras, que allí aguardaban -bajo un amplio paraguas negro- a que el semáforo se pinte de verde para cruzar la calle, y en un abrir y cerrar de ojos ya se encontraban sobre el caño de las bicicletas de dos repartidores del Correo Argentino. El gris se tornaba colorido, la calle reía a cada paso de estas dos artistas.

El arte en la calle es intercambio en su sentido más puro, un constante trueque de emociones. Eso es algo que deja muy en claro Greco al narrar sus experiencias como mimo, puesto que continuamente se encuentra jugando, intercambiando e improvisando con todo aquel que se cruce, en un espacio donde «tu público son todos», como ella afirma. Un gesto imitando la apertura de un paraguas, un señor que inmediatamente sonrío y sigue el juego abriendo el suyo, una señora que se acerca para intercambiar un libro por unos minutos con esa guitarra que en una ocasión Ale hacía sonar en la calle. Un espacio donde artistas se encuentran y colaboran entre sí, se ayudan unos a otros: eso es la calle. Tal como sostiene la mimo, «recordar siempre que estamos todos en la misma y que nos apoyamos mutuamente». En pos de aportar para el cambio social, trabajar y transformar las diferentes realidades que atraviesa la sociedad, la histrionista observa en la manifestación artístico-callejera «una herramienta de construcción», desde el afuera, desde la calle, donde se refleja y recrea social y culturalmente una comunidad.

Salir a jugar²⁴

Alejandra Greco



Comienzos

Hace unos dos años que arranqué con el arte callejero. Mi primer acercamiento fue con la música, estudiando en un conservatorio, hace seis años me fui metiendo en el teatro, desde que tengo dieciséis. Empecé a estudiar en la escuela de teatro de mi pueblo, en Junín, cuando participé en un taller para adolescentes que estaban dando. Después acá en La Plata estuve en diferentes talleres de teatro y transité el año pasado en la Escuela Argentina de Mimos en Buenos Aires, a cargo de Ángel Elizondo.

Las intervenciones en la calle las realizamos con dos compañeras, tenemos una página de Instagram bajo el nombre Errabundo Nómada. Esta actividad fue mi principal

24 Relato en base a una entrevista con la artista, el 6 de abril de 2020.

sustento al comienzo, en parte porque no tenía tantos gastos, ni requería manejar una economía elevada. Después ya se me fue complicando porque la calle también te pide bastante constancia y no me daba el tiempo tampoco como para estar abocada a esto, entonces fue pasando un poco a segundo plano y por suerte tuve otras ayudas en ese momento. Pero en un principio sí, fue mi principal ingreso económico.

Hay asociaciones como el Colectivo de Artistas de la Calle, pero más allá de eso no existen instituciones que regulen la actividad, ni un permiso digamos para intervenir en la calle, por lo menos nunca tuve que pedir autorización acá en La Plata. En otros lugares si existen ciertas habilitaciones para desempeñarte en la calle; por ejemplo, cuando viajé a Córdoba Capital tenía que pedir una para desenvolverme en el espacio público, trámite que igual nunca hice y no me pasó nada.

Tu público son todos

Una de las cosas más atractivas e interesantes de intervenir en la calle es que en verdad tu público son todos, todos los que pasan. Estuve un tiempo en un colectivo de artistas -con quienes hacíamos intervenciones en Capital Federal- que sí tenía un público particular; el grupo tenía el enfoque puesto en hacer intervenciones en tribunales, con un objetivo. Igualmente, trabajando en la generalidad de la calle también lo tengo, pero es más el salir a jugar libremente con la gente. Depende de lo que te plantees hacer, si salís a jugar, sabés que los que se copen te van a ver y seguir el juego, mientras que otros por ahí no; en cambio, si vas a mostrar algo específico, te estás dirigiendo a un grupo en particular. Entonces, cambia según lo que muestres, a dónde querés llegar y tus objetivos.

Salir a la calle es jugar en el momento con lo que pasa ahí, de última si tenés ya rutinas diagramadas y planeadas está buenísimo también, pero igual no hay que quedarse con una idea porque la gente va circulando y cambiando todo el tiempo. Hay de todo, algunos que por ahí ni te miran, tal vez porque tuvieron un mal día, y otros que se re prenden en el juego y hasta se frenan a mirar lo que estás haciendo. Nos pasa, por ejemplo, de cruzarnos con un señor con un paraguas cerrado en mano, entonces le hacemos la seña para que lo abra y este se prende. Es un poco eso, jugar con la gente.

Preliminares

Todo lo que uno muestra lleva una producción detrás, un armado previo, y el resultado es lo que se muestra. Por lo general, nos levantamos y empezamos a buscar vestuario, a veces incluso desde el día anterior. Depende mucho del vestuario el personaje que luego vas a hacer, así que tenés que pensarlo bien. Primero nos cambiamos y después nos maquillamos. Al vestirse, se trata de llevarlo como al ridículo, o más bien exagerarlo, por ejemplo, al hombre serio de corbata que va a la oficina; la idea es motivar a la gente que pasa para que se ría un poco. Por lo general me manejo por las mismas zonas, en el centro de La Plata. Buscamos espacios donde haya bastante gente.

Si salimos en grupo, nos juntamos y nos producimos entre todos, nos maquillamos, vestimos y vamos hablando sobre cómo intervenir, para no llegar a la calle sin saber qué hacer o cómo arrancar.

Lo que hacemos al salir a la calle es ir y ver qué pasa con la gente, si está muy acelerada o más atenta y se prende

en el juego. También hay que pensar diferentes formas de encarar esos días y estarse preparados. Depende también si queremos intervenir algo que tenga algún contenido más o expresar algo en concreto. Básicamente es improvisar con el día a día, con lo que intercambias con la gente.

Enriquecer el juego

He trabajado sola y en conjunto con otros artistas. Prefiero en grupo, porque siento que se puede enriquecer más el juego, es más dinámico.

Mi relación con otros artistas callejeros es muy buena, me encanta interactuar, se puede formar algo muy lindo con distintas ramas del arte. Por ejemplo, puede haber un músico tocando y de repente aparecemos nosotros haciendo mimo y ahí es como que se empiezan a entrelazar las intervenciones y se arma como un diálogo entre artistas. Algo que me pasó mucho viajando es que se acerquen diferentes artistas para acompañarme y tocar juntos.

Me acuerdo de un momento que estaba tocando, se acerca una señora y me dice «Si me prestas la guitarra te regalo un libro», a lo que yo le respondí «Sí, te la presto, pero no hace falta que me regales nada», entonces me dice «Siempre me quise dedicar a la guitarra, pero bueno, ahora laburo en una farmacia», y entonces me empezó a contar su historia de vida, luego se puso a tocar, empezamos a cantar juntas y como que la gente se empezó a sumar más y terminó siendo un momento muy bello. Tuve muchas secuencias de este estilo. En otra ocasión se acercó un hombre, me comentó que era de Tucumán y al igual que la señora me empezó a contar su historia de vida, después se puso a cantar

y también la gente se prendió más. Está bueno interactuar con otros artistas como para recordar siempre que estamos todos en la misma y que nos apoyamos mutuamente. Una vez, también tocando, estaba justo en un semáforo y había dos chicos que estaban limpiando y cuidando autos, se acercaron y me dejaron toda la plata que habían recolectado ese día, eso fue emocionante. Así que siempre es algo muy bueno el dialogar y compartir con colegas de la calle.

No sé si tuve alguna traba como para desarrollar mi actividad, tal vez la traba más que nada se la pone uno mismo, pero más que eso creo que no. Como hace relativamente poco que me dedico a esto, no tuve aún muchos momentos feos o experiencias negativas digamos, pero sí puedo decir que mis mejores momentos siempre fueron cuando se acercaron otros artistas y pudimos dialogar y hacer algo en conjunto.



Cruzarte con otros artistas e improvisar pasa siempre, es algo muy recurrente. Por ejemplo, una vez estábamos haciendo mimo y vino Hernán, que es un violinista que toca en la calle también, él empezó a tocar una melodía y en base a eso nosotros improvisábamos. También nos pasó algo similar con una banda, llegamos nosotros y empezamos a improvisar sobre los ritmos que hacían ellos. A la gente le encanta eso. Una de las tantas veces que salimos lloviendo, nos pasó que un señor nos prestó su paraguas para que no nos mojemos, o también de otro que hacía de cuenta que abría un paraguas imaginario, como imitándonos a nosotros, por ahí esas cosas que la gente se copa y se pone a improvisar con vos.

Lo inesperado

Observé un cambio importante en mi persona desde que comencé. Verte a vos interactuando con personas que tal vez nunca en tu vida vas a cruzar siquiera una palabra, es un gran crecimiento también en el sentido que uno puede expresar todo lo que aprendió, cosas que sentís, que pueden contribuir y ayudar a otros. Obviamente también hay un crecimiento en cuanto a lo artístico, a lo que uno se dedica, es algo que te da muchas herramientas y experiencia; sobre todo, te ayuda en gran medida a trabajar la confianza y la forma de desenvolverte en la sociedad.

Tiene ese factor de lo inesperado, nunca sabés lo que va a pasar o con qué te va a salir la gente cuando jugás con ellos. Por ahí vas con una idea y no sabés bien si la vas a poder hacer. La calle te cambia totalmente la forma de ver el arte, de ver la vida. Una cosa es hacer arte en un teatro, donde uno tiene ciertas reglas y ciertas cosas que cumplir, donde puede entrar cierta cantidad de personas y tienen

que pagar una entrada; en cambio, en la calle vos empezás a intervenir sin previo aviso y el que quiere verte te ve y el que no quiere no lo hace. La gente no está obligada a ir y pagar una entrada, que no digo que esté mal, pero son distintas formas y cada uno decide también cómo quiere presentarse. Creo que se tiene más llegada en la calle a personas que jamás van a poder asistir a un teatro.

* * *

Persecución

Existe una clara persecución de parte de políticas estatales hacia los artistas callejeros. Nunca me vi afectada personalmente, pero tal vez sí me pasó de ser observada y recibir miradas fuertes de la policía en algunas ocasiones, pero no más que eso por suerte.

Tengo compañeros que sí sufrieron episodios más violentos en Buenos Aires, donde la policía los detuvo o incluso les pegó. Están como muy demonizadas todas estas actividades callejeras, la gente a veces percibe eso y entonces ni te miran, pero bueno hay que seguir para lograr un cambio.

Prejuicios

No diría que toda la sociedad tiene un prejuicio con el arte callejero. Siempre está ese mensaje de «¿Vas a vivir de esto?» o «¿Qué vas a hacer para vivir?». Lamentablemente quizá mucha gente relaciona el arte con un teatro o algo más bien institucionalizado, y no con un artista callejero. Muchas veces te dicen «Si, hacé esto que te gusta, pero

también tené un trabajo fijo», cuando en realidad cada uno tiene que hacer lo que quiere y va buscando las formas para subsistir de aquello que le apasiona y le hace bien.

Son algunas personas igual, otras lo valoran mucho. Mientras se sumen más artistas callejeros, la gente lo van asimilando más, supongo. Hace falta un mayor apoyo mediático, para contribuir a naturalizar estas formas de expresión urbanas. La difusión va creciendo entre nosotros, contamos con los medios como para difundirnos.

Poesía de la expresión callejera

El arte callejero tiene un claro compromiso social, principalmente porque está expresado ahí donde pasa todo. Siento que esa es una responsabilidad que tenemos los artistas: representar lo que está atravesando la sociedad. Esto no quiere decir que nada más tengamos que hablar de las problemáticas de la sociedad, cada uno expresa su arte como puede, como le sale y como quiere. Tuve un profesor que decía que el artista no siempre tiene que mostrar algo que contenga un mensaje en sí o que tenga un sentido concreto, sino que el arte ya es poesía por ser arte y creo que es así.

Tomar la calle como medio para comunicar, expresarse y manifestarse, a nivel social, tiene un papel muy importante en el reclamo de los malestares de la sociedad y en romper un poco con esa rutina que lleva un ciudadano platense, darle otra forma de ver las cosas.

Estar afuera te pone en sintonía, estar presente y ver qué necesita la gente, qué podés aportar, porque si no estamos todo el tiempo en la nuestra y no avanzamos para ningún lado. Es también una forma de revelarse,

de apropiarse del lugar para expresar eso que hay para decir. La calle es un espacio donde existe mucha disputa.

La mejor decisión

Soy bastante nueva en esto. A alguien que se está iniciando en esto, le diría que es la mejor decisión que pudo haber tomado y que siga haciéndolo, porque creo que es un gran medio de transformación personal y colectiva. Vivir de esto sí se puede, pero de a poco pienso yo; si te lo proponés, obviamente se puede. También uno tiene que ser consciente de toda la responsabilidad, constancia y dedicación que conlleva. Le diría que es muy fácil frustrarse en la calle pero que al final todo tiene su recompensa, así que por ahí no la vayas a pasar muy bien algunos días, pero en otros te va a ir mejor. Siempre deja una satisfacción, euforia, la energía de la gente. Le diría que siga con eso, que se enfoque en lo que le hace bien y le gusta; y si no es así, que ni lo haga.

Una forma de transformación

Su destino depende del arte que hagas y los objetivos que te plantees. Es mostrar tu arte y también obviamente expresar algo mediante. Trabajar el arte en la calle es crear algo de lo que uno aprendió y que le parezca que va a expresar lo que se quiere. Creo que la finalidad es esa: interactuar y dialogar con la gente, mostrar lo que a vos te parece que puede contribuir a cambiar algo, ver qué necesita la gente, qué necesitás vos, es otra manera de preguntar «Che, ¿qué te está pasando?». Aun cuando solo es mostrar lo que tenés, continúa siendo una forma de transformación. Por eso, desde mi perspectiva, arte callejero es construir desde lo que pasa, desde el afuera, con lo que sucede en la sociedad y lograr un gran cambio social.

IV

FÁBRICA DE HACER PÁJAROS

Rememorando el nombre de aquella icónica banda de rock progresivo del 76 –formada por Charly García luego de la disolución de Sui Generis y previo al surgimiento de Serú Girán–, el poeta callejero platense conocido como “El Anartista”, define sus escritos como «una fábrica de hacer pájaros». Su propósito es la poesía para hacer volar las mentes actuales, muchas veces invadidas por la tecnología.

Ignacio Tomás Pastorino, nacido un 13 de agosto de 1979 en Villa Luro (Capital Federal), se despliega en el espacio público hace más de dos décadas. Su seudónimo es una referencia a la revista homónima que solía leer cuando era chico y, además, remite a su postura ideológica –autodefinido como anarquista– frente al sistema y los modos de vida contemporáneos; fusión de los conceptos artista y anarquía.

Por más que Charly García represente una figura de suma relevancia en su vida, y en él halle a su maestro artístico a nivel general y conceptual, es en el novelista y poeta Guillermo (Guillo) de Pósfay, nacido en Buenos Aires en 1973, donde encuentra a su referente del arte callejero, autogestionado e independiente. «Llegará el día que el yunque cansado de ser yunque se convertirá en martillo», sostienen como lema desde el blog Los Yunque, a la vez que comparten las obras de diversos artistas en lucha; entre otras, figura una poesía de Guillo, perteneciente al libro *La Furia del Libro* (2005), editado de manera autogestiva por Silbando Bajito. El autor, reconocido por la novela de ficción *Yerba Mate Libre* (2003), en *La Furia...* echa gritos a la sociedad, al imperialismo, al arte burgués.

...que las Malvinas son argentinas
y argentina no se sabe de quién es
que entierran a los negros y se llevan el petróleo
que sacan el gas y nos dejan la mierda
que encierran el agua y nos dejan la sed
que talan un bosque y muestran el arbustito que plantaron
que protesto y soy violento
que me defiendo y soy terrorista
que me dejo y soy buen ciudadano
que esto se termina
que esto recién empieza
que no nos alcanzarán las montañas para sepultarlos.

Guillermo de Pósfay

(Poesía de La Furia del Libro)

Por otro lado, Pastorino también remarca la influencia de Esther Pagano, nacida en Calingasta (San Juan), y de Gladys Cepeda, nacida en la Ciudad de Buenos Aires: dos referencias artísticas de mucha importancia para él, que también esparcen sus semillas por el espacio público. Según comenta, tuvo el placer de conocerlas en Parque Centenario (Caballito), cuando las vio caminando con banderas con el mensaje “POESÍA DE LA CALLE”.

Todavía tengo mis raíces
rompiendo la vereda....
Todavía tengo las pestañas frías,
la lengua entre los dientes
y una casita de azúcar
quebrada
por una bombachita
que secó el Zonda
cuando cambié mi sexo
por un caramelo.

Esther Pagano

Escombros (Lenguas de fuego)

Treinta años después, nos
quieren vender
un dibujo modelado
en porcelana,
pero el mate está lavado.
Treinta años después, aún
nos arrastramos
bajo el paraguas
con la libertad de las abejas.

Treinta años y
todavía
nos deben
los muertos.

Esther Pagano

Desarrollo

bajo los vagones
ves el dolor perpetuado
en la carne de esas sombras vagabundas
llagas en muecas fatales
designio cruel donde hay rezos mudos
andan las sospechas como las moscas
con sus boletos deslizándose sobre los dedos
los pasillos no tienen sueños dorados
solo estalactitas
atravesan el grito destemplado
cada estación es un cementerio
donde vivos y muertos se conforman
con ser almas trashumantes
en un horizonte de pretextos

del café express y las chimeneas
un reloj bajo el humo
se contrae bajo el corazón seco de la ciudad.

Gladys Cepeda

Poema 3

El arte es una forma de introducir ideas en el sistema, en busca de una mutación desde su interior. Con sus textos, El Anartista busca derribar los modelos de vida desiguales e injustos, apalea las amenazas de las formas distantes de la comunicación moderna. El siguiente es uno de sus escritos improvisados, publicado en su blog Curitas para un mundo enfermo:

¿De qué sirven las comunicaciones virtuales, si no te veo cara a cara, si solo es una distancia? ¿De qué sirven las comunicaciones virtuales si a penas llego a ver cómo te llamás? ¿De qué sirve tener tu mail y tu página, si no rompen las fronteras en el caso de que haya concordancia? ¿De qué sirve la distancia? ¿De qué sirve tocar teclas y mirar fija la máquina si no puedo dar la mano y mirarte si me hablás? ¿De qué sirve hablar por este intermediario llamado máquina? ¿Tanto miedo da el acercamiento humano, el dar lugar a conocer otro ser, teniéndolo a tu lado? ¿De qué sirve la distancia que da esta máquina, si ni sirve para acercar habiendo aceptación y concordancia, y si lo hace lleva tiempos que aletargan? Sería tan fácil si yo

me acercara a conocerte cara a cara y, si está todo bien, entablar una amistad y ser amigos, sea cual sea el tipo de relación enmarcada. Yo me pregunto, ¿de qué sirve un intermediario que es una máquina? Yo me pregunto, ¿de qué sirve la distancia?

Ignacio Tomás Pastorino

¿De qué sirve la distancia?

(Julio 2, 2006)

Le siguen a continuación, escritos provenientes de su blog El Anartista Poesía, su segunda página y acercamiento a los medios digitales. Estas son ideas frescas que demarcan posturas ideológicas, percepciones de la realidad, valores y sentidos que busca promover y reproducir en la sociedad, a través de su arte, a través de su pluma.

el arte les sugiere un pedazo de papel,
una enciclopedia de manifestaciones vanas,
jauría de carcajadas endemoniadas,
la política cotidiana, la plata y su falta,
el arte de los sentimientos de las clases parla,
el arte tiene metralla, de los ideales detallados
de la raza humana,
que los intelectuales y las tecnologías y
los egocentrismos, que las conciencias sucias

y la moral y los mandamientos imposibles
como guía del "no vale todo"
en la armonía de la vida, el orden y la anarquía
en que somos.

Ignacio Tomás Pastorino

El arte tiene metralla

(Mayo 24, 2017)

un pájaro cantando en orquesta con unas chicharras enloquecidas y extasiadas de calor; una guitarra vibrando de sol a luna, sonidos que atraviesan los corazones sensibles de jóvenes soñadores; una pareja de jubilados metidos bajo un paraguas en una tormenta de besos; el poder vendiéndonos a cifras incommensurables el aire que respiramos, el aire que respiramos cada vez más contaminado; un jugador de fútbol contando cuanta plata vale cada gol; un pueblo de títeres que no alegran a los chicos; un pobre buscando sal en la luna; un profesor en un rincón cumpliendo su castigo con dos grandes orejas de burro de la vida; una locura gobernando la tierra rota en pedazos; un cantante resignado en aplausos; un militar encerrado en diversas sangres que no se borran; un fisicoculturista lustrándose sus músculos con horas perdidas; el mundo es la mentira que duele, mentira cruel.

Ignacio Tomás Pastorino

Realidades

(Julio 1, 2017)

colegiales en un mástil, un perro lamiendo una estatua,
un motociclista sin asco sobre mis tímpanos,
vidrieras caminando ojos, autos plomizos, chapas,
mi lapicera de volante, yo soy un o.v.n.i
las comisarias no me identifican.
araucarias, madres en bicis con sus bebés,
un tipo transportando un auto, llovizna tenue,
el sol siempre llueve.
insisto, ráfagas rodantes, calle 465 donde me ladra un gato,
mi celular imaginario donde me hablo,
dos pisos de casa, un moto en tipo,
una bicicletería abandonada, me ladra un amor del palo
de borracho, del poeta, graffiti del callejero
escudo social de revo en evo loción marginal de pueblo.

Ignacio Tomás Pastorino

Loción marginal de pueblo

(Julio 1, 2017)

quiero hacer una revolución en el monitor, en este blog, y
siento que escribo para algún lector, para vos, y si tengo tu
atención puedo llegar al cielo en vos y con vos (...) te quiero
explicar que con mi arte quiero cambiar el mundo, quiero

amar ese mundo cambiado, que voy cambiando, y eso me hace caminar en medio de las aguas, y no quiero escribir palabras vanas, quiero salvar la raza humana. Por eso es que estoy en cada poesía aunque mi ambición parezca desmedida, quiero que todos sean hermanos y hermanas. Todos los odios del mundo se desvanecen en mi poesía Anartista.

Ignacio Tomás Pastorino

Improvisaciones 9

(Agosto 26, 2017)

Desde aquel tipo del 146, que subió al colectivo repartiendo su alma artística plasmada en papel; los cafés literarios en el Abasto, que tanto lo enamoraron de la escritura; su revista *Mate Amargo*, emprendida con gente de la Villa 31, para exponer las realidades que viven en el Bajo Flores; hasta su actividad en las calles de la ciudad de La Plata, que lo convirtieron en El Poeta de la Vieja Estación. El Anartista nos abre las puertas de su ser, sus perspectivas del mundo y sus críticas a la sociedad moderna. Ciertamente es que trabaja sus escritos desde una computadora, desde una máquina, que sube sus poesías a un blog; pero, aun así, bien afirma que es un «arma de doble filo», se trata justamente de introducir virus de ideas al interior de la propia sociedad, aportar desde adentro su granito para el cambio social. Como sostiene, el simple hecho de escoger el espacio público como escenario artístico, ya es «un acto revolucionario».

El poeta de la vieja estación²⁵

Ignacio “El Anartista” Pastorino



Impulsos iniciales

Dieciocho años tenía cuando comencé a trabajar con el arte callejero, allá por el '97. Los colectivos fueron los primeros escenarios donde ofrecía mis poesías. En ese momento me hice muy fanático de Charly García, me movilizó mucho su música y su persona; y como él, se me cruzaron por la vida varias personas que marcaron e impulsaron mi camino como artista. Una de ellas es Guillermo de Pósfay, muy conocido en el ambiente del arte independiente, un groso total, se destaca entre los poetas. Por aquel entonces yo vivía en Venado Tuerto, Guillo ya hacía esta actividad hace tiempo y me motivó para que arrancara, incluso me ofreció

²⁵ El siguiente relato se elaboró en base a las palabras del artista, entrevistado el 26 de agosto de 2020.

que vaya, en alguna ocasión, a ofrecer sus propios libros por Capital, que los elabora de forma independiente, así ya me iba metiendo en la movida, a lo cual en principio no me animé, pero luego de un tiempo sí, me re copó la idea.

En Capital un grupo de personas hacía encuentros literarios. Una vez pusieron una enorme bandera en pleno Parque Centenario, que decía “Escribí poesía en la calle”. Me acerqué, los fui conociendo, participé de varios cafés literarios que realizaban, siendo Maldita Ginebra el más conocido o importante para mí, al que siempre fui, que pertenecía al ciclo El último infierno, en el Abasto. Este grupo de personas, de artistas, me enamoró aún más de la escritura. Pero, sobre todo, me crucé un tipo en un colectivo 146, en Capital, que me terminó de impulsar. Tenía unos cuarenta o cincuenta años, y empezó a repartir poesías escritas por él; eran fotocopias que contenían cinco o seis poesías de su autoría. Al ver esto quise hacer algo similar con mis propias poesías.

Comencé a escribir a los dieciocho años. Estuve un par de años así, garabateando ideas, tratando de escribir algo y encontrar un estilo e identidad propia. En ese periodo, de los dieciocho a los veinte, empecé a entender que estaba escribiendo algo que, al menos, era parecido a la poesía. Arranqué a ofrecerlos en los colectivos, en la zona de Villa Luro, Villa Devoto y Monte Castro, cerca de Liniers. Recuerdo que el primer día temblaba delante de la gente, no sabía cómo hablarles ni nada; al segundo día lo mismo, me temblaban las manos y la voz, me seguía costando encarar a la gente para ofrecerles mis escritos; pero al tercer día que salí lo encaré con más decisión y confianza, más tranquilo, más seguro. Me sentía por las nubes, fascinado totalmente. Entrar en los colectivos, ofrecer mi arte a cambio de algo de plata, una colaboración, y más que nada que la gente sepa lo que yo escribía, que conozcan mis ideas.

Es algo llamativo porque no lo hace nadie, o más bien lo hacen muy pocos escritores; acá en La Plata conozco un solo tipo que hace lo mismo que yo, que también sale a la calle a ofrecer sus poesías, se llama León Peredo y es muy groso en lo que hace. En Capital puede que sí veas más poetas callejeros, por ahí en la zona de San Telmo, pero de todas formas no es algo muy habitual el escritor de la calle; tal vez en otras partes del mundo sí, pero acá no. Conozco otros poetas callejeros ahí en Plaza Serrano, en Palermo, aunque no sé bien cómo es en la actualidad, porque a Capital ya no voy. A la gente le llama la atención el poeta callejero, esto a uno le da un impulso y una motivación mayor para salir.

A medida que fue pasando el tiempo, fui haciendo librillos que compilaban mis mejores poesías, un formato tipo fanzine, porque en un comienzo me basaba en la idea de la fotocopia suelta que ofrecía el tipo este en el 146, pero yo quise hacer algo más producido, dentro de lo artesanal que era. Hace un tiempo que me estoy volcando al relato también, a la narración, siempre hacia la poesía breve. Tengo diferentes formas de escribir, ya sea metafórica o panfletariamente, trato de ser diverso en ese sentido y no cerrarme a un solo estilo. Los librillos no son mi único medio, publico también en Facebook. Un tiempo utilicé también Blogger, pero ya no se usa mucho; cuando vi que nadie entraba al blog, nunca más escribí ahí y ya no lo uso. Lo cierto es que igual no me llevo muy bien con la tecnología.

Poesía militante

Mi seudónimo artístico es “El Anartista” en referencia a una revista de mismo nombre. La leía a los veinte años y era mi medio de cabecera, se postulaban como “Cultura contra

el bien general". Pero bueno, la revista se fundió y nunca más la pude tener. También elegí este nombre artístico porque tiene mucho que ver con la anarquía obviamente, me considero anarco y mis relatos son anarquistas, ya en la forma de escribir, es como una especie de caos artístico, literario.

Fui a algunos talleres y cafés literarios, que me ayudaron en la búsqueda de un estilo, pero siempre digo que igual uno se construye solo como escritor, hay que tenerse confianza hasta encontrar esa identidad literaria propia. En mi caso, empecé a escribir hasta que salió algo, seguí entonces trabajando y profundizando en esa idea, en esa forma de escribir, pero principalmente empecé a creer en lo que hacía. Formé parte también de algunas revistas, lo que me volcó aún más en la escritura. En ese tiempo iba a las villas en el Bajo Flores, en Capital, donde teníamos una revista que se llamaba Mate Amargo. Compartía con ellos desde lo social, lo que amplió mi visión del panorama y las realidades que viven en estas zonas, como lo es la Villa 31. Para mí estar con la gente de esos lugares y realizar una revista en conjunto fue algo único y enriquecedor, además eran personas que escribían y lo hacían muy bien.

Soy un poeta marginal. Siempre fui de interesarme mucho por lo social, por las injusticias, por eso digo que en ese sentido no soy un poeta romántico, sino que lo mío es más militante, de comprometerme con las problemáticas y desigualdades sociales. Siempre fue de protesta lo mío, de mucha protesta y rebeldía, de mucha transgresión; más que nada en mis comienzos. Muchas veces no me fue muy bien por eso, porque a los veinte, y en esa época, ser tan transgresor te complica un poco. Hoy, ya a mis cuarenta años, estoy más asentado.

A los chicos les digo que hay que ser rebeldes, pero con inteligencia, porque si vos te mandás así de una con

todo te llevás muchos palos. A veces te toman por loco y te complican la existencia. La sociedad busca que todos seamos funcionales al sistema y un poeta callejero, por ejemplo, es como que deja un lugar vacío, un puesto vacante, que otro lo puede llenar produciendo para la estructura económica que rige hoy en día. Siendo poeta callejero no le convenís al sistema, a la sociedad, porque no producís como ellos quieren ni alimentás la farsa que es el mundo.

Llevar poesía a la calle

Salgo solo a intervenir en la calle. Me preparo, agarro los librillos, unos puchos y encaro para la Vieja Estación. Voy viendo cómo está el ambiente y me voy acercando de a poco a las personas. Una vez que estoy con ellos, me presento, trato de explicar lo que hago, que escribo, que soy poeta callejero, de qué trata mi arte, que mi poesía busca confrontar los órdenes impuestos en la sociedad. Entonces así empiezo a ofrecer mis producciones, como bien aprendí de aquellas personas que me impulsaron en los comienzos. Les dejo mis librillos para que lo lean un rato, si les gusta y lo quieren me dan una colaboración, y si no les gustan me lo devuelven. Es todo un ritual el salir a vender, el prepararte antes de salir, llegar a las personas y ponerle la mejor onda, porque la gente lo percibe fácilmente; si estás para atrás, es preferible que te vuelvas para casa.

También cuando voy a los bares es todo un ritual. Entro, voy mesa por mesa, hablando con la gente, lo que demanda mucha energía, no es fácil. Por ahí yo estoy un tiempito nomás en el bar, un rato, pero quedás totalmente exhausto después, tenés que hablar bien, si trastabillás un poco se dan cuenta y no te compran nada. Lo importante está en conectar con

la gente. Previamente hay que hacer un poco de meditación en tu casa, por decirlo de alguna forma, porque a veces se ponen heavy las salidas a vender y hay que aguantar varias horas de recorrer y conversar con la gente. Realmente no es tan fácil como parece el ir a un bar y ofrecer tus librillos.

Mi arte es para todos, está dirigido a la sociedad en su totalidad. Aun así, por ejemplo, cuando voy a las facultades a vender mis librillos, sé que si voy a Ciencias Económicas seguramente voy a vender solo un librillo o directamente ninguno; en cambio, si voy a Filosofía y Letras o a Psicología, ahí sí que voy a vender varios. Si voy a Informática sé que difícilmente venda algo, ni sirve que vaya, para qué voy a ir. Seguramente dentro de ese contexto haya mucha gente que lee poesía, pero no es la mayoría y no es lo que observo en la práctica cuando voy a vender. De esa forma, puede que mis producciones estén orientadas hacia un determinado público, que pareciera construirse de por sí solo. Entonces, en ese sentido, cuando voy a las facultades sí hago una diferencia. Por otro lado, cuando voy a los bares y cervecerías, la verdad es que apunto a todos los públicos.

Siempre te vas a encontrar gente que es “cheta”, que es burguesa, pero también está buenísimo relacionarse con esas personas, ahí está el cambio. Si solo ves en él a un burgués que come rabas a la provenzal todos los fines de semana, y lo evitás, así también estás imposibilitando el relacionarse y estás colaborando en la desunión de la sociedad. Cuando era más pibe y andaba en mis veinte, me resistía a esa gente y nunca buscaba relacionarme con ellos, pero ya hoy acepto al tipo que es de esa forma y simplemente trato de explicarle mi forma de ver las cosas.

La Vieja Estación

Me muevo generalmente por la Vieja Estación²⁶, en 17 y 71, que es una especie de San Telmo pero acá en La Plata. Es mi lugar, ahí ya me conoce todo el mundo.

Meridiano V es una zona de bares y espacios culturales, uno al lado del otro. También está el Centro Cultural Estación Provincial, gigante, tiene dos o tres pisos, donde se hacen muchas movidas culturales; a veces, también tocan bandas al aire libre. Cuando entrás al Centro Cultural observás que todavía están las vías del tren, que ya no pasa más por ahí. La fachada de la Vieja Estación está desgastada por el paso del tiempo, pese a que se han hecho remodelaciones, aún conserva ese estilo bohemio y desgastado. Todo este espacio de bares no está techado, son mesitas afuera cuando hace calor y si no adentro de cada bar. Hay también un movimiento de cuerdas y agrupaciones candomberas que pasan siempre tocando, son un montón de personas con tamboriles. La comparsa es como un ritual cotidiano de la Vieja Estación.

El playón de la estación es un espacio de calles de adoquines, un espacio grande para que las bandas toquen, ahí en la puerta del centro cultural, donde para un lado da con las vías del tren y para el otro está la parte de los bares. Como tradición, ahí se hacen todos los domingos funciones de circo para los chicos.

Muy bohemio, es un lugar muy especial. Ahí me crucé a Leo Maslíah, el escritor y músico uruguayo, fui a verlo en el intervalo de su show a una mesita que estaba en un pasillo, para comentarle de mi librito, donde lo nombro a él. También me la crucé a Estela de Carlotto, y muchas otras personas reconocidas. Es un lugar hermoso, muy artístico.

²⁶ Antigua Estación Provincial, hoy devenida en circuito cultural en el barrio Meridiano V.

Al igual que yo, otros artistas y trabajadores de la calle frecuentan este espacio. Hay un flaco que siempre me lo cruza, en realidad cada tanto, que trabaja también en la Vieja Estación. Se llama Juanjo, vende flores, rosas. Se viste de saco y corbata, y va por las mesas vendiendo sus flores. Tengo un amigo, un trapito (cuida coches), que también ayuda mucho en todas las movidas de la Vieja Estación y el Centro Cultural, le dicen Mauri, es bastante más chico que yo. Tiene una re buena onda, siempre me pide cigarrillos y nos quedamos hablando del Pincha o del Lobo, un amigazo.

Cuando entro a un bar en Meridiano V no voy a tomarme una birra, no voy a ver la tele o a escuchar alguna banda, voy a trabajar. Me dedico a trabajar mis poesías y veo de afuera esa realidad de la gente tomando algo y escuchando música. Es un lugar que quiero mucho, que amo, que siempre me dio trabajo, tanto la Vieja Estación como sus alrededores. Millones de veces me han ofrecido comida, cuando me acerco a las mesas y están comiendo, y yo siempre le repito a toda la gente que mientras trabajo no como. Pese a no tener el mejor pasar económico, estoy más o menos bien, por ahí algunas personas se imaginan otra cosa por verlo a uno trabajando así.

Otra de las cosas que comúnmente me pasa por estos lugares, es que me piden que les haga alguna dedicatoria o autógrafo personalizado. Eso a uno lo re motiva, sentir ese reconocimiento. Una vez me pasó que, como ya me conoce la gente ahí en la Vieja Estación, entré a un barcito, les fui a ofrecer mi librito de poesías a una mesa y una vieja, ni bien me acerqué, se levantó y se sacó gritando que ella era capitalista, que defendía el modelo capitalista, gritaba «¡Soy capitalista, viva el capitalismo!». Y bueno, me tuve que ir a otro bar después de eso.

A veces voy también a la diagonal 74, de Plaza Moreno a

Plaza Italia, paso por los bares y las cervecerías. Lo cierto es que voy circulando por todo lo que sea la calle, paradas de colectivos o parques y plazas. He intentado en otros lugares, como en la Terminal de Ómnibus, pero no me dejaron vender. Todo lo que sea calle es donde me podés encontrar vendiendo. En los bares y cervecerías es un cincuenta y cincuenta, hay mitad que te deja vender y mitad que no. En algunos te dicen directamente que no podés pasar o, si es verano o primavera, te dejan a veces pasar por las mesas de afuera.



Manejarse con respeto

Los mejores momentos que uno tiene como artista callejero es cuando te reconocen el arte, cuando te valoran, cuando te hacen algún comentario de lo que vos escribís o del arte que hacés. Lo más lindo es eso, cuando te reconocen lo que hacés. En cuanto a aquellos momentos negativos, para evitarlos, simplemente se trata de no generar conflicto en la calle, de manejarse con respeto hacia la gente y hacia los demás trabajadores del espacio público. Hay que ser cuidadoso, porque estás continuamente tratando con personas y si a alguna le caés mal se te puede

armar un lindo quilombo, uno reniega con eso todo el tiempo. Por eso hay que manejarse respetuosamente.

Nunca tuve problemas con la policía. También acá en La Plata, después de tantos años de salir con mis escritos, ya soy bastante conocido en el ambiente, eso influye mucho para que no se me generen inconvenientes a la hora de salir a vender. La gente por lo general se re copa, obviamente también hay otros que no te dan pelota. El tema está en que yo soy muy respetuoso cuando vendo mis librillos y no genero ningún problema con el transeúnte que pasa por la calle. Por ahí se genera un malestar o conflicto cuando un pibe que vende medias está continuamente gritándole e insistiéndole a la gente «¡Dale, comprame! ¡Dale, comprame!»; en cambio, yo no le insisto a nadie para que compre mis librillos, manejándose con respeto la gente te percibe de forma positiva.

Así que lo cierto es que nunca tuve ningún problema, a lo sumo aquella vez con la vieja que gritaba ser capitalista en la Vieja Estación. Por ahí en algún boliche te dicen «Flaco, acá no pasás», nada más que eso. Soy un agradecido de la vida de que realmente, siendo respetuoso y tirando buena onda, no choqué mucho en la calle. Espero seguir así.

* * *

Poesía para transformar

El solo hecho de salir y ofrecer tus librillos en la calle es un acto revolucionario, una transgresión al modelo social-económico establecido. Al intervenir en la calle y ofrecer tus escritos así, estás destronando la escritura institucionalizada, la visión de que para ser escritor hay que recibirse en una facultad de filosofía y letras. Como dice León «Hasta un analfabeto

puede escribir». Los chiquitos, por ejemplo, también escriben cosas muy interesantes, sin haber asistido a una facultad.

En mis poesías trato de ser lo más transgresor que pueda, usar alguna “mala palabra”, utilizar ironías, con respecto a la burguesía, a las máquinas. Para mí la tecnología es retroceso y no evolución, y me refiero a las máquinas en general, inclusive los autos. Lo cierto igual es que tengo una computadora y todo, escribo contra el sistema y las tecnologías desde una máquina, pero porque es un arma de doble filo. Me molesta que ahora estemos todos conectados a un celular, que estando en tu casa a cada rato suene el celular y te saque de lo que estás haciendo en ese momento. A los veinte era mucho más rebelde en ese sentido, pero ya con cuarenta y un años que tengo como que me asenté un poco. Toda mi juventud estuve en contra de que me filmen o saquen fotos, del buscar hacerse conocido, no quería saber nada de estas cosas y la tecnología, ahora lo tomo como un mimo, siento que me valoran por lo que hago, por mi arte, porque también así uno difunde sus ideas.

Es una fábrica de hacer pájaros, buscar que la juventud elija por el lado de la humanidad, que se comprometa con las situaciones sociales que atravesamos, que luche contra las injusticias que se viven. Quizá alguien lee algo que vos escribiste, se ve tocada y por ahí empieza a percibir las cosas de otro modo. Por eso, trato siempre de ser bastante elocuente, irónico, anarquista, buscando provocar una reacción en el lector, que no sea solo un entretenimiento, es algo para concientizar, para que la gente tome compromiso de lo que está atravesando la sociedad.

Cuando tenía veinte años era un rebelde en todo sentido, ahora soy rebelde solamente en mis librillos. Cuando era chico era re bardo, me mandaba muchas cagadas, pero ahora ya

hace un tiempo que solamente me rebelo en el arte que hago.

De eso se trata, interactuar con la gente en la calle. Hay un compromiso humano, social, si no para qué escribimos; el ser poeta y escribir poesía es para transformar las cosas.

Empecé a los dieciocho años, así que claramente sigo haciendo esta actividad porque ya de por sí amo al arte en su totalidad. Creo en lo que hago y quiero cambiar el mundo, como dice mi amigo León «Por lo menos hacer temblar un poquito la balanza de la justicia y la injusticia». Si de cien personas a una la ayudo y le cambio la manera de ver las cosas, eso es importantísimo. De hecho, a mí mismo me pasó con un artista que me cambió la vida, que es Charly García, como también me pasó con Guillo y con aquel poeta que me crucé en el 146. Si yo puedo llegar a un joven o a cualquier persona, independientemente de su edad, de la misma forma en que ellos me llegaron a mí, eso ya es algo súper importante. Si a esa persona le cambio la forma de ver las cosas y lo incito a que haga algo artístico, ya el hecho de provocarle un cambio y una transformación en su persona, es sumamente gratificante.

Una ciudad muy artística

En La Plata hay un espacio que se llama FLIA²⁷, que se hace tres veces por año y reúne a muchísimos escritores independientes. Ahí nos juntamos todos y mostramos lo que hacemos. Más que nada, es importante remarcar el intercambio artístico que se logra en estos encuentros. Personalmente no vendo nada en esos eventos, voy para canjear mis producciones con otros artistas y nutrirme también de otras obras. Espacios de este estilo hay

²⁷ Feria del Libro Independiente y Autogestivo.

muchos acá. Por supuesto que, como poeta, no creo en la propiedad privada. La calle es el reflejo de la sociedad, es un territorio para la expresión y la transformación social. Si un chabón está tocando la viola en la puerta del banco, está produciendo y transformando la calle, es como que humaniza y embellece lo que es el espacio público, le pone arte a la calle, y generalmente la gente lo toma para bien.

En esta ciudad no veo muchos problemas para desempeñarte en la calle, aunque hay lugares que sí obviamente. Si vos te subís a un tren, por ejemplo, que a mí me pasó, porque trabajé en el tren también, de Villa Devoto a Constitución, ahí sí se complica un poco, al igual que en los subtes. Pero acá en las calles platenses, están los artesanos vendiendo sus pulseras, los tipos que tocan el violín o la guitarra en la puerta del banco, y no se observan muchas dificultades. El problema siempre es con los pibes que no tienen un mango, que por ahí van vendiendo algo de forma insistente, entonces la gente, que es reaccionaria muchas veces, los saca volando. Tengo mi compromiso como poeta, escribo para colaborar en la transformación de la sociedad, por eso me acerqué muchas veces y me hice amigo de muchos pibes así, vendedores ambulantes, que no tienen un mango y están en situación de calle, es realmente muy cruda la realidad que viven.

En cuanto a la expresión artística en la calle, hoy ya no hay tantos inconvenientes como en otras épocas. Además, esta es una ciudad muy cultural, muy hermosa en ese sentido, la gente se copa mucho con los artistas. Tampoco es que está llena de interventores la calle, pero en los últimos años aumentó.

Vivir del arte

Es difícil vivir del arte. Yo lo intento, para la comida y los cigarrillos llego bien, para eso sí. Además de amar el arte, soy muy apasionado a la hora de difundirlo y esparcirlo; me gusta mucho hablar con la gente. Amo lo que hago, no solo el escribir, sino también el trabajo en sí de salir a esparcirlo. Es el famoso “arte de vender”, algo en lo que me considero muy bueno.

Ofrezco mis poesías a un precio fijo, a veces pueden pagarme menos y está todo bien. Es algo artesanal, que para mí no tiene un valor comparable a algún producto material, industrial. No se puede poner un valor económico al arte. Todavía hay mucha gente que piensa que lo que hacemos no es un trabajo, puedo decirles que en mí caso sí lo es.

Tengo mucha afinidad y llegada con la gente, salvo excepciones; al estar ya hace años haciendo esto, se me conoce bastante y eso ayuda a desarrollar la actividad. A veces me cruzo con personas que me dicen que tienen toda mi bibliografía. No soy una persona que se la cree por lo que hace, yo solo escribo, hago arte, y considero que como hay cosas que hago muy buenas, también hay otras que por ahí son muy malas. No me considero el súper poeta, soy bastante humilde, pero sé que logro cosas buenas, que se reflejan cuando alguien me devuelve una valoración o reconocimiento.

Buscar tu identidad literaria

Mi mensaje para los jóvenes es siempre el mismo: no hace falta ir a una institución artística, a talleres o concursos literarios para ser escritor, nadie te da el título de poeta, eso lo va construyendo uno mismo. Tal vez estés garabateando ideas en una hoja un par de años hasta que te salga algo que

te guste, hasta que encuentres tu estilo y la escritura que te atrae. Todos tenemos el don de crear, de escribir, solo hay que buscarse, hasta encontrar una identidad literaria. No es obligatorio tener un profesor o ir a una institución que te forme. Los concursos literarios son una farsa, un montón de gente que se postula en busca de un premio, donde en realidad premian a uno que les parece a ellos que escribe “bien”, cuando es algo totalmente subjetivo, no estoy de acuerdo con eso, no creo que sea la forma. Si escribís “mal” o “bien”, eso no importa, la cuestión está en ir encontrando tu identidad literaria, tus formas de escribir, tus formas de expresarte.

La posibilidad de otro mundo

El arte callejero es demostrar que existe otra humanidad posible, que no está todo programado, que no todo es levantarse a las seis de la mañana para ir trabajar, volver al final del día a tu casa para comer e ir a dormir. El arte busca romper con la rutina del día a día, fomenta la posibilidad de otro mundo, un mundo donde hagas lo que te gusta hacer sin tantos condicionamientos. Es el luchar por una sociedad donde la gente no camine como zombi, sin vincularse los unos con otros, donde no pase de ir en el colectivo y el que esté al lado tuyo se incomode si le hablás. Se trata de poder vivir de lo que a uno le gusta y apasiona, lo cual se puede lograr.

V

MAGIA DE LA CALLE

Una boca que se abre y exhibe sus dientes, cejas que se elevan altas en curvilíneas, piel que se estira, apertura ocular y dilatación de pupilas, exaltación y emoción, mezcla de alegría y temor. Síntomas de la sorpresa: la meta de todo artista de la magia, el arte del asombro en la calle, que es de todos. Sorprendente y cautivadora, seduce con la ilusión, la transformación, la prestidigitación; trae al mundo real inverosímiles experiencias, hace de lo imposible algo posible

La magia nos acompaña hace tantísimo tiempo y alberga una historia que, si me permiten, brevemente me gustaría recorrer. Inscripta en un papiro yace la historia mágica más antigua, la del mago Dedi, quien logró asombrar al gran rey Keops. Su truco de ilusionismo causó tanto impacto en el Antiguo Egipto, que se lo consideraba un enviado de los dioses. El mago cortó la cabeza de un ganso y luego realizó una serie de invocaciones, todo el público allí presente quedó inmutado al ver al ganso caminar con la cabeza en perfecto estado y nuevamente en su sitio. Era una época donde ya por las calles maravillaban los muy populares juegos de vasos, bolas y cubiletes. También por entonces, en el actual territorio norteamericano, integrantes de algunas tribus ponían en práctica trucos que nada tenían que envidiar al mago Dedi; mientras le hechicere danzaba, a su lado una flecha, aparentemente con vida, comenzaba a salir del cesto que la albergaba -cual serpiente que asciende cautivada por la música del flautista-, hasta quedar completamente fuera de este y suspendida en el aire.

Ya en la Edad Media, la magia se encontraba dividida

en tres ramas: la denominada magia elegante, realizada para les reyes y la nobleza; las representaciones callejeras, dirigidas al pueblo; y la magia negra, dedicada al campo de lo sobrenatural. Adelantándonos en el tiempo, para el siglo XVII les magues e ilusionistas esparcieron su arte por todo el mundo y en Europa fue ganando mucho terreno; para el siguiente siglo, el ilusionismo llenaba teatros.

De esta forma, llegamos al gran ilusionista que revolucionó el arte de la magia en el siglo XIX, el francés Robert Houdin (1805-1878), quien es considerado el “Padre de la Magia Moderna”. Nacido en Blois, bajo el nombre de Jean Eugene Robert, desde pequeño tenía una gran habilidad con la mecánica, que lo condujo a dedicarse a la relojería, al igual que su padre; mientras que su afición por la magia fue producto de una casualidad, él buscaba adquirir unos libros sobre relojería y, en lugar de aquello, por equivocación, le entregaron otros que contenían pasatiempos científicos, trucos con cartas y adivinación de pensamientos. Al casarse con Cécile Eglantine Houdin, hija de otro relojero de nombre Joseph Houdin, decidió mudarse a París y adoptar su apellido.

Dedicó muchos años a la práctica, en privado, de diferentes trucos de magia, como también a la invención y fabricación de los tan populares autómatas en aquella época, a partir de lo cual obtuvo una medalla de plata en una exposición llevada a cabo en París en 1844. Gracias al apoyo económico de un amigo suyo, en 1845 logró adquirir un inmueble que transformó en un pequeño teatro; allí, a la edad de 40 años, presentó la primera de sus Soirées Fantastiques, que resultó muy novedosa y con una calidad de magia que dejó maravillado a todo el público.

En cada función su teatro se encontraba repleto y así, paulatinamente, Houdin fue conquistando y asombrando a

toda París con sus trucos; de entre ellos, un naranjo mecánico del cual salían frutas y mariposas que volaban por el público²⁸, o la “suspensión etérea” en la que su hijo Emile, de 14 años, aspiraba un gas -éter- y, por arte de magia, flotaba rígido en el aire, sostenido tan solo por un bastón bajo su brazo. Su éxito lo impulsó a presentarse en otras partes de Europa, actuando por Londres, Bélgica, Alemania, Escocia e Irlanda. Aun así, su escenario predilecto siempre fue el del teatro que llevaba su nombre, el cual continuó ofreciendo funciones mágicas incluso luego de su muerte en 1878, producto de una neumonía. Houdin dejó tras de sí un impresionante legado que marcó un antes y un después en el mundo de la magia.

Posteriormente, el húngaro Erich Weiss, nacido en 1847 en Budapest, quien iniciaría su carrera con la magia a muy temprana edad, al adquirir el libro *The Memoirs of Robert-Houdin*, colocaría a este gran mago como su máximo exponente, motivo por el cual decide adoptar el nombre que lo haría eterno, el talentoso ilusionista y maestro del escapismo Harry Houdini.

Ahora bien, situándonos en la escena actual del mundo mágico, luego del furor mundial por David Copperfield, los artistas David Blaine y Criss Angel se transformaron en dos grandes referencias. Estos consagrados ilusionistas, en constante competencia entre sí, se encargaron de impulsar la magia callejera por todo el mundo; ambos realizaban trucos en la calle, a centímetros del público, logrando cautivar multitudes.

Tras esta larga senda mágica que atraviesa nuestra historia, nos adentramos así en las experiencias artísticas de un mago que, poco a poco, está ganando un renombre en el ámbito de la magia argentina, especialmente la callejera. Nicolás Zaccardi nació un 29 de marzo de 1995 en San Carlos de Bolívar

²⁸ Acto que hoy podemos vivenciar en el film *The Illusionist* [2006]..

y se trasladó a La Plata a los dieciocho años; rápidamente se integró a la asociación La Caja Mágica, de la cual hoy es vicepresidente, y abrió un local exclusivo de magia. En sus comienzos optó por utilizar el seudónimo artístico Mago Rabnar, en honor a su fallecido primer profesor de magia; pero luego fue ganando popularidad y reconocimiento en las calles y en los medios digitales como el Mago Nico.

Este interventor urbano remarca el papel de relevancia que desempeñan las redes sociales para la difusión de la actividad artística en general; nos muestra cómo, a través de las mismas, pudo lograr sustentarse con la magia e ir construyendo su gran público. Su objetivo es «transformarles el día a las personas, darle ese colorcito artístico a sus rutinas y transmitir un mensaje positivo». El arte se basa en el diálogo y la interrelación del artista con el público; es un «gracias por ambas partes», comenta el mago. Se trata del intercambio de ideas, de emociones

La magia y el arte callejero le regalaron experiencias muy emotivas. Desde magia para niños, hasta trucos con mayor elaboración y producción, este sorprendente mago fue haciendo de las calles platenses su principal escenario, ganándose así el cariño del inmenso público que las transita.

El arte del asombro²⁹

Nicolás Zaccardi



Esa famosa cajita mágica

Me introduje en el mundo de la magia con ocho años. Recuerdo que una tía mía me regaló una famosa cajita mágica, con la cual muchos de nosotros, siendo niños, tuvimos la posibilidad de jugar. Al verla, uno cree al instante. Me fui empeñando en descubrir esos secretos, quería ir más allá de esa cajita. Empecé a aprender magia por internet, por YouTube, encontré varios videos de magos, así podía ver lo que hacían otros artistas e ir averiguando cómo lograban tales efectos, para después yo preparar ese mismo truco y hacer una demostración.

Cuando tenía diez años conocí a un mago de Bolívar, él me enseñó un poco lo básico sobre la magia. Con el tiempo fui comprando algunos trucos y artefactos en tiendas de Buenos

²⁹ El siguiente relato se elaboró en base a las palabras del artista, entrevistado el 26 de agosto de 2020.

Aires y me fui armando una rutina. Empecé haciendo magia infantil, hasta que me cansé, porque laburé como cinco años en esa rama, haciendo animaciones en fiestas de cumpleaños. Me sentía cómodo porque me gustaba hacerles magia a los nenes, pero no me sentía yo mismo. Ahí fue que empecé a tratar de salir a la calle, a cruzarme con gente desconocida, que no sepan lo que yo hacía, que ni me conozcan, y ahí contarles que soy mago y sacarles todas las cartas y monedas, tratar de llegar y romper el hielo, sorprender y asombrar.

Por ahí, muchos me preguntan «¿Por qué lo callejero?»; cuando yo tenía once o doce años, había un mago muy conocido, que se llama David Blaine, que sacó un comercial haciendo magia callejera. Después lo transformó en diferentes episodios, donde iba mostrando magia por la calle, en situaciones bizarras, aparecía y sorprendía a varias personas, eso era algo muy loco porque vos la veías muy de cerca a la magia. Él y Criss Angel son dos de los pioneros en esto de hacer magia de forma callejera, que es la más difícil porque vos estás muy cerca de tu público, a centímetros del espectador. Ellos fueron mis ejemplos a seguir, uno siempre tiene que reconocer sus referentes, no te digo copiarlos, pero sí reconocerlos como una base sobre la cual impulsarte y desenvolverte.

Magia en La Plata

Cuando vine acá estuve en una institución y, como ya tenía bastantes conocimientos, pasé a ser parte del equipo, como un ayudante digamos de La Caja Mágica: una asociación, de la cual ahora soy el vicepresidente, que representa a los magos de esta ciudad. La Plata es la ciudad del mago. Hay un montón de magos, por ahí muchos lo tienen como

hobby, no lo hacen profesionalmente, pero hay un montón.

Magos callejeros habrá tres o cuatro que lo mantienen como una actividad constante. Hay muchas casas infantiles, de animación. Tenés diferentes caminos, a mí me gusta más la magia en la calle, en una plaza, otros escenarios.

Mentalismo

Es un abanico enorme la magia. Tenés el mentalismo, la cartomagia, la magia de salón, la magia infantil. Trato de especializarme y, a su vez, agarrar un poco de cada una, nutrirme de todas. La que más me gusta es la rama del mentalismo, que es una suposición de leer la mente de forma involuntaria, voy a captar pensamientos tuyos sin que vos te des cuenta, o predecir cosas. El mentalismo es la magia que uno más disfruta y la que más asombra, porque si te hago un juego de magia vos por ahí decís «Ah, pero seguro tiene un truco», en cambio, yo te digo «Soy mentalista, te voy a hacer un efecto mental y voy a leer tu mente», entonces vos ahí quedás mucho más asombrado, te decís «Apa, acá hay algo raro, ¿qué onda esto, cómo es?». Entonces la gente como que se empieza a volver loca, el mentalismo te quema la cabeza, decís «¿Cómo mierda puede hacer eso?».

Nicolás- Como para darte un ejemplo, decime una carta de póker, cualquiera...

Athuel- Ehh... nueve de diamantes.

Nicolás- No podría saber que ibas a elegir el nueve de diamantes, de toda la baraja. Te muestro todas las cartas y una sola está invertida y es justamente el nueve de diamantes. Este es un claro ejemplo de cómo el mentalista pudo deducir qué ibas a elegir, incluso antes de la entrevista, y ya dejarla dada vuelta.

La magia callejera

Cuando te parás en la calle a hacer magia, la gente que circula, que es tu público, no fue ahí para verte a vos; muy distinto es en un teatro, donde ya de por sí fueron a ver a un mago. En la calle tenés que cautivar a esas personas, atraerlas de alguna forma; por eso, siempre digo que hay que empezar con algún juego vistoso, visualmente llamativo, para que digan «Uh, mirá, está haciendo magia, vamos a verlo». Obviamente esto no es algo fácil.

En la primera gira que hice, que fuimos a Pinamar, me fui con un mago que ya era profesional, estaba más experimentado, tenía todo un show callejero totalmente armado y producido, con toda una escenografía, con un telón negro de fondo, con un parlante, una mesa, lo que ya es toda una estructura y una puesta en escena bonita. Eso ya genera curiosidad en la peatonal. Poníamos la música un poco fuerte y todo un decorado lindo, así llamábamos mucho la atención de la gente. Puedo decir que la primera intervención que tuve de ese estilo fue buena, porque él ya tenía mucha experiencia, sabía cómo manejar el público, cómo presentar con la música. Aun así, es muy difícil pararte y atraer gente. Está bueno no ir solo a hacer magia callejera, tener un equipo, como una varieté, donde está el mago, el malabarista, el payaso, el que cuenta chistes, el que canta, ahí siempre va a ser más efectivo el hacer una buena presentación y tener mucho más público.

El impulso de la calle y las redes

Comencé a subir videos a las redes sociales haciendo magia y de golpe empecé a crecer mucho en cuanto a

seguidores, cada vez más gente veía mis videos. Mi gran soporte fue salir a la calle, pasar mis datos, mis redes, y empecé a ganar mi público. Arranqué, entonces, a jugar con ellos, a interactuar por Instagram, hacer videollamadas, mentalismo y adivinando una carta a distancia, tal como sucedió recién con el nueve de diamantes. Necesitaba comunicarme con mis espectadores, con mis seguidores, tratar de lograr un vínculo para que así les diera ganas de seguir conociéndome, de seguir viendo mis videos. Fui creciendo, hoy hay casi treinta mil seguidores; por ahí me pasa que voy por la calle y me conocen, vienen a saludarme, lo cual es algo nuevo para mí, porque no estoy acostumbrado a que me reconozcan y te das cuenta lo fuertes que son las redes sociales hoy en día.

Para mí la clave es ganar el contacto y los vínculos para crecer como artista, acercarte a personas que les puede interesar; o mismo con la actividad en los bares, vos sabés a qué bar ir y a qué bar no ir a hacer magia, obviamente que al principio se trata un poco de explorar. Las plazas, por ejemplo, también sirven mucho para ganar contrataciones, para actuar en cumpleaños infantiles; los sábados y domingos van las familias a pasar la tarde, entonces cuando ven a un mago les llama la atención, más que nada a los niños, así conseguís para animar eventos. Además, estás brindando una función gratis o a colaboración en la plaza para todo aquel que quiera ver un show de magia, cuando tal vez en un teatro sale trescientos o cuatrocientos pesos la entrada.

Siempre fui muy autodidacta. A la hora de salir a la calle a grabar un video, que después subo en las redes sociales, para promocionarme, voy acompañado de un amigo que me va filmando. Siempre voy por calle 8 o por Plaza Moreno, buscando y tratando de frenar a una persona que quiera participar en un video y una experiencia de magia. Lo que pasa con la cámara es que cuando enfocás al espectador, por ahí le

da vergüenza y no reacciona como lo haría naturalmente. Aun así, siempre terminan saliendo muy buenas producciones

Hoy las redes son todo para los artistas, para promocionarse, llegar a tu público y hacer conocer tu arte. También puedo hablar, por ejemplo, con la gente de cultura de Córdoba, les mando un video mío, de algún show acá y así voy consiguiendo eventos y lugares para actuar. Uno tiene que ser profesional en lo que hace, no es solo salir a la calle, es manejarse con respeto hacia otros artistas y la gente que pasa.

Magia impromptu

Como tengo Abracadabra, mi local de magia, que está en calle 48 entre 8 y 9, cuento con la posibilidad de conocer muchos secretos y trucos, puedo entonces captar así la atención de públicos muy diferentes. Por ahí si veo a un matrimonio, de unos cuarenta a cincuenta años, sé que puedo jugar con las cartas, puedo jugar con dados, con cosas que tal vez requieren de mayor atención. En cambio, si veo a un niño, tengo que hacer trucos con monedas, por ejemplo, no puedo mostrarle magia con cartas o trucos que por ahí no va a entender y no capte su atención; podría hacerle estos trucos igual, pero creo que a un niño le puedo jugar más con un pañuelito, con algo visible, que sepa lo que es, un objeto que tenga en su casa.

En la magia callejera, lo que más llama la atención es lo visual, una transformación, una desaparición; algo distinto a la cartomagia, que por ahí es más para estar sentado, donde el espectador está a mi lado y puedo mostrarlo por ciertos ángulos logrando un efecto, que por ahí en la calle se complica más. En la calle es totalmente otra cosa,

estás siempre parado, magia impromptu sería; de todas formas, uno ya tiene estudiado todo lo que va a hacer.

Salir a intervenir

Como en toda disciplina, creo que nadie puede improvisar de la nada misma todo un show, siempre tenés que tener una estructura, un seguimiento, yo te puedo improvisar, pero estoy partiendo de una base que es la vestimenta, fundamental a la hora de presentarte en la calle. Tenés que preparar bien lo que vas a decir, elegir la estructura de tu espectáculo, romper el hielo con un comienzo que llame la atención. Me gusta jugar con fuego al inicio, porque cuando la gente ve un resplandor se arriman.

Asociación

Cuando vine a La Plata tuve la suerte de poder unirme a esta asociación de magos. Justo salió esa propuesta de viajar a Pinamar y salió todo bien por suerte. El compañerismo te une, sentís más valor a la hora de presentarte, de salir a escena. A la hora de actuar tenés que ser un poco cara rota, no te tiene que importar nada; no podés solo salir y decir «Hola, soy mago», hay que tener confianza, ponerte la camiseta y comerte el escenario. El salir a intervenir con otros artistas te da un plus de valentía, sirve mucho para ganar confianza en uno mismo. Si salgo con miedo sé que me va a salir mal, no puedo pensar en negativo, tengo que estar positivo y decir «Bueno, ya está, lo voy a hacer», y siempre con la mirada al frente, eso es muy importante. Últimamente estuve saliendo más bien solo, por ahí voy más en grupo cuando viajamos haciendo giras.

Autorizaciones

Cuando decidimos viajar, con mi compañero de magia habíamos sacado una autorización en Pinamar con la agencia de cultura, donde nos dieron lugar para dormir y habilitaron para intervenir en la calle. Tuvimos que firmar un papel para esa habilitación y ese permiso, así la municipalidad sabía de nosotros. En Córdoba, en cambio, tuvimos problemas con la policía, porque no podíamos estar, teníamos que tener una autorización para intervenir. Allí ay muchos artistas que ya iban toda la temporada, entonces ahí se notaba bien claro que seguro había algún arreglo, no sé bien cómo será, hay mucho de eso en la calle. Pero bueno, en Mar del Plata, por ejemplo, no puedo estar en la peatonal porque sé que me van a sacar, como que ya están los artistas fijos ahí y no permiten mucho que se sumen otros.

En La Plata es totalmente diferente, te podés parar en Plaza Italia o en cualquier lado y no te van a decir nada; pero en un lugar más turístico y veraniego, donde va mucha gente se complica más la cuestión, te van a joder mucho.

Por un instante hacerlos volar

Tengo una experiencia muy emocionante que nos pasó en un show. Estábamos en Pinamar, armamos toda una función y la gente cortó la calle, de tanto público que era. Nos turnamos para filmarnos, cuando salía a escena uno, el otro filmaba, como para tener ese recuerdo. Ahí veo que habían cortado la calle de tanta gente, no lo podía creer. Hice mi show con un poco de cartomagia, y algunos trucos como el doblaje de tenedores y cucharas con la vista.

Cuando terminamos, empezamos a desarmar las cosas

y se acerca una mujer con sus tres hijos. La señora lloraba un poco. Mientras estaba desarmando, me puse a escuchar lo que le decía a mi compañero, que era con quien estaba hablando, ella le decía «Gracias, realmente muchas gracias, tengo cáncer y por ahí este momento veo que podemos estar todos felices y riendo, ver a mis hijos y la alegría que tenían»; eso nos partió el corazón. Luego nos pidieron sacarse fotos y nos sacamos un montón de fotos con los chiquitos. Fue un momento muy emocionante, muy sanador incluso, y uno dice «Fua, mirá lo que produce la magia, lo que produce el arte en la calle». Un momento muy lindo para nosotros, así nos damos cuenta que estamos haciendo bien nuestro trabajo.

Es algo que tiene la magia, el arte en general, te une, el arte te demuestra que hay pasión y eso atrapa. De igual forma pasa con la música, vos escuchás la letra de una canción y también te atrapa. Por eso uno trata de hacer bien su trabajo y así llegarle de alguna forma a la persona, de jugar y generar sentimientos, de emocionarlos, de ver que lo imposible se borra y se hace posible. Esa es la imagen y el objetivo del mago, creo que del artista en general, hacer que las personas por un instante se olviden de sus problemas y disfruten de un show, por un instante hacerlos volar.

Magia de bares

La magia de bares es muy complicada, porque vos tenés que intervenir en una mesa, en una conversación donde no sabés que pasó ni de qué están hablando; imagináte que por ahí están en medio de una discusión y vos entrás ahí para hacerles un truco de magia. Tenés que ser muy buen observador y ver en qué mesas se puede ir a hacer magia, si vos ves que se están riendo ahí sí podés ir, porque

está con una energía positiva. Tenés que hacer algo que los sorprenda mucho, mostrarles fuego, que aparezca una moneda, que a la persona le dé gusto verte y escucharte.



Magia para viajar

En el verano de 2020 me fui a Uruguay de mochilero con un grupo de amigos que no eran magos ni artistas y estuve trabajando en la calle, en la playa, en la peatonal, en bares, me di el lujo de estar en Punta del Este haciendo magia.

Me llamó un poco la atención el hecho de que allá sea todo muy parecido acá. Lo que sí noté muy diferente es que en Uruguay el mago no está muy visto. En Punta del

Este vi solo un show de un payaso, pero en sí la gente no está muy acostumbrada a estos espectáculos en la calle. Sorprende un poco porque estamos muy cerca, pero igual no vi esa pasión del artista callejero que por ahí se ve más acá. El argentino por ahí es más cara rota en ese sentido.

En Uruguay también me pasó de estar haciendo magia en la calle y que venga un flaco a preguntarme sobre esta actividad, le comenté entonces que era de Argentina, que estábamos viajando con amigos de mochileros. Gracias a esa charla, por ejemplo, me salió una función, así de la nada pude conseguirme una función en Uruguay y pudimos estirar la estadía. Es un poco jugar, mostrar lo que uno hace; obviamente después todo ese sacrificio y tanta práctica rinde frutos.

Darles ese color

En ocasiones visito hospitales de niños, como el de La Plata, para que los nenes puedan disfrutar de un mago o un payaso, de alegrarles un poco el día, de calmar un poco lo que están atravesando.

Esta propuesta, la del hospital, me llegó por Instagram; al ganar seguidores y gente que me busca en las redes, eso te abre las puertas a diferentes cosas. Por ejemplo, me llegaron varias propuestas de fundaciones; recuerdo una donde ibas y te cortaban el pelo, ese pelo luego lo donaban para los chicos con cáncer, entonces yo fui parte de ese movimiento solidario y también aporté desde mi arte para ayudar a aquellas personas que lo necesitan. Existe también la rama del payamédico, que va por los hospitales ofreciendo su arte para alegrar y darle un poco de color a los días de la gente que no la está pasando muy bien; algo así realizaba en el Hospital de La Plata.

Impagable

Mi peor momento en un show fue cuando era chico, tendría quince años. Sucedió en una fiesta en una casa muy grande, como una mansión, ahí en Bolívar, estaba haciendo un truco donde mostraba un diario enrollado, lo llenaba de agua y luego lo invertía sin que el agua caiga, que es un truco clásico, donde yo vuelco el agua en un periódico y esta desaparece.

Recuerdo que pedí una copa de agua para hacer el truco, presenté entonces el diario al público, y cuando voy a tirar el agua me interrumpe la dueña de la casa, me dice «No me vas a mojar el piso eh, que es de madera», a lo que le respondí «No, para nada, no se preocupe». Pongo el agua dentro del diario y cuando lo giro se cae toda en el piso, quedé en el momento así como paralizado, sin saber qué hacer, así que dije «Y bueno, ¿qué esperaban, que no se caiga?».

En momentos así no te podés quedar callado, así que hice el chiste ese y se rieron un rato, más que nada los chiquitos se reían como diciendo «Era obvio que se iba a caer». Quedó todo ahí como una broma. La dueña de la casa me debe haber odiado ese día.

Mi mejor momento con la magia callejera es cada vez que me acerco para actuarle a un niño y queda asombrado, a veces hasta vienen y me abrazan de lo sorprendidos que están, porque lo que están viendo es magia, es algo impagable, algo muy lindo. También encuentro mis mejores momentos con la magia interviniendo en las plazas, con la gente que va a pasar la tarde. Cuando vas a una plaza y te acercás a un grupo de amigos, vos llegás y siempre hay uno que es más copado y te sigue más el truco, en cambio, los demás son como más antipáticos hasta que se logra esa confianza.

El mago lo que tiene que hacer es ganarse esa confianza y se logra algo muy bueno; también salen propuestas de trabajo así, intercambiás contactos. Como decía antes, esto ayuda mucho a que uno crezca en su actividad, cada vez que me acerco a una persona y le hago un truco, les paso mis redes donde pueden seguirme y ver más trucos, así es como consigo para animar fiestas y eventos. He conocido muchas personas gracias a esto.

He logrado muchas cosas gracias a este arte, gracias a hacer algo que me gusta desde muy chiquito. Me siento por el buen camino, la calle me ayudó mucho, más que nada para perder la vergüenza y ciertos miedos a la hora de sacar una conversación con una persona, imaginate que vos tenés que caer a un grupo de personas que no conocés, que nunca viste. Me pasó a veces que ya me conocían por las redes, eso tiene un plus, porque ya de antemano te suben un poco el ánimo y uno se desenvuelve con mayor confianza, entrás como más decidido. Pero a la hora de entrar con un grupo donde no te registran para nada, es como decía antes, primero tenés que romper el hielo y con mucha confianza.

* * *

Inclusividad

Algo muy bueno que tiene el show callejero, es que la colaboración para el artista es a voluntad y sin compromiso. Esto lo transforma en una actividad muy inclusiva, hace que el arte sea para todos. Lo que sí, creo que hay que ser cuidadosos en la forma de pasar la gorra y de decir las cosas al público, he visto a muchos artistas que prácticamente obligan a todo aquel que esté ahí a poner plata, hay muchos que se manejan muy mal en ese sentido. Hay de todo en la calle.

La Puerta

Creo que la sociedad ya tiene una visión más natural de la actividad artística en la calle. Hoy te vas a Pinamar, a Córdoba, a Mar de Ajó o a cualquier lado y te vas a encontrar un show callejero, obviamente aún más en verano y en sitios vacacionales. Digamos que ya están más instauradas estas actividades en nuestra sociedad.

Como relataba antes, cuando viajamos buscamos tener las habilitaciones por si nos la piden, cosa de poder trabajar tranquilos, de esa forma sabés que nadie te va a molestar. Pero, en cambio, en Córdoba nos pasó que nos sacaron por no tener un permiso municipal, nos puso un poco tristes, porque era un espacio público y la gente estaba contenta porque había un show de magia, hasta las mismas personas empezaron a reclamar. Cuando vino la policía, como no éramos de ahí, de Córdoba, preferimos agarrar las cosas en silencio y nos fuimos.

Luego de ese contratiempo, arrancamos para Catamarca, que fue toda otra historia. Fuimos a un pueblito llamado La Puerta. Había una plaza en el centro donde a las cuatro de la tarde se juntaban todos los habitantes, ahí nos fue muy bien, porque la gente era muy humilde y el arte callejero no existía en ese lugar.

Eso es lo bueno de viajar haciendo esta actividad, de buscar estos lugares, donde la gente puede disfrutar de espectáculos que por ahí no es algo de todos los días para ellos.

Creo que buscar esos lugares es la forma de vivir de esto, a la vez que aportás un show así que no es algo que abunda en pueblitos chicos del interior.

Siempre en movimiento

Cuando uno hace lo que ama no lo toma como un trabajo, es decir, como obligaciones y horarios, uno lo hace con pasión y por ahí no te estresa tanto como un trabajo convencional. Aunque igual, si querés vivir de esto, tenés que dedicarte todos los días, estar continuamente aprendiendo y desarrollándote como artista.

Uno tiene que ir rebuscándosela para vivir de esto; por ejemplo, busco animar fiestas, hacer espectáculos en la plaza, doy clases, y entre todo eso es que logro hacerme de un sueldo para vivir. Uno tiene que ir moviéndose para alcanzar su objetivo que es vivir de lo que ama hacer.

Veo muchos artistas callejeros que hacen música, también dan clases o se presentan en otros espacios, van buscando otras alternativas que se complementen y así logran vivir. También podés ir planeando en los veranos hacer temporada en algún lugar vacacional, y durante el año tal vez enfocarte más en animar fiestas o dar clases. Al menos por cómo está la situación hoy, esa es la forma de lograr sustentarte y poder vivir del arte, vas juntando diferentes entradas. Ahora, además, tenemos las posibilidades más abiertas, porque gracias a las redes sociales por ahí te contactan para una animación de un evento. Aun así, es complicado, uno tiene que estar seguro de lo que va a hacer, hay que estar continuamente en movimiento.

Si tenés las ganas, predisposición y practicás mucho, creo que sí se puede vivir de esto. Hoy vivo de la magia porque doy clases, tengo mi local de magia Abracadabra,

donde vendo productos, estoy sacando material propio, sumado a los shows privados, más algún video que saco con alguna marca o publicidad, todo suma. Pero sí, se puede vivir del arte, hay que buscar las formas.

La disociación entre magos

Voy trasladándome por la calle y cambiando de espacio continuamente, un músico por ahí tiene que coordinar con otros artistas para instalarse a tocar en la peatonal. De todas formas, si yo voy a Córdoba tengo que ponerme en contacto con un mago de allá para coordinar, para saber exactamente dónde ir, para saber en qué lugares conviene más intervenir con magia, por ahí en ese sentido la magia es más complicada. Además, entre los propios magos se ve mucha competencia y rivalidad, hay una mayor distancia entre magos que entre artistas de otras ramas.

Esto un poco forma parte del mundo del arte callejero, muchas veces se observa algún tipo de disputa entre artistas, donde si no hay una amistad de por medio, no te facilitan las cosas. Por eso, uno siempre tiene que ser un poco autodidacta y tener un amigo que esté en la misma sintonía, que sea mago en mi caso, es mucho mejor así. La mayoría de las veces existe un gran compañerismo que te ayuda mucho a instalarte y hacer tu arte, te dicen dónde te conviene ir para tener mayor público.

El último mensaje

A una persona que está arrancando con esta actividad, le daría el consejo de que gane confianza en sí misma, que se busque una buena apertura y un buen final.

Si vas sin tener bien preparado y organizado el show, te vas a poner muy nervioso o te va a agarrar mucha vergüenza de golpe; en el caso de la magia, tal vez si no tenés bien practicados los trucos, después en la puesta en escena te van a temblar las manos o no vas a lograr el efecto que querías alcanzar. Se trata de tener confianza en uno mismo, saber bien lo que vas a hacer, decir lo justo y necesario, tener esa buena apertura y un buen final para que la persona que te vio se quede con ese sabor positivo con tu show; por eso, el final es todo para mí, es el último mensaje que le deja el artista al espectador, es el sabor ese de si faltó más o faltó menos, o si fue el remedio justo. Uno como artista tiene que generar que el espectador quiera seguir viendo tu show, por eso yo siempre recomiendo que una función, sea de un mago o cualquier otro artista, dure de treinta a cuarenta minutos, hay que dejar esa sensación en el público de querer ver más, así después tiene ganas de volverte a ver o quizás incluso contactarte, siempre hay que dejar un poquitito y no quemar todo de una.

Algo muy aconsejable es salir a practicar en las plazas. En este caso, con la magia, esta buena la idea que yo utilicé de hacer videos acercándose a un grupo de amigos en una plaza y, después de romper el hielo, y de hacer algunos trucos, contarles que tenés un canal de Instagram y cómo pueden contactarte.

Es una forma de vida, un modo de expresar los sentimientos que uno tiene. Creo que es algo muy lindo cuando crecés en una familia de artistas, que no es algo que a mí me tocó, pero cuando uno tiene esa posibilidad, ya incorporás ese gustito del arte, buscando esa rama que más te llama la atención, sea la magia, la música, el teatro.

Se trata un poco, además, de romper las reglas; aunque igual quizás se construyó esa imagen del artista callejero como un rebelde para justamente quitarle legitimidad

a estas actividades. Puede que a una persona que está circulando le genere un rechazo ver a alguien haciendo arte en la calle, porque tiene un preconceito y una mala impresión del arte callejero. Acá en Argentina, el arte no recibe el apoyo que tendría que recibir, igual siempre van a haber artistas haciendo lo que les gusta en la calle, lo fuerte de esto es el amor a hacer lo que nos gusta.

Hay algo que deja el arte que es hermoso, una sensación de alegría en las calles, de asombro. A cada persona le llega de diferente forma, algunos por ahí se emocionan, otros se ríen. Es por ahí el regalarle algo a la otra persona, compartirle un mensaje. Por todo esto, valoro mucho a los artistas en general. Con la magia se trata de mostrar que lo imposible se puede hacer posible, que se puede vivir siendo artista, que uno puede ganarse la vida haciendo lo que ama, gracias a la gente igual, porque si no tenés al otro, al espectador que reciba tu arte, no podemos mostrar lo que hacemos y no existe show alguno. Es como un ida y vuelta, es un gracias por ambas partes, tanto de aquel que observa, como de nosotros que les ofrecemos nuestro arte.

VI

EL ROJO ES SU VERDE

Cuando la calle se torna serena y los vehículos se detienen, como si de un autocine se tratara -más bien, de un autocirco-, frente a cada capot se despliegan espectáculos de malabarismo. El rojo es su verde. Cronometrado el tiempo disponible para impresionar a su público automovilístico, les artistas se lanzan a su particular escenario.

El origen del malabarismo encuentra sus raíces en el Antiguo Egipto. La localidad de Beni Hassan, situada en el Egipto Medio en la ribera oriental del río Nilo, posee una necrópolis perteneciente a la época de las dinastías XI y XII; precisamente en los pétreos muros de estas tumbas yacen tallados jeroglíficos que datan del 1994 - 1781 a.C, es en estas ilustraciones donde se hallan las representaciones más antiguas de la historia del malabarismo.

Ahora bien, en lo que a malabarismo-semaforismo se refiere, según comenta el artista callejero Menzo Menjunjes³⁰, su origen es un campo misterioso y aún no develado. Siendo una práctica que históricamente se observó siempre en mayor medida en América Central y América del Sur, se teoriza que surgió en Ciudad de México y que un viajero argentino, a mediados de los '90, se encargó de reproducir la idea, que terminó expandiéndose por Chile, Uruguay y Brasil. Hasta ese momento, el arte circense era común en plazas y parques. En poco tiempo se construyó una nueva tribu urbana entre sendas peatonales y semáforos. Se trataba de un espacio emergente, un nuevo medio laboral autogestionado, para combatir al

30 Menzo Menjunjes, *El malabarista de semáforo*, Buenos Aires, 2015.

modelo neoliberal y su crisis económica que condenaba con trabajo esclavo y precarizado a las nuevas juventudes.

Quizá, las personas detrás de sus volantes, se preguntarán por la vida y las historias que atesoran artistas de estarcido, que con shows de 45 segundos pueden transformar la totalidad de su día.

En este capítulo, a partir de las experiencias de la malabarista Sabrina Alzugaray, podremos acercarnos a estas formas de expresión y manifestación artística.

Aunque no haya reglas establecidas e institucionalizadas para el desarrollo de estas actividades, Sabrina afirma que existen códigos y acuerdos entre los semaforistas -y entre los artistas callejeros en general-, los cuales pasan horas bajo el extenuante sol o soportando bajas temperaturas o lluvias, turnándose unos con otros para intervenir en plena senda de cruce peatonal, dándole pinceladas de color al transitar de la comunidad.

Como relata, lamentablemente sigue siendo un hecho que la mujer encuentra más trabas en el desarrollo de su práctica. «Lo peor son los machos, ya sabemos que como mujer estamos condicionadas a que nuestra realidad es otra, es esto de salir con miedo y todo lo que sabemos que sucede». Así también, sostiene que «siendo artista a veces toca ponerse más firme todavía, porque hay cosas que por ser mujer parece que no podés hacer»; es el machismo aún muy vivo en la sociedad actual, el sexismo que se observa en la propia disciplina artística: el lanzamiento de cuchillos, práctica que, por lo general, se liga más al sexo masculino en muchos ambientes circenses.

Pese a estas injustas realidades que Sabrina vive como mujer-artista del espacio público, la calle posee una magia especial como espacio social y de intercambio. La malabarista

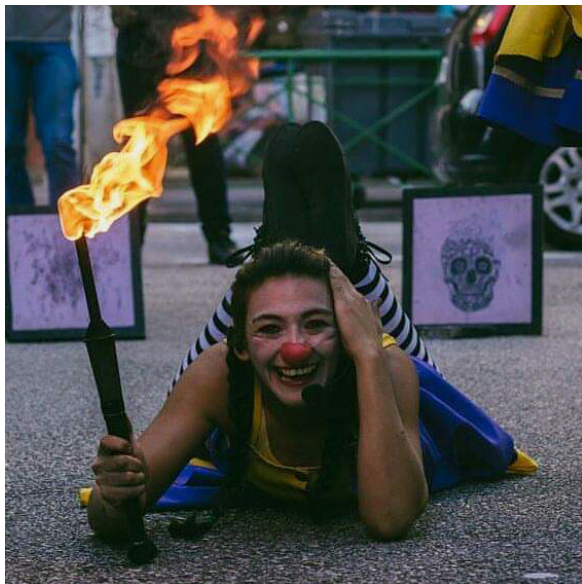
finaliza su show, el semáforo se torna de color verde y entonces ella navega entre hileras de autos, donde algunos le dejan una colaboración, un agradecimiento por el espectáculo, por transformar ese asiento del auto en una butaca de circo. En el amoroso gesto de aquel pequeño que asomó su manito por la ventana trasera y le entregó la plata que el Ratón Pérez le había dado por su diente, o en ese corte carré que aquella niña se hizo en honor a su ídola payasa Rayuela; en esos pequeños enormes detalles resalta lo inigualable y maravilloso de este escenario artístico que es la calle.

No se trata solo de una alternativa laboral, muy claro lo deja la malabarista al afirmar que es toda «una filosofía de vida» que busca guiarse por otros valores, que intenta ir a contracorriente de modelos y estándares establecidos por el sistema. «Se trata de poder vivir con mucho menos, de ser libre, de empeñar el tiempo de otra manera, en lo que a uno le gusta, se trata hasta de comer de otra manera, de manejarse de otra manera, de ir lo más por fuera posible de un sistema que me parece nefasto; seguir cooperando y colaborando con ese sistema me parece una cagada».

El compromiso social del arte callejero es altísimo. Es una «posibilidad de agente de cambio», así lo percibe Sabrina; una herramienta para transformar las realidades, un medio de expresión con una amplia llegada popular e inclusivo. Ella plantea que existe «una posibilidad de vivir mejor, de estar bien, de ser feliz, sana, tranquila; es una posibilidad de aportar para un mundo diferente»; la expresión artística como una oportunidad de «dejar el mundo un poco mejor de lo que lo encontramos».

El show de Rayita³¹

Sabrina Alzugaray



Jugarme todo al circo

Tengo treinta y dos años y hago circo desde los diecinueve. Mis padres fueron toda su vida artesanos, lo cual me acercó a tener una óptica diferente del arte y otros tipos de filosofía de vida. A los dieciocho años me fui de viaje por primera vez con una amiga, sin mi familia, a Mar del Plata. Me sostenía económicamente vendiendo producciones de mi padre, a quien le enviaba una parte de lo que ganaba. Ahí conocí a un malabarista, con el cual tuve luego una relación de diez años, él fue quien me enseñó estoy me acercó al circo.

En ese momento estudiaba biología en la Universidad Nacional de La Plata, estaba viviendo sola, trabajaba y

³¹ Relato construido en base a una entrevista realizada a la artista, el 9 de septiembre de 2020.

cuando llegaba septiembre ya me quería ir de viaje. Al segundo año que me fui, ya opté por dejar de estudiar y jugarme todo al circo. Empecé a trabajar con malabares en los semáforos y también haciendo mi propio espectáculo con mi compañero. Me fui capacitando y haciendo otras cosas como tela, trapecio, acrobacia. Pasé por varias disciplinas hasta encontrar la puntería en lanzamiento de cuchillos, que es donde hoy me quedé y especialicé.

Una parte de mi formación la realicé en la Municipalidad de Berazategui, donde hubo una escuela circens. Fui un tiempo, no terminé el curso, siempre estaba en viajes. Como institución estuve en esa. Después tuve acceso a muchos talleres, festivales, encuentros, convenciones de circo; de hecho, soy organizadora de convenciones de circo en Paraguay, al igual que acá en Argentina. Antes trabajaba acompañada, ahora que estoy en México hace un año y medio trabajo sola; bueno, en realidad hace más tiempo, pero siempre está la posibilidad de sumarse a otros equipos.

Tengo la posibilidad de preparar mi trabajo para diferentes grupos y públicos. Aun así, mi función, mi show de calle, que también puedo hacer en una escuela, en un evento o donde sea, es para todo público. Mi función está destinada para toda la familia, tiene un mensaje ahí muy marcado, de no etiquetar las infancias, yo juego balones y cuchillos y hablo mucho de ello.

Hoy en día tengo mi propio espectáculo, mi propia compañía de circo, aunque también formo parte de otras compañías. Tengo un grupo que se llama “Rayadas Circus”, mientras que “Rayita Circo” es mi propia compañía, porque Rayita es mi payasa. En aquel momento me gustaban muchísimo las vestimentas que eran a rayas, de ahí proviene el nombre. También tuve otra compañía, junto al que era mi compañero en ese momento, éramos “Rayita y Rayado Show”.

El desafío que tanto queremos

Si tuviese que describirte el paso a paso de mi función, te diría que inicia ya en levantarme, desayunar, prepararme, saber y meditar lo que voy a hacer en esa función; si bien eso ya tiene un guión, la calle siempre tiene otros tiempos, donde pasan otras cosas que no están planeadas, y es ahí donde entra este desafío que nosotros tanto queremos y nos gusta. No es solamente que la gente venga y pague la entrada, como en un teatro, sino que se sorprenda, que tenga ganas de frenar unos minutos a ver algo que no había elegido ver.

Me parece que cuando apuntamos a la calle, lo hacemos desde una óptica empática, solidaria, de unión; no importa si tenés o no plata, no importa nada, solo tenés que tener ganas de pasarla bien, creo que eso es algo que tiene la calle que no lo tiene la sala, por ejemplo. Entonces, al momento de emprender la función, preparo todo mi baúl, mi vestuario, mis maquillajes, mis juguetes y me dirijo a la plaza. Cuando llego, depende dónde sea, ya sabemos manejarnos, en algunos lugares hay que pedir permiso y en otros no. Es llegar con tu baúl, ver el terreno, un espacio aún vacío, y de a poco empezar a transformarlo en un teatro callejero, en el cual va a surgir la misma magia que en el circo de carpa, pero al aire libre, y por un trueque consciente, valorado, de corazón.

Mi función arranca con una convocatoria, donde llamo a la gente, cuando ya los tengo ahí juntos y sentados, si es que pude sentarlos, ya aviso que voy a salir. Hago una salida como la del circo, empiezo con mi número de balones, luego continúo con un participativo de niños y luego con un participativo de adultos, después termino pasando la gorra.

Dejando a un lado mi función y mi espectáculo de plaza, cuando voy a trabajar todos los días al semáforo, mi cotidiano

es que me levanto a las 5:30 de la mañana, desayuno, fumo uno antes de salir y me voy en bici lo más temprano que pueda, porque no me gusta trabajar abajo del sol ese que te descompone. Llego al semáforo que elija, ato mi bicicleta, caliento un poco y empiezo a trabajar. Siempre calculamos que el semáforo tiene aproximadamente un minuto y tenemos una rutina armada para ese tiempo. El tiempo del día que esté trabajando depende de las necesidades con las que esté, por lo general trabajo dos horas a la mañana y dos a la tarde. Me va bien, no me puedo quejar.

Soy de moverme bastante; pero bueno, si estoy en La Plata es fija que voy a ir al semáforo de 25 y 526, porque yo sé que ahí me va bien, la gente me conoce y me siento cómoda en el barrio. También voy a otros lugares, porque ir todos los días al mismo lugar me cansa mentalmente, eso me impulsa a moverme e ir cambiando de sitio. Viajando, a veces, no queda otra que ir moviéndose. Los espacios en los que me desempeño con mayor frecuencia son los semáforos, plazas, parques, escuelas, eventos, bares, peatonales, también festivales y convenciones. Donde se pueda hacer, voy.

Somos un ambiente bastante unido, con códigos globales, los viajeros nos movemos por muchos lugares, en algunos tienen los mismos códigos y en otros no. No porque seamos artistas y tengamos esta filosofía de vida significa que todos somos buenos y nos manejamos bien, al igual que hay médicos buenos y hay médicos que se manejan mal, con esto es lo mismo, es una profesión como cualquier otra. Siempre te vas a cruzar alguno que piensa que el espacio es suyo, pero en su mayoría con los colegas nos llevamos bien.

La policía y los machos

¿Trabas que tuve?, la policía. Las trabas son siempre la policía o el empleado municipal que esté en la plaza o en la calle pidiéndote un permiso o quitándote el espacio. Después, como mujer artista, lo peor son los machos, ya sabemos que como mujer estamos condicionadas a que nuestra realidad es otra, es esto de salir con miedo y todo lo que sabemos que sucede. Siendo artista a veces toca ponerse más firme todavía, porque hay cosas que por ser mujer parece que no podés hacer. Justamente yo tengo una función muy fuerte en ese sentido, de balones y cuchillos, que son cosas que por lo general hacen los hombres en el circo, entonces mi mensaje es que nada tiene etiqueta en esto, lo hace un hombre o una mujer, es lo mismo. Creo que esas son dos de las cuestiones que más me cuestan y traban cuando trabajo en la calle. También hay otros temas, como conseguir lugar con corriente, para poder tener luz; pero no hay muchos inconvenientes más.

El cariño de la gente

Peores momentos puedo nombrarte varios, pero creo que uno de los primeros momentos muy feos que tuve fue en una función donde la gente se empezó a ir. Estábamos haciendo temporada en la peatonal de Mar del Plata y nos venía yendo re bien todos los días, pero una noche la gente se fue de la función, eso fue algo demoledor, nos fuimos llorando, no sabíamos qué hicimos mal, pero se sintió muy feo. Hoy en día entiendo que esa frustración, que fue lo que sentí en ese momento, era muy necesaria para replantearme qué estaba haciendo, para qué, cómo, en qué fallé, qué haría y qué no haría. En esos momentos, hay que frenar y

organizarse otra vez. Otro de mis peores momentos fue que se me descolocara la rodilla en plena función, tirando cuchillos; dos veces me sucedió esto, una trabajando con mi compañera y otra estando sola. Todas las veces terminé mi función igual.

Mejores momentos como artista creo que tengo muchos. En un semáforo un niño me miró y me dijo «Te voy a dar la plata que me dejó el Ratón Pérez por mi diente», yo sé que eso para él tenía mucho valor y decidió dármelo. Son esos días que decís «¡Wow, gracias por esto!». También cuando hice mi espectáculo sola por primera vez, esa fue de las ocasiones que mejor me sentí en la vida. Bueno, después el estreno de mi número de cuchillos, que fue algo que trabajé años para poder realizarlo, y cuando lo estrené fue otro muy buen momento de mi vida también. Hubo una convención en Brasil, donde me tocó cerrar e hice un número con cuatro lanzadores más, creo que ese fue el mejor número de mi vida.

En una ocasión, hicimos una función con Brenda Corso (“Rayuela”), que es mi compañera de trabajo en Uruguay, donde hice cinco temporadas seguidas de verano y una fue con ella. Brenda usa una peluca corte carré. Al otro día de haber hecho una función, se acercó un papá y nos dice «Quiero compartirles algo que me pasó; mi hija me pidió hoy que la lleve a la peluquería, porque ella se quería hacer el corte de pelo de Rayuela, así que fue y se lo cortó». La nena, que tenía el pelo por la cintura, se lo cortó igual que mi compañera, igual que la payasa que vio en la calle. Eso, para mí, fue algo muy increíble. Otra anécdota que tengo, también haciendo temporada en Uruguay, es que una vez la gente me llevó una torta para mi cumpleaños; ese amor de la gente que a veces te deja muy de cara.



Una filosofía de vida

Esta actividad es un trabajo y es una forma de vivir; se trata de poder hacerlo con mucho menos, de ser libre, de empeñar el tiempo de otra manera, en lo que a uno le gusta, se trata hasta de comer de otra manera, de ir lo más por fuera posible de un sistema que me parece nefasto.

Del arte se puede vivir y viajar, es realmente un sustento. Vivo así, viajo así, no hay otra. Desde que arranqué, nunca más trabajé en otra cosa, me dedico

exclusivamente al circo. Casi toda Sudamérica la hice con esto. Ahora estoy en México y calculo que el año que viene iré para Europa. Pero sí, viajar es lo que más amo.

Nefasto

Políticamente, nosotros no existimos o estorbamos para una gran parte de la sociedad. Es muy difícil, no tenemos cobertura médica, no tenemos aguinaldo, no tenemos un montón de cosas que estaría chido tener. Cada vez, además, son menos los lugares donde se puede trabajar en la calle, cada vez son menos los lugares donde te permiten hacer una función o te permiten hacer semáforos, todo está más regulado, cada vez te piden más plata, piden más permisos y habilitaciones y es mayor la discriminación. En ese aspecto, la verdad, es nefasto lo que pasa.

Me veo afectada todo el tiempo, salgo sabiendo que puede llegar a pasar algo. Mi última función me la suspendió un policía, que me interrumpió en el medio de la función, porque no tenía un permiso. Fui entonces a sacarlo, pero no existía. Todo esto te deja en un bache, atada de pies y manos, o te lleva a ir como punky y esperar que no te saquen. La verdad que no está para nada bueno, pero la realidad es así.

Prejuicios

La gente sigue teniendo muchos prejuicios, no solamente con el arte callejero, sino también para con todas las cosas; o sea, siguen existiendo prejuicios para con los homosexuales, con los que fuman, con los negros, con los locos, con todos. La gente tiene prejuicios por todo. Entonces no creo que

sea solamente con la actividad que se hace en la calle; es si tenemos el pelo de color, que si estamos tatuados, como que somos vagos, y así con un montón de cosas que son pura y exclusivamente prejuicios, desde una ignorancia. También entiendo que sí, que hay gente que es re barrilete en la calle, que es cualquier cosa, pero sucede en todos los ambientes.

No sé si se trata de una falta de difusión mediática que fomente el desarrollo de estas actividades, no sé si la cosa pasa tanto por los medios. Para lograr cambiar esa mirada prejuiciosa, habría que trabajarlo más desde la escuela me parece; Chile tiene circo en su escuela, por ejemplo. Si hablamos de los medios masivos de comunicación, no sé si van a querer mucho que alguien esté así pillito, por fuera del sistema, la contracultura, no creo que eso sea lo que quieren los medios. Si difundiría estas actividades callejeras, no sería a través de esos medios.

Semillitas positivas

El arte callejero tiene un compromiso social muy elevado, lleva arte para todos, lleva cultura, amor, ilusión, posibilidades de trabajo, de estar bien. Es una posibilidad de agente de cambio. El circo te demuestra que hay una disciplina para vos, seas quien seas, y que hay una posibilidad de vivir mejor, de estar bien, de ser feliz, de estar sana, tranquila; es una posibilidad de aportar para un mundo diferente. El arte es expresar, es comunicar, es denunciar, es incomodar, es dar. Lo considero una herramienta muy fuerte, amplia y popular para plantar semillitas positivas.

Es un espacio de producción e intercambio, de creación y búsqueda. Cualquier platense sabe que va a encontrarse

malabaristas en los semáforos y eso está buenísimo. Creo también que el platense está muy culturizado y acostumbrado a ver espectáculos hace muchos años, en las plazas y en todo ambiente. El circo callejero en La Plata pisa fuerte, tiene muchas compañías, hay muchos malabaristas, hay muchos lugares también, muchos centros culturales. Entonces, si bien La Plata es una ciudad súper diversa y cultural, por esto de las universidades y que hay gente de todos lados, el circo es una gotita más en un vaso lleno de diversidad, una gotita que resalta mucho.

Lo que uno trae adentro

Además de ser un modo de rebelarse ante los estándares socioculturales, el arte callejero es un modo de demostrar también que podemos tener otro tipo de vida, otro tipo de economía, otro tipo de alimentación. Mucho tiene que ver con la conciencia, en todos los aspectos, la conciencia ecológica, la conciencia mundial, la conciencia física, la conciencia social, la conciencia de uno mismo. Entonces resulta imposible que no sea un modo de rebelarse. Uno puede hacer circo sin apropiarse del espacio público; por ahí hay una idea con respecto a esto que hace que el mundo circense, en cierto punto, esté muy dividido, por un lado el circo de carpa y, por otro, el circo de calle.

Cuando uno se apropia del espacio público haciendo una función, música o dejando un dibujo plasmado, por ejemplo, en realidad no se lo está apropiando para uno, sino para aportar. Esto es querer compartir lo que uno trae adentro, que para muchos es una locura o simplemente es diferente.

La calle te enseña

A aquel que se esté iniciando en esto, le diría que le dé para adelante, que no afloje. Le diría que siempre tenga respeto en la calle, que siempre sea en la calle, con la calle y para la calle. Le diría que cuide el lugar de trabajo, que no la cague, que se cuide, porque en la calle pasan muchas cosas, muy buenas también, todos los días. La calle te da libertad.

Le diría que siempre crea en el arte, que es también un gran aporte para uno mismo. Toda mi persona cambió entera, mis perspectivas; puede que muchos de mis valores y principios sigan intactos, pero muchos otros los fui moldeando. Cambié mi forma de alimentarme, de pensar, de trabajar, de moverme. La verdad es que el circo te hace crecer mucho. La calle te enseña, la calle te da y también te quita; pero es un lugar increíble. Creo que soy mucho mejor persona gracias a esto.

Dejar algo bueno

Entiendo por arte callejero a la intervención de cualquier artista, no solo cirquero, todo aquel que quiere compartir un pedazo de lo que haga, con la intención de dejar algo bueno, de plasmar arte, cultura, amor. Creo que eso es el arte callejero y su finalidad es la felicidad e intentar dejar el mundo un poco mejor de lo que lo encontramos, o por lo menos de generar un poco de esa conciencia social.

VII

EL ARTE DE HACER REÍR

De tirantes y sombrero, de anchos y coloridos pantalones y zapatos; toma el micrófono y comienza a llamar al público, disperso por la Plaza Azcuénaga. Así inicia el espectáculo de Emanuel Lorience, también conocido como el “Payaso Manotas”, quien ya lleva casi veinte años interviniendo en la calle y sacándole una sonrisa a la comunidad platense, desde los más pequeños hasta los más grandes. Niños de todas las edades, incluso algunos de hasta noventa años, se conglomeran alrededor del artista que, con malabares, magia, equilibrio, monociclo, mini bicicleta y burbujas, conmueve y sorprende a los presentes que estallan en carcajadas al unísono ante cada chascarrillo del payaso.

Los orígenes del arte payasesco, otra interesante historia para explorar. Conservado y representado en antiguos jeroglíficos egipcios, ya en la Quinta Dinastía de Dadkeri-Assi, por el año 2.500 a.C, toma lugar la figura del “Bufón de la Corte”; este personaje se observará también, posteriormente, en civilizaciones como la China o en el Imperio Azteca. Lejos de acotarse a un personaje humorístico, el bufón jugaba un papel político de relevancia, siendo en muchas ocasiones el único que podía elevar su voz frente a las figuras de más alto poder. No por nada Yu Sze es considerado un héroe nacional en China; según cuenta la historia, logró convencer al emperador Shih Huang-Ti de no pintar la Gran Muralla China, construida por el año 300 a.C, bajo un trabajo tan hostil que muchísimos de los constructores murieron en el proceso y gracias a

este bufón al menos se ahorraron la tarea de pintarla.

Situándonos en el último periodo de la Edad Media, bufones –junto a juglares y payases de diversos tipos y categorías– participaban de festividades religiosas, carnalescas, cómicas, populares y públicas; estas fiestas medievales se diferenciaban ampliamente de las ofrecidas oficialmente por la Iglesia y el Estado Feudal, puesto que proponían otra perspectiva y cosmovisión del mundo, rompían con los cánones dominantes de las jerarquías sociales y políticas. Así también, resulta significativo remarcar que en estas festividades se hallan los primeros registros – los más antiguos encontrados– que presentan a las primeras actrices-payasas, las “juglaresas”, únicas mujeres a las que se les permitía subir a un escenario, quienes narraban cómicas historias eróticas, con las cuales derribaban los temores, la vergüenza, los sentidos de culpa y el propio pecado original, impuesto por la Iglesia y el Estado para controlar al pueblo.

Les payases callejeros en la antigüedad elegían la calle como su escenario por la mayor cercanía al pueblo más humilde. A través del arte, le hacían reconocer sus condiciones de vida, las miserables realidades que atravesaban los sectores más bajos de la sociedad. Por este motivo, les artistas y juglares del espacio público fueron siempre perseguidos y mutilados; una mano cortada como censura de su expresión artística, una lengua arrancada para silenciar y acallar al pueblo, feroces métodos para evitar un posible levantamiento de los sectores populares.

Salvando las diferencias entre ambas formas de arte humorístico, mucho de bufonesca tiene la figura del payase; podemos decir que en aquel bufón de la antigüedad encontramos la raíz milenaria, como base del payase que observamos en la actualidad. Pero resulta aún

más enriquecedor ahondar en la caracterización de las figuras del clown y del payase convencional, muchas veces planteadas erróneamente como equivalentes. El intentar definir y catalogar estas ramas artísticas de forma única es un camino sin fin, irresoluble; más aún, cuando observamos lo atravesadas y entremezcladas que se encuentran la una con la otra en la actualidad. De todas formas, podemos decir que la principal distinción entre ambas es que, por un lado, los payases son provocadores de emociones y risa, se presentan ante el público sin tapaderas, nos dan a conocer sus fragilidades e inseguridades sin colocar filtro alguno, sentimos, reímos y reflexionamos con sus perspectivas e intentos de hacerle frente a sus fracasos y frustraciones.

Mientras que, por otro lado, los clowns -más ligados a aquella figura bufonesca de civilizaciones pasadas- no se plantean como actores interpretando un personaje, sino que buscan representar, proyectar y exteriorizar ese payase interior, ese payase sublime e irrepetible que todos tenemos dentro. El clown interactúa con el público, abriendo las puertas de su ser interior, su ser ridículo e ingenuo, su ser libre, apasionado e imprescindible, desprendiendo lo construido y adquirido en su camino a la adultez, desprendiéndose de aquellas máscaras que poco a poco fue colocándose al crecer, dejando en libertad a su niño-payase.

En otros tiempos, a nivel social, estas figuras eran percibidas de forma despectiva, puesto que se trataba de artistas que hacían humor satirizando temáticas “formales” u “oficiales”; no muy lejos de la realidad actual. Estos seres rechazados, rebeldes, dedicaban parodias a la pobreza, al poder o a la religión, iban a contracorriente con las normas sociales y morales establecidas, con los roles y jerarquías, encostando golpes a los sectores opresores de la sociedad. El arte callejero, en su generalidad, aún continúa sufriendo

muchas de estas estigmatizaciones y prejuicios, por el hecho de elegir una vía independiente y no institucionalizada.

Uno puede reírse de sí mismo, a modo de catarsis, como también puede reírse amistosamente con otra persona con la que está jugando; el clown busca vincularse de esa forma, mediante el juego y las payasadas generar la risa en el público, construir ese puente y ese canal comunicativo para hacerles cómplices a los espectadores. Los payases son artistas multidisciplinarios; con el objetivo puesto en sacar una sonrisa de cada rostro, mediante el absurdo, la parodia y la exacerbación, poniendo en práctica técnicas y habilidades de actuación, malabarismo, acrobacia, magia, mímica, música y mucho más.

De los elementos que más resaltan y se acentúan en la figura del payase, uno es su nariz roja; esta es una de las características de mayor importancia y simbolismo dentro del mundo del clown. No solo se trata de un elemento que contrasta y resalta la blancura y palidez de la cara pintada, hablamos de un objeto que propulsa y abre las puertas de tu payase interior; un placebo para dejarse llevar por las payasadas, una herramienta que ayuda a liberar ese personaje simpático y bromista que tenemos dentro.

Según cuenta la leyenda, el origen de su utilización se debe a un particularísimo artista estadounidense llamado Tom Belling. Actuando para un circo en Alemania, en el año 1869, Tom se encontraba encerrado en el camerino, castigado por su reiterada impuntualidad a la hora de salir a escena; durante esos encierros, acostumbraba divertir a sus compañeros imitando y ridiculizando al manager o productor del circo. En una ocasión de aquellas, el propio manager ingresó al camerino y lo vio en pleno acto burlesco, ante lo cual Belling salió disparado de allí, a las corridas para escapar del

enrabietado productor, terminando entre tropiezos en plena arena del circo, con la nariz roja de los golpes que se había dado, frente a todo el público alemán que, entre carcajadas, le gritaba «¡Auguste!» -lo que vendría a ser loco o borracho-. A partir de entonces, el propio manager le pidió a Tom que apareciera en escena como “Augusto”. De esta forma, fueron generándose los diferentes tipos de payases y personajes que existen en la actualidad: el listo y elegante Carablanca, serio y autoritario; el travieso y saboteador Augusto, experto en hacer locuras; el torpe y enamorado Tony; el Contraugusto o Segundo Augusto, un tercero en discordia que en ocasiones se suma en escena; o el solitario y silencioso Vagabundo, un payaso augusto con vestimenta de marginado social.

Nos embarcamos así en las experiencias del Payaso Manotas, artista clown de las calles platenses. Ya en su etapa en la Escuela de Teatro, por el año 2000, las enormes manos de Emanuel sobresalían y contrastaban con su alta y delgada figura, sobre todo con sus alargados y flacos brazos; fue tanta la repercusión de esta desproporción que, desde entonces, comenzaron a apodarlo Manotas. Así nació el seudónimo artístico de este payaso, quien, a lo largo de la narración, nos describe y relata los inicios de su vida en el mundo del clown, sus asociaciones con otros artistas, viajes sosteniéndose económicamente con sus shows, espectáculos en el Zoológico de La Plata, experiencias y emociones únicas que vivió interviniendo el espacio público.

Después de tantos años formándose y dedicándose a su actividad como payaso, hoy Manotas también incursiona en teatros o funciones a través de contrataciones del municipio. Aun así, sus espectáculos en la Plaza Azcuénaga nunca cesarán; la calle «es el living de mi casa», comenta el artista, quien también afirma que gran parte de su construcción como persona está completamente ligada y atravesada por el arte callejero.

Por más que Lorience no plantee un show estrictamente politizado, ni realice un tratamiento de aconteceres sociopolíticos en sus espectáculos, por más que sean shows de tinte humorístico-infantil, aun así, el hecho de desarrollar su actividad en el espacio público, fuera del ámbito institucional, y que sus prácticas artísticas callejeras sean un sustento económico para él, eso ya lleva consigo toda una carga política, una postura, posee en sí un mensaje político para la comunidad. A la vez que contagia la risa y alegría, este payaso rompe con muchos modelos y paradigmas socioculturales, ideológicos y laborales.

Clown de Plaza Azcuénaga³²

Emanuel Lorience



El living de mi casa

En el año 2002 tuve mi primera experiencia artística en la calle, hace ya dieciocho años. En ese momento tenía un dúo, con otro compañero payaso, con el cual estuvimos interviniendo un año y medio aproximadamente. Luego retomé en el 2007 hasta la actualidad, de forma unipersonal.

Mis comienzos fueron en la Escuela de Teatro de La Plata, soy actor recibido de esa carrera, estudié entre el año 2000 y 2003. Una vez que conocí la profesión, me enamoré de esta carrera y decidí que tenía que ser mi medio de vida. Ahí, un poco jugando con un amigo, comencé

³² Relato basado en una entrevista hecha al artista, el 20 de julio de 2020.

a introducirme en el mundo del arte callejero como payaso; se empezó con temores, miedos, con mucho por aprender. Me costó adueñarme del espacio público y ahora, estando en la calle, me siento que es el living de mi casa.

Constantemente realizo capacitaciones, seminarios o talleres, la idea siempre es tomar alguna capacitación por año. Tengo entre cuatro y cinco años de cursos anuales hechos, de lo que es la técnica del clown, después seminarios sobre diferentes ramas específicas relacionadas a lo circense, como malabares o técnicas de equilibrio. Realicé dos años de estudios sobre magia, también sobre escritura de textos, producción teatral y seminarios de mimo. Siempre voy tomando herramientas porque considero que me nutren para dar una mejor versión.

Hoy la actividad como artista callejero es una parte de mis ingresos, vivo de Payaso Manotas, pero también articulo entre funciones en la calle, en teatros, privadas y a través del municipio. Si bien mi vida laboral es a través de Payaso Manotas, aun así, no dependo exclusivamente de lo callejero. Esta actividad significó un sustento para viajar; en mis comienzos, por el año 2002, me fui de mochilero al sur, a la cordillera, sustentándome con mi actividad como payaso. Ofrecía globología por las calles y eso me permitió bancarme. Después, también he hecho dos temporadas de verano, realizando mi espectáculo, una en 2008 en Necochea y otra en 2014 en Claromecó; esas fueron mis dos experiencias viajando y sustentándome con esta actividad.

Pasaron veinte años desde que di mis primeros pasos, era muy chiquito. Mi crecimiento y formación como persona está en esta actividad, ya es algo inherente a mí. No podría hablar de grandes cambios en mi ser a partir de intervenir en la calle, pero sí que formó parte de mi construcción como persona.

Manotas

Mi nombre artístico es “Payaso Manotas”, refiere obviamente a la diversión, a lo lúdico, al juego, a relacionarse con lo circense, con la equivocación que constantemente tiene el payaso; “Manotas” surge de mi época en la Escuela de Teatro, donde me apodaban de esa forma, por ser una persona alta, bien flaca, y mis brazos largos que se movían cual tentáculos de pulpo, me llamaban así por como sobresalían y resaltaban mis manos. Cuando tuve que nombrar a mi payaso, ese nombre le venía perfecto para bautizarlo; de esa forma surgió mi clown.

Mis espectáculos están dirigidos con una estética infantil, pero busco un humor familiar, porque tengo la concepción de que el niño va a estar acompañado de sus padres o de un adulto y la idea es que para ese adulto también sea un momento divertido; entonces voy mechando entre lo lúdico infantil, con chascarrillos para el adulto, para tenerlo en alerta y divertido. En lo que respecta al arte callejero, trabajo solo. Me armo las cosas, hago el sonido durante la función y desarmo después todo. Es una dinámica que encontré que me sirve y que ya me acostumbré.

Mi lugar de trabajo, hace ya tres o cuatro años, es en la plaza de calle 19 y 44, la Plaza Azcuénaga; después, cada un mes y medio aproximadamente, hago funciones en la Biblioteca Popular Infantil Del otro lado del Árbol, que se encuentra dentro del Parque Saavedra, en la parte cerrada, por 14 y 66. Actúo también en algunos lugares ya coordinados por algún municipio; muy de vez en cuando, también estoy en el Centro Cultural Estación Provincial, en 17 y 71.

La calle y los espacios cerrados, tienen códigos totalmente diferentes. Del arte callejero me gusta la adrenalina, tenés

que mantener un nivel de atención alto y estar muy alerta, una mirada periférica para captar qué le está pasando al público para que no decaiga la función. El desafío es mantener la atención constantemente, que no haya baches.

Al hacer funciones en espacios contenidos y ya pautados, con una organización y coordinación de agenda, como lo es en la Estación Provincial, la Plaza Azcuénaga o en la Biblioteca, no he tenido conflictos ni grandes inconvenientes. Sí tuve alguna traba en el comienzo, fue en mis primeros pasos en calle 8; en peatonales así, los demás vendedores ambulantes tienen todo un código que hubo que aprenderlo, hay que saber posicionarse con respeto y buscar un equilibrio, una convivencia con los demás trabajadores del espacio público. Después, entendiendo bien esto de manejarse con respeto a la actividad del otro, también busco lugares que estén acompañados de una feria o de un espacio donde yo coordino con el lugar para poder hacer las funciones, entonces el espectáculo está más contenido y pautado; no es que caigo a un lugar y voy a decir «Hoy voy a hacer función acá y a ver qué pasa», esa no es mi dinámica.

Mi relación con otros artistas callejeros es buena, al trabajar solo, me fui arreglando y haciendo mi camino. Hace un año o dos me uní a un grupo de artistas callejeros, que nos manejamos a través de WhatsApp y hacemos algunas reuniones, ahí empecé a tener un nexo más cercano con otros. Alguien con quien estoy mucho más cercano y comparto más es el Doctor Cerebro, otro artista de la calle. Nos mantenemos comunicados entre todos, para conocer nuestras necesidades y articular un mejor trabajo.

En cuanto a la difusión, trato de ser lo más independiente posible; aun así, siempre están los medios, diarios locales, que vos enviás una gacetilla y podés anunciar tu espectáculo

tranquilamente. Hay otros colegas que trabajan muy sobre la marcha, salen en el día a rondar por la calle y ver qué espacios tienen gente ese día, ven si pueden tirar una función ahí, entonces se hace muy difícil generar una difusión para ese espectáculo. Trato de ser más organizado y ya para un miércoles o jueves haber enviado a mi público, a través de mis redes sociales o los medios de comunicación a los que tengo acceso, una gacetilla sobre el desarrollo de las funciones, en qué día y horario las voy a hacer.

La rutina del payaso

Arranco acercándome unas dos horas antes al espacio donde voy a presentar el show. Suele suceder que el vehículo no lo pude estacionar cerca, entonces hay que mover todas las cosas hasta el lugar de a tandas, y son un montón de bártulos, puede que sean unos cuatro o cinco viajecitos caminando con un montón de equipos, de baúles, de los diferentes elementos que utilizo dentro de la función, como el monociclo o la mini bicicleta. Media hora antes de que empiece la función tengo el micrófono conectado, que para mí es fundamental para empezar a llamar la atención, convocar y atraer al público.

La función dura aproximadamente cuarenta y cinco minutos, busco que sea muy interactiva. Primero transformo el payaso delante del público, para lograr una aceptación de los más chiquititos. Hago malabares, magia, equilibrio, monociclo, mini bicicleta, tengo también una rutina de burbujas gigantes. Una vez terminada la función dejo el espacio, para ir a sacarme fotos o saludar al público, lo cual me parece también importantísimo. Terminada esa etapa, voy preparándome para una segunda función; si fue día de una sola, tengo un tiempito

de cuarenta y cinco minutos o una hora de desarmado.

Siempre que termino se me viene a la cabeza el cariño de la gente. Por eso el tiempo para las fotos y saludos.



La guerra de tortas

No podría definir un peor momento, pero sí identifico algunos más trabajosos. Entre 2008 y 2012 estuve haciendo funciones a la gorra dentro del zoológico de La Pata. Empecé muy contenido por el espacio, había gente que folleteaba sobre el espectáculo, se anunciaba por parlantes, me habían puesto un sonidista, un ayudante de sonido, tenía todo como para solo ir y dedicarme exclusivamente a la función. Pero de a poco, cada vez empezaron a hacer menos cosas y tuve que empezar a hacerme sonido, e ir corriendo hasta los megáfonos para hacer los anuncios; ahí sí me volví un gran Manotas, con todos los brazos para sostener la situación y mantener el lugar. Entendí que un espacio así al aire libre necesita de un mayor esfuerzo y lo encaré de esa forma. Esa transición de tener mucha contención y de pronto pasar a arreglárselas solo, fue muy estresante.

Por otro lado, tengo una experiencia muy linda, que fue el festejo por el aniversario número dieciséis como payaso, donde hicimos funciones en la feria de calle 19 y 44 y para cerrar hubo una gran guerra de tortas de crema; la gente se re copaba, éramos como cincuenta con tortas de crema y nos reventamos, con amor y diversión, la cara a tortazos. Jugando el uno con el otro, éramos todos grandotes como niños, porque convoqué a los adultos para cuidar a los chicos y a quien quisiera participar de esa guerra de tortas, así que se armó algo muy festivo, un muy lindo recuerdo que atesoro conmigo.

* * *

De interés municipal

En 2019 logramos, junto a este colectivo de artistas callejeros, que la Municipalidad de La Plata nos nombre “de interés municipal” y de esta forma poder realizar espectáculos donde quisiéramos. Lo cierto es que, personalmente, nunca me ha llegado el tema de tener alguna traba, pero sí he visto que, por ejemplo, en Buenos Aires estuvo toda la movida de “El arte no es delito”, por unas ordenanzas que había con respecto a la reglamentación sobre la actividad del artista callejero. Pero, personalmente, no he tenido problemas. El haber ganado ese lugarcito con el municipio, a través de esta ordenanza municipal, y que nos reconozcan de interés cultural en La Plata, nos permitió desarrollar nuestra actividad tranquilos frente a cualquier control urbano.

Con respecto a las autorizaciones, normalmente hay que tener una de Espacios Verdes, que es una dependencia de la municipalidad. Después, si vas a la costa o lugares turísticos, hay que tener autorizaciones de cada municipio. Hay varias asociaciones de artistas callejeros; como nombraba antes, en La Plata estamos como el Colectivo de Artistas Callejeros, también está lo que se llama Circo Abierto, ya a nivel nacional, que es una organización muy grossa de artistas circenses.

Falta de reconocimiento

No me fijo en la mirada del otro, en el sentido de estar constantemente viendo que piensa la sociedad sobre nosotros, los artistas callejeros. Pero, aunque ya tenga un poco más de reconocimiento, me ha pasado que muchas veces me digan «Vos sos payaso; pero, ¿de qué vivís?», como que no hay posibilidad de que esto sea un medio de vida. Cuando les

respondía que yo vivía de mi actividad como payaso, como que no llegaban a comprenderlo bien. En cierta medida, observo entonces que existen aún algunos sentidos que permanecen en la sociedad, con respecto a la falta de reconocimiento de esta actividad como una profesión. De todas formas, estoy muy agradecido del afecto que me da la gente, mi público.

Un medio de expresión

Considero al arte callejero como un medio de expresión. Algunos artistas están más posicionados desde un lugar comunicacional, más social o politizado, como también hay artistas que quizás están abocados exclusivamente al disfrute de la actividad, el brindar un espectáculo sin tocar una línea política; me relaciono más con esto último. Los más politizados podrán decir que esa es también una postura política, pero como lo mío es lo infantil, se aleja de expresiones que tratan una problemática social.

No lo tomo desde la apropiación del espacio público, ni de revelarse, sino como un lugar de llegada masiva, diversa e inclusiva, donde puede disfrutar tanto aquel que paga un espectáculo, como aquel que no tiene un mango.

Hay momentos en que se genera esa disputa, prefiero manejarme en lugares donde está pautado el show y contenido por una feria, por ejemplo, para evitar choques, conozco muchísimas historias así. En mis comienzos, por el 2002, cuando estaba en calle 8, otros artistas o hasta vendedores ambulantes, se te ponían difíciles en esa situación. No molesto a nadie, coordino la agenda, si hay otro artista que ya tenía pautada una actividad, ese día no voy y así sabemos que no nos pisamos.

30% payaso, 70% gestión

Mi consejo a la persona que recién comienza en el mundo del arte callejero es que lo haga, que le ponga mucha dedicación hasta alcanzarlo. No me gusta la palabra esfuerzo, pero sí es verdad que lleva mucha constancia, seguir aprendiendo.

Es un poco lo que hablaba anteriormente, tener un respeto por el público y por los demás artistas, tener ejercitadas las metodologías de trabajo, poder recurrir a seminarios, generar mayor información y herramientas para brindar mejores cosas al espectáculo. No se trata de simplemente ponerse a hacer unos malabares o solo ir y mostrar nuestro arte, sino el saber sostener un público en una función, ahí está también el gran desafío. Esta profesión me permite vivir hace ya muchos años de ser payaso y para lograrlo tuve que tener mucha dedicación y constancia, por eso siempre digo que soy 30% payaso y 70% gestión. Es también el movimiento que genero para poder sostenerme, desde las diferentes ramas, sea como artista callejero o en otro espacio o modalidad.

Lugar de libre expresión

Considero a la calle como un espacio donde puedo ofrecer mi arte, mi oficio, lo que yo hago, a un público muy diverso y de acceso para todos. Arte callejero es también el generar ese lugar de libre expresión, de libre acceso, para que se pueda disfrutar de la diversa y hermosa infinidad de actividades artísticas que existen.

VIII

LA VOZ DE LES QUE NO PUEDEN HABLAR

Están frente a nuestras narices, dialogamos con ellos a menudo; cuando salimos a la calle están ahí en las paredes y colorean los muros grises, que llaman a manifestar todo aquello que la sociedad calla, aquello que no figura en los medios hegemónicos de comunicación y pareciera ser invisible a los ojos de la comunidad. El graffiti «es la voz de los que no pueden hablar», así lo afirma Mateo Chaves, conocido como Subone, un grafitero colombiano que se encuentra interviniendo La Plata hace varios años. Es una manera de manifestar lo que yace oculto a simple vista; es una forma de expresión transgresora, es el romper aquellas reglas y normativas que configuran nuestros modos de ser, es una herramienta para la transformación.

El griego *graphein*, que luego mutó al latín *graffito*, es el origen de la palabra que hoy le da nombre a esta intervención artística, un arte cuyo nacimiento se halla en los años '60. El hecho de grabar tu nombre o tu firma en cada muro posible, con el fin de ganar un reconocimiento social, se observa ya desde la era romántica, cuando figuras como el británico Lord Byron o el austrohúngaro Kyselak dejaron su nombre plasmado a lo largo y ancho del continente europeo. Ahora bien, en lo que respecta al graffiti urbano que observamos en la actualidad, la ciudad de Nueva York y, en menor medida, también Philadelphia, fueron las sedes para el surgimiento de esta práctica cultural. Firmas en cada muro de la ciudad, el graffiti lettering estaba en todas las paredes de los edificios, en cada muro de las estaciones del metro, cuanto más peligroso e inaccesible era el sitio mejor.

Darryl “Cornbread” McCray y Demetrius (Demetraki), más conocido como “Taki 183”, son considerados los impulsores del graffiti urbano: dos historias que pretendo explorar.

Criado en Philadelphia, el afroamericano Darryl se vio involucrado en varios conflictos con gangs (pandillas callejeras) en su juventud, motivo por el cual, a sus doce años, fue enviado a un reformatorio. Al parecer, el joven McCray extrañaba mucho el pan que le hacía su abuela, por ello continuamente presentaba sus quejas al Sr. Swanson, cocinero del lugar, para que este le preparase el pan de maíz que tanto anhelaba, y no el pan blanco que servían en cada comida. Fueron tantas sus visitas a la cocina por este mismo motivo, que comenzaron a apodarlo “Cornbread”, por su afición al pan de maíz. Lejos de molestarse por aquel seudónimo, Darryl estaba tan fascinado con él que comenzó a escribirlo en todos lados, desde sus libros y su ropa, hasta llevarlo a las propias paredes del centro de menores. En 1967, al salir del reformatorio e ingresar nuevamente al colegio secundario, conoció a Cynthia y quedó absolutamente enamorado de ella. Fue tal el flechazo que comenzó a escribir en cada muro del colegio y por todo el vecindario “Cornbread ama a Cynthia”. Con ese tag cautivó la atención de esta chica -con quien salió por un tiempo, hasta que ella se mudó lejos de la ciudad con su familia- e impactó al mundo entero. Fue el primero en taggear por fuera del contexto pandillero, no lo hacía para marcar determinados territorios, sino para ganar el reconocimiento de Philadelphia.

Paralelamente a las pintadas de Cornbread, en Nueva York comenzaba a gestarse el enorme movimiento grafitero. Allí, un joven griego, apodado “Taki 183” (vivía en el 183 de Washington Heights), trabajaba como mensajero y utilizaba este medio para ir dejando su firma, su tag, en cada lugar que visitaba en sus rutas de reparto. El Upper East Side y las

zonas comerciales de Manhattan fueron los lugares donde Taki enfocó toda su intervención callejera, logrando captar la atención de novelistas, periodistas y ejecutivos de la televisión que al transitar por estas zonas veían continuamente el tag del griego. Esto hizo que en 1971 *The New York Times* publique un artículo con él como protagonista. Fue tanta la repercusión de esta publicación, que significó el gran estallido del graffiti en aquella década, catapultando así la figura de Taki 183 como el gran impulsor de esta práctica

Ante la profunda desigualdad y represión que sufrían los ciudadanos afroamericanos en los años '70, en las calles del Bronx, en Nueva York, surge el movimiento cultural del Hip Hop, que engloba distintas corrientes callejeras, como el rap, el DJ y el break-dance. Dentro de este movimiento, el graffiti fue ganando fuerza como la vertiente de impacto visual, la corriente para invadir lo privado, para hacerse ver y escuchar.

Ahora bien, es inevitable ahondar en la relación de esta forma de expresión artística con el muralismo. Se trata de dos ramas de la pintura callejera, dos formas de expresión diferentes y con orígenes distintos. En la actualidad, aunque el muralismo y el graffiti urbano se entrecruzan y fusionan, pueden distinguirse particularidades. Muchas veces presentados como parientes cercanos, ambas prácticas, en sus orígenes, distan considerablemente entre sí³³.

Cuando hablamos de muralismo hacemos referencia a una pintura callejera más ligada a una profesión, las producciones se planifican en mayor medida y, al 33 Vale remarcar que el hecho de esbozar una catalogación de estas dos ramas artísticas de la pintura callejera nunca será acabada, en tanto que lo complejo del entramado de sentidos que hacen a estos modos de expresión impide recaer en una simple y concreta definición, ni tampoco la idea es encasillarlas de una forma absoluta. Aun así, la propuesta de plantear una diferenciación entre ambas prácticas, nos aportará una base útil desde la cual partir para introducirnos así en el mundo del graffiti.

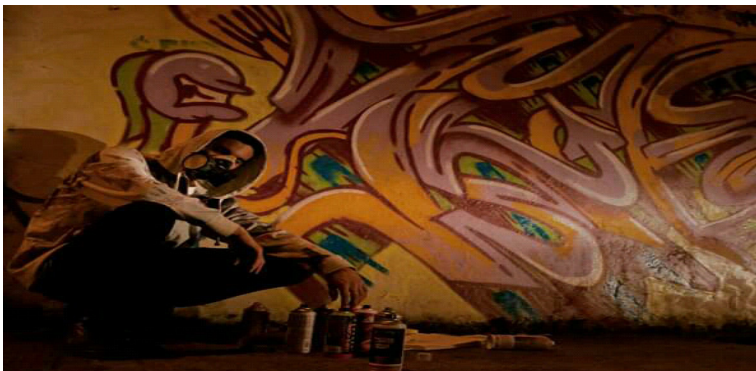
ser principalmente obras por encargo, existen ciertas limitaciones que le artista debe respetar; entran en juego entonces el presupuesto y el tiempo, por tanto, también se presta mayor atención al detalle para satisfacer así la propuesta acordada. Al hablar de graffiti -y en particular del graffiti writing- nos adentramos en el campo del ocio, de la espontaneidad y una mayor libertad creativa, donde la importancia se halla en el goce del momento, transgredir reglas impuestas por la sociedad y hacer frente a los modos tradicionales de ser en la ciudad, de una forma más radical.

Partimos entonces de una visión del graffiti como la rama del arte callejero más transgresora; por lo tanto, es la más prejuiciada y perseguida por las políticas públicas urbanas. Estes artistas, al igual que les muralistas, intervienen las paredes y la visual de les transeúntes de la ciudad y, más allá de la valorización que les ciudadanos le den a las pintadas, sean de su agrado o no, nunca pasan desapercibidas, colaboran en el debate de la sociedad sobre determinadas temáticas y conflictos que marcan el contexto actual. Son un aporte de significancia en la construcción cultural e identitaria de la comunidad. Les grafiteres cargan las paredes con sus ideas, sus perspectivas del mundo, sus reclamos a la sociedad; en este sentido, es un espacio sumamente comunicacional, un medio alternativo para aquellas voces que no tienen lugar en los medios hegemónicos de comunicación, un espacio para confrontar la dialéctica mediática dominante cooptada por intereses económicos y políticos.

Nos embarcamos así en las experiencias de vida de Subone. Este grafitero nos narra vivencias sobre las intervenciones con aerosol en mano y la persecución que sufre estas formas de expresión.

Darle vida a la calle³⁴

Subone



Una manera de hablar

Por aquel entonces vivía en Bogotá, Colombia. Allí tuve mi primera aproximación al mundo del graffiti, hace 13 años. Con amigos solíamos ir a jugar al básquet a un viejo playón con un aro, en un barrio de muchas casas, una junto a la otra, donde todas las paredes se encontraban intervenidas y llenas de pintura. Me comenzó a llamar la atención el estar ahí compartiendo con los graffitis. Un día caímos y justo un grupo de chicos estaba pintando, nunca había visto a alguien pintar en la calle. Desde ese momento lo sentí como una manera de hablar, de forma anónima, porque los graffitis tienen eso, que vos no sabes quién lo pinta, pero estás continuamente viendo e interactuando con las obras en los muros callejeros.

En una de esas ocasiones, mientras estaban interviniendo, vieron que yo me quedé como re flasheado con lo que hacían, así que me invitaron a pintar con ellos. Tuve de inmediato

³⁴ Relato elaborado a partir de una entrevista realizada al artista, el 11 de agosto de 2020.

muchas ganas de hacerlo, me conmovió de golpe. No sabía dibujar, no sabía pintar, lo cierto es que ni siquiera la pintura como arte me llamaba tanto la atención, en realidad me dedicaba más a la música en ese momento. Pero la pintura en la calle era otro mundo, algo inexplorado para mí. Empecé a pintar y a pintar, dejaba mi nombre en todas las paredes; era graffiti más tirando al rap o al underground, era hacer las letras del graffiti de tu grupo, de tu crew. Se trataba de algo ligado a la identidad creo yo, el apropiarte del espacio. En sí no trabajaba con ninguna problemática, sino que mostraba mi arte, lo que podía y me gustaba hacer. Así me introduje en el mundo del arte y poco a poco se fue transformando en mi principal actividad, siempre bien autodidacta.

Viajar de la mano del arte

Luego de Bogotá me trasladé a otra ciudad mucho más chica, donde no había grafiteros, no se veían graffitis por ningún lado, ni cultura hip hop, nada de arte callejero; una ciudad bastante conservadora en muchos sentidos. Resultó un lugar donde podía ser yo, hacer lo que quería y que en algún momento se me reconozca como grafitero, como artista, para eso tenía que empezar a hacerlo y mostrarlo. La dificultad era conseguir aerosoles en esa pequeña ciudad.

Posteriormente me dediqué a recorrer varios países de Sudamérica, siempre con mi mochila rebalsando de aerosoles; pasé por Ecuador, Perú, Bolivia, fui un tiempo a Uruguay, después a Brasil. Un tiempo después, hace unos seis años, vine a Argentina para dar unos talleres de graffitis, porque pertenezco a una organización que se llama Galería de la Calle Latinoamericana. Se trata de una crew de grafiteros del continente, que se encarga justamente de tratar temáticas

relacionadas al arte en poblaciones de bajos recursos, donde se les enseña a pintar y a expresarse de esta forma, para evitar salidas de violencia; la idea es que puedan usar el arte como un medio para comunicarse. Ese fue el motivo por el que arribé acá, para dar estos talleres en la Universidad Nacional de Rosario. Luego viajé por muchas otras ciudades, haciendo siempre mi arte por los muros de todo el país.

Surgió la posibilidad de venirme a La Plata, porque tenía amigos de Colombia que me estaban esperando acá. Cuando llegué me enamoré totalmente de todo lo que sucede artísticamente acá y decidí quedarme definitivamente.

La dinámica de la ciudad

Primero surge la idea o el enfoque que se va a realizar, ya sea para un espacio público o, en algunos casos, privado, también puede ser para un evento en específico. A partir de eso, si se trata de un ámbito privado y es por contratación, ya voy sacando un presupuesto según lo que se vaya a pintar, la magnitud del espacio, voy viendo cuánto se va a demorar y cuánta pintura voy a utilizar. Recién ahí empiezo a laburar bien la idea.

Una vez que me encontré instalado acá en La Plata, prácticamente me dediqué siempre a pintar por contrataciones, sería ya más a nivel laboral, porque el tiempo no me sobra y prefiero estar invirtiendo en algo que me genere dinero, que me permita sustentarme de esto que amo. Además, hay que remarcar el hecho de que ser un colombiano acá en La Plata no favorece mucho para estar interviniendo en el espacio público, no es fácil salir a la calle a pintar si sos como yo, extranjero, te vas a encontrar con un montón de trabas, especialmente con la policía, pero también con la gente y

con todo el mundo que pasa por la calle. Ya a esta altura prefiero no jugármela tanto. Me encanta igual el vandalismo, el romper las reglas y hacer de las paredes un espacio para afrontar injusticias, pero ya hice mucho de eso en Colombia, ya me arriesgué mucho, ya me subí a miles de tejados, ya pinté los trenes, ya pinté todo lo que quise pintar para expresarme, entonces como que ya esa experiencia y esa etapa la pasé.

Tengo muchísimas experiencias con el graffiti en La Plata; estuve participando en varios eventos de rap, donde fui a pintar y a dar una muestra de graffiti. También estuve dando talleres en varios colectivos de hip hop de la ciudad, en colectivos de apoyo barrial también, donde se les enseñaba a los pibes a pintar, a hacerse una firma, donde se enseñan todos los estilos que tengan que ver con el graffiti, de esa forma se genera ese medio por el cual expresarse y alejarse de resolver las cosas con violencia, lo cual es un poco la principal idea y toda la base del hip hop. Tuve también algunas intervenciones más espontáneas en la calle, grafiteando de forma callejera, y algunos problemas con la policía por eso. De todas formas, La Plata es una ciudad bastante abierta en ese sentido con el arte y muy diversa, podés un día ver un graffiti bien producido y al mes, ver al lado otra obra de alguien que tal vez es más principiante, por ahí con menos técnica, pero que con el tiempo va encontrando su estilo. Esa es la dinámica de la ciudad y habla de lo muy vivos que están estos modos de expresión.

Secuestro de pinturas

En una ocasión, estaba pintando en un estudio de tattoo de unos amigos y se nos hizo de noche, así que salimos a eso de las tres de la mañana, yo ya salía con todas las pinturas

porque me iba para mi casa. En el camino, veo una reja negra de una casa y yo tenía un aerosol cromado nuevo, entonces lo agarré e hice una firma. Estaba justo en frente del centro de monitoreo de la ciudad, donde tienen todas las cámaras ahí en Plaza San Martín, cuestión que hice la firma y cuando me volteo ya tenía un patrullero. Se bajaron dos policías y me empezaron a decir «Colombiano, te vamos a sacar toda la pintura y los aerosoles». Empiezo entonces a discutir con ellos, porque no podía dejar que me saquen todo el material, son mis herramientas, y lo único que me respondían era «Vos que sos colombiano no podés decir nada, tenés que quedarte calladito y te vamos a sacar toda la pintura». A lo cual yo me seguí negando rotundamente, pero como seguían insistiendo, lo que hice es agarrar el aerosol plateado y les dije que ese es el que había usado, que hagan lo que quieran con él, pero toda la demás pintura no me la podían sacar porque son mis herramientas de trabajo, yo laburo de esto, pintando.

Continuaron luego diciéndome que eso no tenía nada que ver y me empezaron a amenazar, que me iban a reportar y me iban a sacar la ciudadanía y todo. Solo había usado uno y me querían sacar toda la mochila de aerosoles. Yo les seguía diciendo que no, que no se lo podían llevar, que me estaban robando, entonces me empezaron a amenazar con llevarme a la comisaría, seguían diciéndome que me iban a deportar, me decían «Nosotros, si queremos, podemos deportarte y mandarte de vuelta a tu país». Era solo para asustarme nada más, pero como yo ya había estado varias veces en la comisaría por este tipo de problemas con la policía, por estar haciendo pintadas, entonces ya sé bien hasta dónde pueden llegar ellos, porque si no tienen una denuncia firmada y presentada por el dueño de la propiedad donde yo pinté, no pueden hacerme absolutamente nada, más que quitarme la pintura con la que estaba pintando.

Parecía que no terminaba más la discusión y seguían cayendo más patrulleros. Estábamos con los pibes del estudio de tattoo y ya ante esa situación ellos mismos me empezaron a decir «No te enrosques, dales las pinturas que después te compramos otras, no te hagas problemas por algo material que vas a terminar con un problema peor, no sabemos cómo te van a tratar si te llevan». Me terminaron convenciendo y les di todas mis pinturas, unos treinta aerosoles aproximadamente, que eran mis instrumentos para laburar. En la ciudad de La Plata solo tuve esa mala experiencia igual. Después de eso, decidí no arriesgarme más, porque siempre termino peleando con la policía y no me gustan los tratos, tampoco soy boludo viste, sé hasta dónde pueden llegar, entonces decidí no arriesgarme más.

Encuentro de grafiteros

Como te contaba, intervenciones en la calle de forma espontánea en La Plata hice pocas. . En festivales y en eventos sí tuve varias, la última fue en un bar, un ambiente dedicado exclusivamente al graffiti, vos entrabas y estaba totalmente lleno de graffitis, realizados por muchísimos artistas. Fue una oportunidad muy linda, porque además de ir a pintar pude encontrarme con muchos otros grafiteros y pintar tranquilos ahí adentro, sin que nadie nos rompa las bolas, teníamos todo el tiempo y todos los materiales que quisiéramos. Esa fue una experiencia re linda que me dio el graffiti, el compartir con otros artistas, vos les enseñás algo y ellos te enseñan sobre otras cosas, hay mucho intercambio y unión, vos aportas algo para la obra de ellos y ellos aportan a la tuya. Cuando abrió el bar, toda la gente quedó muy asombrada, venían a hablarte y a preguntarte sobre tus producciones. Se hicieron varios concursos, donde se invitaron a varios grafiteros y

muralistas de la ciudad, de hecho, LumpenBola fue jurado en uno de esos concursos. Es muy lindo poder conectar con la gente y hablar de arte, ver qué piensan acerca de tu obra, qué les gusta, qué es lo que más les llama la atención, uno se alimenta mucho de eso y crece un montón como artista.

Poder compartir tu manera de expresarte, de pintar, es lo más lindo, lo que realmente vale la pena. Un poco de eso se trata el arte callejero, darle color a lo monótono de la calle, darle alegría.



Los riesgos del grafitero

No lo pienso como una traba, porque son riesgos que uno asume correr cuando está pintando en la calle, ya sea un graffiti o un mural. La gente todavía no aprende a diferenciar y piensa que todo es vandalismo. Por ejemplo, la sociedad en Colombia, más específicamente donde soy yo, la gente apenas experimenta este tipo de expresión artística, entonces se genera ese rechazo.

Acá en La Plata hay una ley que prohíbe pintar en la calle, cuando en Argentina existe una ley a nivel nacional que parte de la idea de que, al igual que los políticos pueden hacer toda su publicidad, empapelando todas las paredes en la calle, un artista también puede pintar, cualquiera puede intervenir una pared pública o pedir la autorización del lugar y pintar. Pero la ciudad de La Plata, en cambio, parece ser el único lugar donde no rige esa ley, acá es ilegal pintar e intervenir las paredes del espacio público, como lo hacen todos los políticos en sus campañas publicitarias. Lo cierto es que no veo una persecución tan estricta hacia el arte callejero en general, al menos no tan severa como se observa en la persecución al graffiti en particular.

El graffiti y el muralismo

Graffiti viene del latín graffito, que viene a significar algo así como una inscripción o un dibujo en la pared, lo cual me parece una forma simplista de verlo, es como decir cualquier cosa hecha ahí en la pared, como un mamarracho. Creo que se impuso ese nombre en la sociedad para denigrar esta forma intervención artística, como para decir

que es cualquier cosa hecha ahí en una pared, cuando en realidad representa mucho más; es una forma de mostrar las realidades que se viven, de manifestar ideas.

Ese fue el nombre que se le puso, que nace de esa visión despectiva de la sociedad hacia este arte. Aun así, hoy los propios grafiteros nos autopercebimos de esa forma, en el sentido de ir en contra de esa idea. Con el tiempo se fue resignificando el concepto de graffiti, para que refleje lo que en verdad es, toda una forma de expresión artística y reclamo. El graffiti urbano está ligado al hip hop, va más hacia las letras, el apropiarse de la ciudad con tu nombre y tu firma, que puede ser desde una pieza pequeña con marcador hasta una producción enorme donde ni se entiende tu nombre, pero tiene muchos estilos, efectos y técnicas que hacen que se vea muy bien. A veces, cuando ves un graffiti, no entendés lo que ves, pero te gusta y eso importa mucho; por ahí está más relacionado a lo estético digamos.

Desde mi punto de vista, el graffiti es mucho más extenso en realidad, es toda intervención en la calle relacionada a la pintura en los muros. Lo que sí hay son dos ramas; está el mural, más enfocado en una idea, sobre algo que quieres hablar, sobre alguna temática, sobre algún conflicto o injusticia; y está el graffiti, más enfocado en lo estético, tiene todo un reto en cuanto a las muchas técnicas que existen, uno busca siempre aprender más e ir perfeccionando. Podemos decir que la importancia del graffiti yace por sobre todo en la estética, los efectos y las técnicas que se utilizan en las letras, mientras que en el muralismo por ahí lo más importante es aquello que estás representando, de lo que estás hablando. Puede que un graffiti no esté expresando una idea en concreto, no esté diciendo nada explícito, solo busca cautivar; mientras que, por ejemplo, cuando ves un mural de un indígena con carne muerta al lado,

estás entendiendo qué quería decir el artista, que quiere hablar tal vez de la problemática que atraviesan los pueblos originarios, de lo que está sucediendo, de la contaminación.

En la actualidad, para mí graffiti y muralismo es lo mismo. Llevo trece años en la escena y considero que a esta altura ambas prácticas se han fusionado mucho. Se trata de pintar un muro, una pared, entonces vendría a ser lo mismo. Lo que pasa es que se ha construido históricamente esta división, porque los raperos no quieren que se les diga muralistas y los muralistas no quieren que los llamen grafiteros, pero es algo más bien cultural. Obviamente que pintar un graffiti lettering no es lo mismo que pintar un mural a pedido, son otras técnicas y otras maneras de elaboración, son cosas totalmente diferentes. Cada artista elige cómo se siente más a gusto y va llevando así su manera de expresarse.

Mi relación con otros artistas siempre fue muy buena, de hecho, tengo amigos que son muralistas y otros son grafiteros, y con todos me llevo muy bien, no pienso que sean algo opuesto, son diferencias. Tenemos que aprender que el graffiti o el mural son lo mismo, si queremos lograr esa unión de artistas de la pintura callejera y que haya una condescendencia de la gente hacia nosotros, que seamos aceptados como artistas, como personas naturales que estamos ejerciendo nuestro derecho de expresión, y que también nos paguen lo que merecemos. Para eso tiene que haber una unión entre todos, entre los que son grafiteros y los que son muralistas, los que empapelan la ciudad, ellos también, los que ponen carteles, los que hacen mosaicos, cualquier tipo de intervención visual en la calle, para mí todo tiene que unificarse, con el fin que seamos reconocidos como artistas, para que dejemos de ser perseguidos y empecemos a dar buenos frutos.

Cada pintada tiene su historia

El graffiti refleja lo que está pasando, lo que está sintiendo la sociedad, aquello que se necesita hablar y manifestar, tus emociones, tu manera de ver el mundo, de expresarte, tus gustos. Cada pintada tiene su historia, porque no es solo una impresión o algo que se da de un momento a otro, sino que lleva su tiempo, suceden muchas cosas en el proceso, pasan los vecinos, pasa la gente en el auto, viene alguien y te regala una gaseosa, otro te invita un mate. Es el encontrarse con la comunidad de ese lugar donde estás pintando, ese lugar que estás interviniendo con tu arte.

La calle es la mejor galería que hay, porque es gratuita, porque no pagás para ver y puedes encontrarte con cosas zarpadas, como también puedes ver algo con poca técnica tal vez, pero también es bello, todo lo que sea expresión artística tiene su belleza.

El hecho de hacer un graffiti en la calle marcando tu nombre, ya demuestra que vas en contra de muchas cosas impuestas, hablando por medio de las paredes. Además, estás dando color, mostrando a la gente que estás en desacuerdo, que estando en un punto socioeconómico complicado no estás eligiendo la delincuencia, ni hacerles mal a las personas, sino que hacés arte gratis para que ellos vean que tú también estás en esta sociedad y que elegiste el arte para mostrar que estás ahí.

No dejarse opacar

Al grafitero que está dando sus primeros pasos, le diría que no se deje opacar. Cuando empezás por ahí escuchás mucho lo que las personas dicen, que es vandalismo y todo eso, entonces le diría que no baje la guardia. También, que no se

limite con los materiales, al contrario, que experimente con todo. Le diría que la pintura, cuando uno lo hace con amor, llega a todos lados. Yo soy de una familia muy humilde, donde nunca me compraron un aerosol, pero de alguna manera apareció la pintura ante mí, por mi deseo de querer hacerlo.

Las oportunidades siempre van a aparecer. Entonces, principalmente, le diría que no se deje influenciar por lo que digan los demás, sino que se dedique a expresar lo que tenga para decir y que lo haga de la forma que más le guste; que no se guíe por la mejor pintura o la mejor pared, sino por tener las ganas de hacerlo y así todo va a ir fluyendo.

En cuanto a lo que la gente puede llegar a decirte, seguramente ha ido cambiando un poco en ese sentido; igual cuando uno está empezando, no se tiene el mismo apoyo que cuando estás hace un tiempo interviniendo. Puede que la sociedad ahora lo acepte un poco más, que lo haya empezado a ver como algo lindo, pero aún continúan circulando muchos prejuicios.

Usar las paredes para hablar

El graffiti es mucho más de lo que parece, no se trata solo de pintar unas letras; el simple hecho de pintar un muro te hace grafitero y cualquier persona puede escribir lo que siente en la pared, más allá de si tiene una idea, si quiere mostrar algo que está sucediendo socialmente o simplemente quiere hacer su firma. Lo importante es que lo está haciendo por medio de los muros, de forma pública, ni en periódicos ni en noticieros, simplemente usando las paredes para hablar.

Es la voz de los que no pueden hablar. En la pintura callejera te puedes encontrar con todo aquello

que está sucediendo y no te quieren contar, aquello que no sale en las noticias, lo que nadie habla, lo que nadie se entera. El graffiti es darle vida a los muros.

El hecho de poner tu nombre no significa que te adueñas del espacio, porque vos no sos dueño de la calle, pero sí estás dando a mostrar que estás, que estás yendo a todos los lugares a pintar, que estás ahí y que tu arte es para todos.

IX

ARTE DE LA NO ESTATICIDAD

De pintura cargan su piel; de calma y concentración su mente. Bajo túnicas y maquillaje, aguardan figuras capaces de anular todo rastro de movimiento y así permanecen durante horas, majestuosas e inertes. A su alrededor, circulan oleadas de personas, algunas se detienen, intentan persuadir a la estatua, quebrantar su inmutabilidad por medio de la gesticulación e incluso desde el tacto, pero resulta una tarea compleja. La compenetración de estos artistas con su personaje escultural es imbatible. Otros transeúntes simplemente contemplan y se maravillan con el arte de la estaticidad. Quien se acerca con una colaboración romperá momentáneamente la rigidez de la estatua, la cual realizará una reverencia a modo de agradecimiento.

Como metodología de espionaje, ya en la Grecia Clásica se halla un antecedente de esta práctica, donde se utilizaba el disfraz de estatua para infiltrarse y camuflarse en territorio enemigo. Hoy, más de dos mil años después, las estatuas vivientes se despliegan en peatonales y galerías por todo el mundo. Detrás de cada escultura, aparentemente sin vida, se esconde la exhaustiva preparación y entrenamiento del artista.

En Argentina, debido a la inestabilidad económica, que impulsó el desarrollo de nuevas formas de colectividad y de expresión artístico-callejera, el estatuismo paulatinamente fue ganando fuerza y popularidad, al punto de ser uno de los países donde más se observa.

Al circular por calle 8 o por la calle 12 de la capital bonaerense es común toparse con la Estatua Peronista,

pues esta ya se mimetizó con la ciudad de las diagonales, es parte de ella. El artista Sergio Montero, nacido en La Plata un 16 de agosto de 1965, lleva más de veinticinco años interviniendo el espacio público. No se trata de una estatua viviente convencional, eso le queda muy claro a aquel que lo vea en acción: su transgresión se observa desde las propias bases de la rama artística que efectúa, debido a que su personaje es todo lo contrario al arte estático. Con el paso de los años, Montero se fue volcando a la idea de que «las únicas estatuas que deben estar quietas son las de las plazas», puesto que hay tanto para decirle a esta sociedad que hasta las esculturas despiertan para echar sus gritos.

Muchos lo reconocen como “la estatua viviente de Calle 12”. Vestido con sus blancas túnicas y su albina peluca, destina un tiempo a diario para darle un presente a todo aquel que pase a su lado, pero sobre todo para regalarle un mensaje, una idea y calidez. Ante la ceguera que percibe en la sociedad para con determinados asuntos que marcan la coyuntura actual, en un pequeño y breve comentario al pasar, transforma la noticia en humor, la satiriza; colocándose así en el rol de un comunicador e informante callejero. Lo cierto es que su trabajo no se agota ahí. La Estatua Peronista está en manifestaciones, videos virales y en la lista de un partido político. Está donde el pueblo se conglojera. Con tantos años haciendo de las calles platenses su escenario predilecto, Montero nos proporciona una visión amplia del desarrollo de la expresión artística callejera en la capital bonaerense.

La estatua de calle 12³⁵

Sergio Montero



La calle es de todos

Mi camino por el arte callejero comenzó en Mar del Plata en 1995, aunque algunos años antes ya había empezado a salir a hacer música con mi piano eléctrico. Comencé con mi expresión artística, entonces, por el lado de la música, diría

³⁵ Relato basado en una entrevista con el artista, el 11 de septiembre de 2020.

desde que estaba en la panza de mi vieja, que era cantante lírica. A los doce años comencé a estudiar en el conservatorio Gilardo Gilardi. Luego decidí emprender otro rumbo, porque no sentía que iba por ahí lo mío, buscaba la improvisación.

A principios de los '90 empecé a salir a hacer música en la calle, tocaba el piano y cantaba. Les cambiaba las letras a canciones conocidas y, dependiendo de la gente que pase, iba hablando sobre temáticas variadas, desde la moda y la adolescencia, hasta el ámbito político. Lo de la música es algo que desde chiquito me atrae mucho; en realidad, todo lo que sea arte me encanta.

Me volqué al estatuismo sin imaginar que iba a terminar trabajando de esto. Ya desde un comienzo siempre me preocupé mucho por producir a la estatua y su escenografía; he trabajado, por ejemplo, con columnas o con alas de ángel. Fui variando mucho los trajes con el paso del tiempo. Recuerdo que, en aquel año en Mar del Plata, me puse mi primer traje, completamente pintado de blanco y con mi peluca albina, y todo el mundo como que se preguntaba si era hombre o mujer, entonces decidí que mi personaje iba a ser una estatua hermafrodita, sin etiquetas. La idea surgió un día escuchando a Dolina que estaba hablando de Hermafrodita, hijo de Afrodita y de Hermes; en una aventura de este personaje de la mitología griega, se encuentra con la ninfa Salmacis, que era el espíritu de un lago, esta quedó instantáneamente enamorada del joven y en un intento por nunca más separarse de él, lo abrazó y pidió a los dioses que fusionen sus dos cuerpos, de esa forma surgió este ser de doble sexo.

En febrero del 2020 cumplí veinticinco años como estatua en la calle. La gente me ve, se frena y me pregunta cómo estoy, me cuentan que tuvieron un hijo o que la nieta me dejaba siempre plata, o que hacía años les había

regalado una estrellita o alguna artesanía de madera. Mismo a veces me muestran cosas que alguna vez les regalé y que las guardan desde entonces en los monederos o en las carteras. Con los demás artistas y trabajadores del espacio público, en tantos años compartiendo la calle, se generó un vínculo de apoyar y respetar la actividad del otro. Siempre que veo a uno lo invito a que venga y participe de este maravilloso mundo de la calle, no tengo recelo, al contrario, siempre apoyo toda actividad artística, solo pido que respeten mi espacio. Tengo dos posiciones en la ciudad, una en la Galería Rivadavia y la otra en la puerta de la Perfumería Azucena, si me respetan eso está todo bien. Aun así, nunca hay que olvidar que la calle es de todos y el arte también.

Una estatua interactiva

Cuando me dicen que las estatuas no hablan, les respondo que es verdad, pero les digo que son esas que están hechas mierda en las plazas. A esta estatua le dieron vida, ahora jódanse. Mi estatua interactúa mucho con la comunidad. Al principio hacía todos trabajos estáticos, mis primeros seis o siete años fueron así, hasta que me di cuenta que las únicas estatuas que deben estar quietas son las de las plazas.

Mi público, en un comienzo, eran los niños. Después se fue manifestando también hacia los adultos. Logré algo muy importante al poder captar la atención de los adolescentes. Así que puedo decir que mi público es muy amplio.

La interacción fue ganando fuerza en mi forma de intervenir y de a poco me fui volcando a la protesta y al ámbito político. Lo cierto es que muchas veces voy a provocar, pero desde el humor y para generar una

reacción en el otro. El objetivo no es provocar por provocar, sino poner en debate determinadas cuestiones.

En otras ocasiones, intento generar un vínculo con la persona, que por ahí viene caminando ofuscada, trato de calmarla y bajarle un poco los humos. Hay veces que se acerca gente a discutirme porque soy peronista e intento charlar para lograr un vínculo con esa persona. Fui notando que de los sesenta años para arriba son pocos los peronistas y muchos los radicales en la ciudad, mientras que en la juventud es al revés. La calle es muy diversa, te podés analizar y desglosar un montón de cosas de la sociedad, es donde todo se refleja.

Lo que hago, generalmente, es intervenir interactuando brevemente con cada persona que pasa por la calle, un «Que tengas un buen día» o «Que tengas buena salud», bien sencillo y concreto, y lo acompaño regalándole una tarjeta, para darle una calidez y endulzarle el día, al menos romperle la rutina. Las tarjetas con caritas tienen un mensaje, que es lo que me sale decirle a la persona en el momento.

Una vez que pasás mucho tiempo laburando en la calle, de a poco ya vas sabiendo lo que la otra persona por ahí necesita escuchar o qué le puede gustar. Por ejemplo, cuando se me acerca una persona medio fastidiada, sé cómo encararla para sacarle una sonrisa y calmarle un poco el día al menos, le doy un mensaje positivo acompañado de una tarjeta con una carita feliz. En algunas ocasiones también les pongo escrito “PAZ”, “AMOR” o “SALUD”. Si veo que se acerca una persona que viene del Sanatorio Argentino, lo cual me doy cuenta porque veo que trae bajo el brazo un sobre de radiografías y la clínica queda cerca de donde me ubico siempre, le doy una tarjeta que diga “Salud” y le digo «Que tengas mucha salud», a lo que muchas veces me responden «Gracias, es lo que necesitaba». Cuando trabajás

en la calle tenés que tener mirada periférica, estás actuando para el que tenés en frente, pero preparando una actuación simultánea para el que viene caminando cinco metros atrás.

La idea de regalar tarjetas o cualquier tipo de artesanías surgió porque una vez vi a una chica que hacía estatuismo, que se llama Daniela Bocassi, que fue la primera estatua viviente de la porteña Plaza Francia, observé que ella no repartía nada y se me ocurrió que esa era una posibilidad de llegar más a la gente que pasa. Entonces empecé a comprar en una fábrica de níquel cositas como pescaditos y los iba regalando por la calle. Después, hubo un tiempo en que también laboraba con una lucecita en la mano, lo que me daba todo un efecto de luz especial, parecía una de esas estatuas iluminadas de las plazas, solo que completamente viva, los chicos creían que era magia.

Es muy loco, pero siempre quedo metido en algún quilombo, porque con la estatua estoy en todas las manifestaciones. Me gusta apoyar los reclamos y las movilizaciones, sean político-partidarias, de estudiantes o de Ni Una Menos. De a poco, mi personaje se fue vinculando al reclamo. También me conocen como “La Estatua Tripera”, porque soy hinchade Gimnasia y estoy siempre apoyando al club.

Improvisación

La improvisación es algo propio del espacio público. De todas formas, antes de salir, siempre me informo bien, porque mi juego con la gente está en el humor con las noticias o los hechos de la actualidad. Por ejemplo, hace unos días a la gente que pasaba por la calle les iba diciendo si podían dejar su colaboración para la causa, entonces algunos me preguntaban sobre qué causa era, a lo que remataba

diciéndoles que quería conseguir una casa para alquilarle a Lázaro Báez. En otra ocasión era decirles «¡Uh, no hay un mango! Vamos a pedirle la maquinita a Boudou». Son pequeñas cosas, pequeñas ideas que voy tirando todos los días.

La intención es sacarle una sonrisa a la gente e informar un poco sobre lo que está pasando en la actualidad, porque la gente está muy ciega con respecto a algunas cosas, así que lo encaro desde el humor; digamos que es al estilo de las historietas que figuran en los diarios, viene a ser la parte sarcástica o satírica de las noticias. Es transformar la noticia en humor. Cuando trabajás en la calle, el diálogo con la gente es muy importante.

La calle es un escenario particular. Hay que saber aprovechar el efecto especial del viento, de la lluvia, el ruido que se gesta de la misma gente caminando y del tráfico congestionado, saber aprovechar la escenografía de una marcha que pasa a tu lado por la calle. Vivís improvisando y eso está buenísimo. Cuando estás en el teatro, en una comitiva de teatro, y tu compañero se equivoca, lo que sería un bache artístico, vos tenés que cubrirlo, subir al escenario y tratar de que eso la gente no lo note. En la calle estás constantemente cubriendo baches artísticos.

Esto nos demuestra que cada día que vamos a intervenir en la calle, no se trata de una simple rutina de trabajo, no es un día como cualquier otro, cada día tiene una propia aventura, siempre te encontrás con una sorpresa. Con el arte callejero, estás expuesto a todo lo que sucede en el espacio público, vivís con esa incertidumbre e improvisando constantemente. Con toda la dificultad que representa el estar continuamente sin saber con qué te vas a encontrar, creo que los artistas somos unos iluminados en ese sentido; siempre y cuando Edelap³⁶ no nos corte la luz.

36 Empresa Distribuidora La Plata S.A.

La jornada de la Estatua Peronista

Me levanto todos los días a las 5:30 o 6 de la mañana y empiezo a hacer mis caritas y estrellitas para repartir. Alrededor de las 7 me acuesto una hora más, despierto y mientras desayuno algo voy leyendo diarios locales. Es una tradición ver *Crónica* también. Después de bañarme, a eso de las 10 de la mañana, monto en mi bicicleta y arranco a calle 12, con mi mochila y mi banquito. En realidad, siempre fui en moto a trabajar y hacía dos paradas, una en calle 8 y otra en calle 12, pero recientemente me la robaron en la puerta de casa.

Llego, empiezo cantando la marcha peronista y me maquillo delante de la gente, mientras regalo tarjetas y les pregunto cómo están. Me paro o me siento, según las ganas, en la puerta de la perfumería *La Boutique*, entre las calles 60 y 61, o en la *Galería Rivadavia*, en la puerta del local *San Francisco*. Después, ya para el mediodía, voy a alguna rotisería y me compro algo para comer, muchas veces me regalan algún combo de hamburguesas en los locales de comida rápida que hay en esa avenida. Tipo 15 ya estoy volviendo para mi casa. A veces, si es un sábado, trabajo hasta las 17. Antes hacía doble turno, cuando tenía la moto, pero ahora con la bicicleta no puedo estar yendo y viniendo en el día, por eso ya estoy en campaña esperando recaudar lo suficiente para comprarme otra y volver a hacer esos horarios.

Cuando vuelvo a casa, doy de comer a mis perros y me preparo para el otro día, navego por redes y medios para informarme, para luego dar ese toque humorístico. Cuando surge algún reclamo o manifestación, siempre estoy ahí al pie del cañón y le doy prioridad a eso; siempre y cuando sea un reclamo lógico obviamente, no voy a salir a putear al intendente solo porque sí. De todas formas, siempre voy a ser la estatua peronista de la gente y no del político de turno.

Libre expresión artística

Ni bien volví de Mar del Plata, allá por los noventa, recuerdo que el primer día que fui a calle 12 vestido de estatua vino gente del municipio a sacarme. Les dije que no podían hacerlo, que eso era censura, que tanto yo como cualquier otro artista callejero, mientras no afectemos al comerciante, no obstruyamos sus vidrieras ni saturemos con ruidos molestos, no estamos violando ninguna ley. Simplemente nos estamos expresando artísticamente en el espacio público, que es de todos.

En tantos años trabajando en la calle, son varias las veces que quisieron detenerme. En otra ocasión, cuando participé de la movilización en Plaza San Martín por la legalización de la marihuana y el autocultivo, que también fui vestido de estatua, iba por la plaza diciéndole a la gente si podían colaborar para la causa y cuando me preguntaban sobre la causa les decía, en tono humorístico, que era para comprar fasito. Entonces vino la policía, diciendo que estaba haciendo apología al consumo de drogas y querían revisarme todo. Por suerte quedó ahí y no pasó a mayores. Pero bueno, tuve muchos quilombitos así. Más allá de alguna discusión, no suelo tener percances interviniendo en la calle. Esto de la movilización fue con la gente del cultivo solidario, desde asociaciones como Cultivar en Familia; fue en el 2018, aquel mismo año en que detuvieron a Daniel “El Profesor” Loza, por cultivar marihuana para aplacar los dolores que le causaba una enfermedad que padecía desde el año 2000.

Siempre trato de ayudar a aquellos que estén empezando en el mundo del arte callejero. Si la municipalidad les quiere joder, digo siempre que se pongan al lado mío y los defiendan a morir, porque eso es defender a La Plata como una ciudad cultural y artística. Cuido de mis dos lugares, uno en calle 8 y

otro en calle 12 y los artistas que siempre andan por ahí saben que tengo esos sitios de trabajo, entonces hay apoyo mutuo.

Viral

Acá en La Plata ya me conocen mucho; en realidad, ya me conocen mucho afuera también, sobre todo cuando se viralizó aquel video en el que estoy discutiendo con una señora. En aquella ocasión, yo estaba cantando en contra de Macri y esta mujer se detuvo para insultarme, gritándome hasta «¡Sidoso!» y «¡Traficante!», luego me pateó la alcancía y piso los billetes; de mi parte, obviamente le empecé a gritar algunas cosas también, como «¡Vieja gorila!». Luego, al otro día, cuando estoy yendo a laburar, me encuentro con que había un video de eso, que se había hecho viral, y que había salido en todos los medios, llegando incluso hasta el programa de Jorge Rial.

Así fue que se terminó de forjar este personaje de “La Estatua Peronista”. Siempre fui peronista, pero digamos que ahí se remarcó a nivel mediático. Esto no es algo que suele sucederme. Soy la Estatua Peronista siempre con el pueblo, nunca me caso con un político.

Realmente no tengo tantos problemas con la gente que pasa, ya se encariñaron un poco conmigo después de tantos años de estar en la calle, repartiéndoles tarjetas de caritas o estrellitas, regalándoles sonrisas.

Cuando hay que manifestar algo ahí está siempre la Estatua. A veces la gente no sale a manifestar por temor a perder el trabajo, en cambio a mí de la calle no puede echarme nadie.

Virgen de la Dulce Espera

Cuando recién comenzaba mi aventura como estatua, trabajé un tiempo en la calle junto a la madre de mis hijas, Marcela, que en ese momento estaba embarazada de Abril, y teníamos preparada una representación de la Virgen de la Dulce Espera y el arcángel Gabriel. Recuerdo que yo tenía siempre puestas unas alas de cuero, que aún las tengo guardadas, las cuales me las hizo un muchacho que producía los trajes de muchas estatuas vivientes. Todo eso tuvo lugar cuando estuvimos en Mar del Plata.

Ella también hace ya mucho tiempo que es estatua viviente callejera, ahora está laburando en Ecuador. En ese momento, estando embarazada, se me acerca una tarde con una estampita que le habían regalado y me dice «Mirá, la Virgen de la Dulce Espera»; en la estampita estaba la Virgen María embarazada y da la casualidad que Marcela tiene rasgos muy similares a las imágenes de la Virgen que siempre muestran, encima además estaba embarazada, sumado a que con el maquillaje podés lograr los rasgos que vos querés y ella como artista es una grosa. Entonces le digo «Escuchame una cosa, ¿y si hacemos la Anunciación?». Así surgió de hacer esta representación, con una verdadera estatua embarazada, y yo era el arcángel Gabriel, con esas alas que me mandé a hacer. Fue algo increíble, la gente se frenaba a vernos de amontones y le tocaban la panza, mi hija debe ser una de las criaturas más acariciadas parto que hubo, el feto más mimado. Abril también siguió por el arte, pero desde el lado del dibujo y la tinta, es fanática de la tinta, está toda tatuada y le encanta el skate.

Fue algo hermoso, se nos acercaba gente a hablarnos y así fuimos aprendiendo un poco más sobre el sentido de esta representación. Nos sacaban fotos, venían a pedir deseos

y hacer oraciones también. Se desataba toda una locura a veces cuando le tocaban la panza y la bebé pateaba. Se había hecho tan grosa esa figura, que la gente venía hasta donde estábamos a pedir quedar embarazada; tiempo después encontramos publicaciones donde decían que habían quedado embarazadas por haber tocado a la figura aquella vez, pero bueno, tampoco nos vamos a hacer cargo, son las causalidades de la vida. Esto fue en Mar del Plata, en el año `99, duró de los dos a los siete meses de embarazo aproximadamente y fue maravilloso. A la representación le habíamos puesto de nombre justamente “La Anunciación”. Fue de los pocos trabajos que hice en conjunto con otro artista, en la actualidad me manejo siempre solo.

Integrarte

Puedo afirmar que mi mejor momento con el arte callejero fue también en Mar del Plata, por el año 2001. Me encontraba haciendo temporada en la costa y surgió la posibilidad de participar en una función que realizaban desde Integrarte, una ONG de esa ciudad que trabaja con personas con discapacidad. Se me ocurrió armar en una plaza una galería de muchas estatuas vivientes.

Fui buscando en los chicos parecidos con algunos personajes o figuras populares, para ir disfrazándolos; por ejemplo, uno era flaquito y le quedaba muy bien el personaje de El Zorro, después había otro peladito que parecía el Tío Lucas de Los Locos Adams y, junto a otros chicos más, hicimos a la familia Adams en versión estatuas. También realizamos una representación de La Última Cena, pero con todas estatuas vivientes mujeres, eran trece chicas representando a Jesús y a los doce apóstoles,

como una forma de transgredir un poco esa visión sexista de la iglesia. Rápidamente se llenó de espectadores.

Fue un laburo hermoso, los fuimos maquillando uno por uno a todos, además era increíble el amor con que estos chicos lo hacían y lo compenetrados que estaban con sus personajes. Me resulta complicado elegir “mejores” momentos con el arte. Aun así, puedo decir que este capítulo con Integrarte es uno de los más lindos, si no el mejor, que me dio el arte en la calle, porque me di el gusto de trabajar con esas increíbles personitas y llegué a llorar de la emoción. Toda la atención estaba en estos chicos, eran los actores principales y atrás había muchísima gente colaborando y aportando para poder realizar esta función.

Fue un gusto ser parte de un proyecto así. Lamentablemente muy pocos le dan bola a estas cuestiones, que llevan por detrás un laburo enorme, reuniones, contención y todo el amor como el que pone esta ONG. Es algo importantísimo lo que hacen, quedé totalmente agradecido con ellos por dejarme ser parte.

Te aparecen estas cosas cuando uno trabaja en la calle. Así como ese evento, me surgieron un montón de posibilidades y oportunidades. Este tipo de intervenciones habla del arte como integrador, habla de que las “discapacidades” no son discapacidades, son diferencias. Es increíble cómo el arte mueve a la gente, aunque sea por un ratito. Me gustaría saber qué va a pasar el día que me muera, qué va a pasar después, si sacarán alguna nota sobre la Estatua Peronista en el diario o en algún medio platense.



Anécdotas de la Estatua

Una de las experiencias que más recuerdo, en aquella época en que Argentina tuvo cinco presidentes en poco más de una semana, fue cuando estaba como presidente interino Rodríguez Saá. Me encontraba en Mar del Plata y un día de esos pasaron Rodríguez Saá y Aldo Rico por donde yo estaba, se detuvieron a sacarse una foto conmigo, que luego figuró en el diario Clarín, y cuando se acercó Aldo Rico le dije «Usted y yo tenemos algo en común, que los dos somos cara pintada». Obviamente no le gustó un carajo eso, pero bueno, siempre fui así, de decir las cosas de frente y sin pelos en la lengua.

En otra ocasión, conseguí un permiso para poder intervenir en la puerta de la Catedral de La Plata, porque como artista uno no puede ponerse así como así en la escalinata de la Catedral. Arancedo, que hoy es el cardenal, fue quien me tendió el permiso. El tema era que, como en ese momento yo trabajaba con música, a un cura no le caía muy bien, entonces siempre me echaban de las escalinatas. Una vez que me dieron el permiso, lo que hice es inventarme una estatua que era un “ángel dark”, era un ángel negro y dorado con alas plateadas, que tenía una serpiente en la mano y de fondo me acompañaba música al palo de Marilyn Manson, todo ahí en las puertas de la Catedral. Era simplemente para pelear un poco a este cura, que encima, ante todo ese quilombo, sale y se me acerca para felicitarme, porque decía que «Este ángel demuestra que ha vencido a la serpiente que es el demonio».

También recuerdo que un día estaba de estatua en calle 12 y atropellaron a una señora, pero por suerte no fue un golpe grave. Era época de navidad y yo siempre me pongo esas alas que tengo de cuero y hago del arcángel Gabriel. La cuestión es que la mujer estaba tirada en el piso y yo obviamente me acerqué para ver cómo se

encontraba. La cara que puso cuando me vio no me la olvido más, se puso pálida, imagínate que lo primero que ves después de que te golpee un auto es un tipo vestido de ángel. Así que, en tono humorístico, le dije «Quédese tranquila que soy la Estatua señora, no la vengo a buscar».

Siempre que me encuentre en una situación donde hay que luchar y darle una mano a alguien, voy a aportar lo que pueda. Una vez presencié cómo un tipo le pegaba a una mujer en el banco y cómo la policía no hacía un carajo, ni siquiera lo querían detener. Entonces me acerqué a decirle que se lo tenían que llevar detenido, que todos habíamos sido testigos de lo sucedido y el cana me responde «Así está el país con gente como vos». Y bueno, obviamente me re saqué y le dije muchas cosas, entre ellas que «Así está la seguridad con gente como vos», y le rematé con «Prefiero ponerme un disfraz de estatua y hacer lo que hago bien y no disfrazarme de policía y no hacer un carajo».

Recuerdo también aquella vez que estaba cantando en una manifestación por la vuelta de Cristina, cuando veo que se acerca la concejal Victoria Tolosa Paz, yo andaba vestido de estatua y sobre una moto chopera. Llegó el momento en que cortamos la calle y estaban todos los medios cubriendo la marcha, entonces cuando ella pasó a mi lado, nos sacamos una foto y se subió a la moto, yo entonces arranqué y dimos una vuelta, mientras los de seguridad, con unas caras tremendas, me miraban como me la llevaba. Me robé a la candidata por calle 8. De a poco comencé con este tipo de intervención con la estatua. Fue una transición fantástica y con un montón de quilombo; participé de un montón de marchas políticas, entre ellas, una vez me encadené a la Gobernación en el período de María Eugenia Vidal, en protesta por el hambre.

La calle es un mundo inmenso, diverso e increíble,

te podés encontrar con una infinidad de cosas. Una vez se me acercó un señor, que era ferroviario y profesor, con mucha cultura encima y después de conversar un rato, me regaló un libro que había escrito sobre el ferrocarril en Argentina, el tipo sabía la historia desde que se creó la primera Chanchita, me lo autografió y así, terminé leyendo sobre la historia del ferrocarril argentino, que por ahí nunca me hubiera puesto a investigarlo.

Te terminás encariñando con la gente y ellos con vos. Hay personas que pasan una vez por mes, que vienen del banco a darme cien pesos. También hay una señora que siempre pasa a dejarme moneditas de veinticinco centavos que lamentablemente hoy no podés hacer nada con eso, pero para mí es lo mismo un millón de pesos que una moneda de un centavo, es la intención de la gente. Yo salgo a la calle y sí, facturo, pero no voy pensando en facturar. No voy por la plata a trabajar a la calle, voy a divertirme y gano un dinero haciéndolo.

Militancia y elecciones

Corría el año 2019, era la marcha de las antorchas contra el tarifazo en La Plata, fui a la plaza vestido de estatua y me invitaron a subir a un escenario. Me viene a ver luego Luis Salamanca, que era el asesor de Luis Federico Arias y me dice «El ex juez Arias quiere sacarse una foto con vos». Nos sacamos entonces la foto, charlamos un ratito y el tipo me pareció muy macanudo. Un tiempo después me había incorporado a su campaña y me encargaba de llevar sus propuestas a diferentes sitios de la ciudad, para que lo conozcan en los barrios y los comerciantes, hasta subía con sus carteles a los micros e iba diciendo cosas como «Si querés viajar mejor, Luis Arias es la solución». Después a cada lugar

donde iba Arias, me convocaban y se había pactado en ese momento un lugar mío en la lista, como consejero escolar.

Cuando se hace el cierre de listas, me preparé para ir a ubicar mi lugar, el cual en un principio yo había rechazado, pero me insistieron y terminé aceptando. Asistí entonces al cierre de lista y cuando llego me encuentro con que al final no figuraba, entonces sale Arias a hablar conmigo y me dice «Mirá, no te pongo en la lista, porque eso a mí me resta votos». Obviamente me calenté un montón y le respondí que era un cagador, que se había aprovechado de mí para hacerse publicidad en los barrios y en las calles.

Fue entonces que me llamó y me convocó el señor Pablo Massola, junto a Alvarenga, con ellos dos a la cabeza salió la propuesta de hacer el MODE. Así que bueno, hacemos la firma del partido político acá en La Plata, en mi casa; pero tiempo después me contacta el señor Luis Lugones, que es el presidente del PJ local, para proponerme participar de la campaña de Guillermo Escudero, precandidato a la intendencia de La Plata, a lo que acepté como parte de mi lucha para que vuelva a gobernar el peronismo en esta ciudad. Por eso decidí apoyar y militar por Guillermo, que era un gran candidato, incluso participé de varios actos encabezados por el mismo Escudero, donde me otorgaron siempre la posibilidad de expresarme con el micrófono.

Crecer como persona y como artista

Siento que me voy desacelerando día a día, que lo que a veces me daba bronca y me generaba mucha discusión, hoy lo tomo diferente, en vez de discutir voy a discernir, no ir tanto al choque. Es como todo, uno va madurando con el tiempo,

y quizás el mismo personaje de la Estatua está madurando, dejando un poco a un lado la rebeldía, la locura y el atropello. Hoy, antes de meterme en un operativo oficial, a gritar en contra de alguien, me fijo bien qué es lo que sucedió.

El arte te enseña a crecer como persona y como artista. Artista es tanto el que está en el Teatro Colón, como el que está arriba de un banquito en una plaza tocando la guitarra; pero hay un condimento único que tiene la calle, que es ese crecimiento personal creo yo, porque te acerca mucho más a la sociedad y estás más próximo a las personas.

* * *

El prejuicio

Desde que comencé con el estatuismo que sufro persecución y discriminación por parte de algunas personas y de las políticas públicas hacia estas actividades. Siempre se propuso una ley de permisos y espacios de artistas callejeros, pero jamás nos dieron bola. Más que nada los inconvenientes estuvieron durante el gobierno de Mauricio Macri, como cuando me encadené a la Gobernación en reclamo, pero jamás tuve miedo de expresarme.

Es fuerte la discriminación, a veces hasta me gritan «¡Andá a trabajar, vago!». Hay muchos que no lo entienden. Las maquinitas de la sociedad no saben nada de lo que es mi laburo, es su prejuicio. Se piensan que voy a sentarme y no hacer nada, no saben que me levanto todos los días a las 5 de la mañana, que preparo mis cosas, que alimento a mis hijos, a mis perros, que ayudo y banco siempre a la gente en cada manifestación. No saben que tengo mis días de mierda también, como todos. No voy a decir que es el

mismo sacrificio que aquel trabajador que también se levanta a las 5 o 6 de la mañana pero para agarrar la pala o para ir a la fábrica, aunque es mucho el sacrificio que hacemos los artistas para estar todos los días trabajando en la peatonal, además del hecho de no contar con un sueldo fijo y asegurado.

Cuando recién empezaba con esto, me agarraba unas broncas bárbaras con la gente, pero después me fui dando cuenta que no tenía sentido porque después de todo esto es lo que elegí. Es así, no a todos les va a gustar lo que hacés, igual tienen que respetarlo. Muchas veces te sentís discriminado, aguantás insultos, el mal humor de la gente.

Héroes del silencio

El arte tiene un gran compromiso con los conflictos y las problemáticas sociales. Siempre peleé mucho a favor de los senegaleses, por ejemplo, que trabajan en las calles de la ciudad. Un día los estaban sacando de una galería y yo, vestido de estatua y con un cartel en la mano que decía “Macri Gato”, me metí a darles una mano, porque son compañeros del espacio público y les estaban quitando la mercadería de importación, sin haber cometido ningún delito.

Miles y miles son los valores del arte callejero y te los podés encontrar en todos lados. Están en esa olla popular que cocinan a pulmón entre vecinos, como también en aquel político que no tiene un cargo pero que realmente mueve para el bienestar de la comunidad, sin percibir nada a cambio. Hay miles de personas maravillosas que son los héroes del silencio, que no están a la vista de todo el mundo y ni les interesa estarlo. He ido a lugares donde se realizan ollas populares, a colaborar en lo que pueda,

muchas veces hasta vestido de estatua, y vi el laburo que hay detrás de todo eso. Puede que en algunas ocasiones haya un interés político de fondo, pero aun así hay solidaridad.

Realmente agradezco mucho haber podido, desde este disfraz, encontrar los diferentes mundos que conforman la calle. Hay ídolos, héroes y verdaderos profetas que no buscan destacarse. Los valores que se reflejan en la calle, están en los pequeños detalles, en el artista que cada uno tiene en su interior, en la señora que cocina una olla popular, que es una artista también, es una ilusionista, porque hace malabares con un paquete de fideos para dar de comer a veinte pibes.

Lograr tu sustento de esta forma tiene sus riesgos obviamente, no hay un sueldo fijo, estás todo el día en la calle, donde también pasan muchas cosas jodidas, estás expuesto continuamente. Pero, aun así, es maravilloso.

Hay dos cosas que me gustan del arte: las tablas, y traspasar esas tablas al escenario más grande del universo, que es la calle. Así creo que se consigue ser una persona iluminada y hay que agradecer la posibilidad de expresión en este lugar tan maravilloso del mundo. Es la posibilidad de sacarle una sonrisa a la gente y, a su vez, transmitirles una idea, un pensamiento, es también la posibilidad de tener un rol político utilizando el espacio público.

La palabra política está ensuciada por los políticos, pero en realidad la política es solidaridad, es defender los derechos, es transformación.

Te devora o te acuna

Creo que en el arte no hay un comienzo o un final, un saber o no saber. Hay que animarse y largarse a la calle. Puede ser dura en los inicios, pero con el tiempo uno va logrando soltarse.

Hay que dejarse llevar por el arte y no tanto por la calle, por aquellas cosas que te podés encontrar en estos espacios; o terminás siendo un artista maduro, enfocado en seguir creciendo con tu arte, o terminás fumando porro y trabajando en una esquina para comprar falopa. Hoy noto una generación de artistas callejeros mucho más sana en ese sentido, en la alimentación, más activistas.

Aprovechen para hacer todo el arte que puedan. La calle te devora o te acuna. En la calle te podés encontrar con el chanta, con el estafador, con el gitano que te roba, con el burócrata que también te roba; están los negocios más turbios, es un espacio gigantesco, diverso e imposible de dominar, lleno de actividades lícitas e ilícitas, como en aquella película *Nueve Reinas* [2000].

Hay que ser precavidos y tenerle respeto a la calle, pero también dejarse llevar por lo lindo que tiene. Es como si te mandaras a cruzar una avenida con el semáforo de peatón en rojo, te matás.

Si lográs estar atento y aprendés a disfrutar en el frío, en el calor intenso y no te mofás de lo que estás haciendo, que en realidad es lo que elegiste, ahí sabés valorar lo hermoso de la calle. Mientras todos corren por la lluvia, vos la disfrutás. Es toda una forma de ver las cosas, una filosofía de vida.

La expresión del alma humana

La finalidad de mi expresión es dar un mensaje a la sociedad. La estatua es del pueblo y es justa, no se vende. Puedo pasar hambre, frío, pero mientras un veintiséis por ciento de la población pasa hambre y frío, salgo a la calle igual a gritar mis ideas y buscar el cambio.

El arte callejero es la libre expresión del alma humana. El arte no tiene un principio ni un final; es una expresión única y momentánea que sale de adentro. Todos tenemos nuestro rinconcito en el alma de artista.

La estatua es toda mi vida. Voy a ser viejito y voy a seguir haciendo esto, calculo que me voy a morir en la calle vestido de estatua. Gracias a la mitología griega, hay miles de personajes para interpretar y si tengo que estar recostado iré con una reposera o a un banco de una plaza. Soy la estatua del pueblo platense. No lo podría abandonar en mi vida, es lo que me dio todo lo que soy. Quizás cuando esté más grande lo haga menos horas, quizás una vez por mes, pero sé que hasta mi último suspiro de vida voy a estar en la calle con mis túnicas blancas y mi peluca albina.

X

BOMBO Y PLATILLO

Al ritmo del bombo y el platillo bailan, cantan. Al ritmo del bombo y el platillo se expresan, se unen. El barrio halla en la murga un espacio de contención, identidad, pertenencia y su voz. Esta actividad trasciende a una expresión artística, para transformarse en una familia. El curso interviene las calles, el tránsito. De entre percusiones, danzas y cantos, también se escuchan los gritos del reclamo, se escucha la voz popular, la palabra de aquellos que nunca son escuchados.

Que hoy podamos apreciar todo el despliegue callejero de las murgas, se debe, en parte, al origen de aquella manifestación cultural del candombe afroamericano en la época colonial, el cual representaba todo un medio de expresión -comunicación, danza y religión- para les africanes esclavizados que desembarcaban en los puertos del Río de La Plata. Estas danzas surgen de la conjunción de los más de veinte pueblos africanos que fueron traídos por la fuerza a esta región, cada uno con su propia identidad cultural, con una propia cosmovisión y su propio arte.

Dependiendo del lado del Río de la Plata en que te encuentres, la murga es una u otra. Pese al origen afro que poseen en común ambos estilos, son muy diferentes entre sí; por un lado, la murga uruguaya se encuentra más enfocada en el show del tablado, de escenario y en el arreglo coral; por otro lado, la murga porteña o argentina es más callejera y está más enfocada en el desfile, el baile y en el ritmo que provocan el bombo y platillo. El Carnaval argentino es multitudinario, bien callejero; puede que haya restado importancia a la calidad artística, en comparación

al uruguayo, pero es sumamente inclusivo, popular y barrial, no hay murga que no pueda participar del curso -distando así de los concursos selectivos en Uruguay-. Es un espacio de libre expresión y de respuesta, de resistencia, es el arte del pueblo unido, bailando y desfilando sin parar.

La vestimenta que tradicionalmente se utiliza en las murgas nos dice mucho. Les negres oprimides en estas regiones tenían solo un día libre, que era el carnaval, y se vestían con las prendas que sus amos desechaban; tomaban los sacos y las levitas descartadas y las daban vuelta, dejando el brillante forrado interior al descubierto, también usaban sombreros, moños, bastones y todo lo que encontraban. En la actualidad, el traje murguero ha adquirido un rol de mucha relevancia, es la piel y la armadura; la levita está cargada de particulares apliques -los cuales se tornaron mucho más simbólicos luego de la dictadura militar del '76-, son trajes repletos de mensajes, de ideas, de letras de canciones. En el baile de la murga porteña también se observan rastros de aquella opresión, movimientos temblorosos que simbolizan el cansancio por la explotación hacia los esclaves y patadas hacia el cielo que representan el romper las cadenas, el revelarse ante aquel devastador contexto que vivían.

No podemos hacer a un lado, entonces, lo extraño que resulta el ínfimo porcentaje de población afrodescendiente en Argentina, teniendo en cuenta las enormes oleadas de esclaves que llegaban a esta región en la época colonial; tan solo entre el 4% y el 6% de los habitantes poseen componentes negros en sus genes, cuando en 1778 era cerca del 40%. Pero entonces, ¿dónde está toda esa población afroargentina? La respuesta se halla en las epidemias y, sobre todo, en las guerras del siglo XIX. Los afrodescendientes, "liberados" para ir al campo de batalla, fueron carne de cañón en la Guerra de la Independencia Argentina (1810-1824) y en la

Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), aquella contienda bélica -la más mortífera en la historia sudamericana- que enfrentó a Paraguay con Argentina, Uruguay y Brasil. Dicha guerra acabó con una población paraguaya diezmada, derribando el salto que desde 1850 había dado Paraguay, con un modelo agrario que partía de una nacionalización del 90% del territorio y un arrendamiento accesible para el campesinado pobre y mestizo, como también un control estatal de la exportación y del mercado interno, lo que lo postulaba y apuntaba como potencia económica.

Decimonónica centuria magullada por la reducción artificial de la población afroargentina, llevada prácticamente a la desaparición total. Un final de siglo que, a su vez, dio lugar a grandes oleadas inmigratorias en este país, pero principalmente de origen europeo -el tipo de población y cultura que pareciera se buscaba para estas latitudes, una búsqueda reflejada, por qué no, en la misma masacre de los pueblos originarios en la Conquista del Desierto, aquella noción de civilización versus barbarie-. Aun así, la cultura afro quedó impregnada en la región y echó raíces. Ellos, los “bárbaros”, viven en nuestras raíces musicales, culturales, en nuestro arte, influenciaron toda la cultura y el arte americano. Están ahí, en ese candombe que, junto a otros ritmos afroamericanos, será la base para que luego se constituya la murga que vemos hoy, la cual fue creciendo y mutando a lo largo del siglo pasado.

Resulta ahora más evidente la proveniencia del nombre “Pacto de Negros”; Mariel Gómez, una referente de esta murga, reafirma el origen negro de esta expresión y manifestación artístico-cultural, asegurando que aquellos africanes traídos a estas tierras «tenían una conexión más ancestral, empezaban con el toque de tambores y, ante la miseria que vivían, en vez de llorar se ponían a cantar; fue

la primera manifestación que transformó el dolor en alegría, el canto en libertad». Esta ya experimentada murguera y educadora popular, nos acerca un poco a la historia y los orígenes de las murgas en La Plata, proporcionándonos a su vez un amplio panorama del aporte en barrios periféricos y en las zonas menos favorecidas de la sociedad, y su relevancia como espacio social, cultural e identitario.

Puede que solo hayas visto esa cara de la murga, sus alargados desfiles por las calles platenses. Pero la murga es todo terreno. Podés encontrarla en cada barrio, en cada pueblo a lo largo y ancho del país; está en las escuelas, junto a las personas con discapacidad y en los penales. La murga contiene, une y transforma y como lo observa Gómez es «la cuna que abraza a las vidas que llegan».

Pacto de negros³⁷

Mariel Gómez



Primeros pasos

Mi camino con la murga arrancó en el año 2005, en Los Farabutes del Adoquín, que fue la primera murga de la ciudad de La Plata, con un ciclo de veinticinco años. Fue el periodo en que ingresaba a la facultad, tenía diecisiete años. Había empezado a estudiar educación física, no estaba bien segura de lo que quería hacer, pero me metí

³⁷ Relato basado en una entrevista realizada el 2 de septiembre de 2020.

en la carrera porque venía haciendo deporte desde chica. Iba tres meses de carrera, cuando me anoté en un taller de murga que daban en uno de los centros de estudiantes, que duró cuatro semanas. Era un equipo de trabajo inicial que se dedicaba a brindar talleres en diferentes espacios y yo no conocía aún nada del género. Ahí hice el contacto con Los Farabutes y fui a ensayar a la plaza Belgrano, en calle 13 y 40. Como ellos me vieron condiciones, me ofrecieron a los tres meses empezar a dirigir el baile.

Lo cierto es que tenía una actitud bastante reá en ese momento; si bien la murga se desarrollaba en el centro, yo venía del barrio y tuve una historia bastante difícil desde chica y adolescente. Terminé la escuela y sabía que quería estudiar o desarrollarme; pero lo cierto es que mis hermanos y mi familia, no hemos tenido una infancia donde las cosas fueran fáciles, sobre todo en el contexto donde yo me crié. Vivo en uno de los barrios más bajos de Los Hornos. La cuestión es que no tenía muy buenos modales cuando aterricé en la murga, entonces lo que hicieron los referentes conmigo es ponerme a laburar ahí adentro.

Por aquellos tiempos, la murga era súper escalafónica. Los Farabutes del Adoquín fue una murga con un director central y con una comisión directiva, a diferencia de todas las demás que había en La Plata; fue una de las más tradicionales acá, formada por gente grande y familias. Ahí empezó mi desempeño y, a los seis meses que empecé con la actividad, me propusieron entrar a laburar con el equipo de trabajo, que eran cuatro personas que se dedicaban a dar talleres de murga en algunos espacios platenses y, sobre todo, se dedicaban a viajar, hacían todo lo que eran los pueblos por fuera de la ciudad de La Plata, en Brandsen, Chascomús, Partido de Gómez, Jeppener. Así que arranqué a viajar con el equipo y empecé mi experiencia

con los talleres; fui aprendiendo con ellos, iba medio como ayudante, pero ya ahí se me empezó a pagar un sueldo. Nosotros íbamos en el auto, en un Falcon, viajábamos por todos los pueblos, campo adentro, llegábamos a las escuelas rurales, a las sociedades de fomento de los pueblos.

Hice un recorrido de casi ocho años con ese mismo equipo de trabajo. Después, cuando concluyó el ciclo de la murga de Los Farabutes, empezamos a armar una carrera como educadores. Por entonces, hace quince años atrás, no existía la figura del educador popular, solamente el de docente formal, ni mis viejos entendían como de la nada había entrado en la docencia sin haber estudiado. Esos fueron mis primeros pasos.

Estallido murguero en La Plata

Cerca del año 2000, ocurrió todo un fenómeno acá en la ciudad, empezaron a fundarse murgas por varios lugares. Ahora habrá solo un veinte por ciento de las que había en ese momento en el casco urbano. En esos tiempos, la murga pertenecía solamente a todo lo que es el centro de La Plata, había murgas en Plaza San Martín, en Plaza Rocha, en Parque Castelli, en Plaza Malvinas. Nosotros, observando esta concentración, quisimos cambiarlo.

Si bien teníamos contactos con otras murgas, porque se hacía la Marcha Carnavalerá una vez por año, Los Farabutes del Adoquín era reglada, reglada, en el sentido de que había desde bebés hasta gente muy grande, de setenta u ochenta años, era una murga familiar, entonces estaba prohibido el consumo de alcohol y hoy seguimos sosteniendo eso, la murga como un espacio donde se labura el cuerpo de forma sana.

Nuestra postura estaba alejada un poco de la dinámica de las demás; por ahí las otras murgas eran más de adolescentes o de juventudes y por eso en la mayoría de los eventos que había tal vez nos costaba participar. Aun así, en la Marcha Carnavallera, que era una marcha que se daba una vez por año, para que los corsos sean gratis y para que vuelva el feriado por carnaval, ahí sí participábamos. Eso se dio durante diez años y después sucumbió la murga en el centro, por ahí era muy difícil sostener los espacios, ahora creo que hay tres o cuatro, en su momento había cerca de veinte.

Esto es una opinión personal, pero para mí tuvo que ver con que mucho del mambo que se daba en las formaciones de las murgas era del palo universitario, es lo que yo siempre observé, era gente de afuera que venía a vivir al centro y se dio como un modismo con la murga. Hasta ese entonces había muy pocas murgas en la ciudad; estaba la murga de Los Farabutes del Adoquín, en La Plata; Los Viajeros del Humo, que eran de City Bell, ya estaban fuera del centro; y después estaban Los Sospechosos del Barrio. Todas antiguas. A partir de ahí, empiezan a haber separaciones, algunos se fueron de Los Farabutes, porque era una murga dirigida, y se iban como medio enemistados, entonces se iba uno y armaba otra murga, se iba otro y armaba otra.

En general el público de las murgas, por aquella época, era la clase estudiantil, de entre los veinte y los treinta años. Luego empezó a decaer la movida de las murgas, es como que la ciudad de La Plata se va moviendo por modas en lo artístico, por lo menos eso es lo que yo observo desde chica, que fui siempre viendo cómo iba cambiando el fenómeno.

Un nuevo ciclo

Pacto de Negros surge porque Los Farabutes del Adoquín cierran su ciclo y algunos de los más jóvenes nos quedamos en el aire, sin la murga, lo mismo con los hijos de los fundadores. En el año 2010, aproximadamente, Los Farabutes del Adoquín dieron por concluido su ciclo. Hubo un trayecto de dos o tres años que no hicimos actividad. Entonces nos empezamos a juntar, éramos casi todos adolescentes. Estuvimos un año preparándonos, encerrados en un lugar que se llama El Galpón de las Artes, nos prestaron ese espacio desde el primer momento, hasta el día de hoy lo seguimos usando. Nos preparamos durante ese año y así nació Pacto de Negros en 2013.

Me empiezo a formar entonces en lo que es territorio, en la parte de educación, y cuando armé mi proyecto de trabajo con mis nuevos compañeros, lo primero que hicimos fue abrir la propuesta de la murga, lo que sabíamos y habíamos aprendido hasta el momento, lo empezamos a trabajar por fuera del casco urbano. Comenzamos en el barrio San Carlos, en Los Hornos, Altos de San Lorenzo, Villa Elvira, Abasto, Romero, todos los barrios más bajos. Una vez que empezamos a brindar los talleres comunitarios, nos dimos cuenta que la murga en un barrio es mucho más fácil de sostener, porque vos no tenés diez o veinte personas, tenés cien. Todas esas murgas hasta el día de hoy se sostienen, como sucede con Vaguitxs de Los Hornos, Atrapando Sueños de Altos de San Lorenzo, Los Rebeldes de San Carlos, Los Desvelados de La Lata, Pacto de Negros que también está en Los Hornos. Son todas murgas que venimos sosteniendo hace siete u ocho años sin desarmarnos, pero porque es otra cantidad de gente, es otra conciencia y compromiso, se empezó a laburar así la identidad más barrial. Funcionamos con otros proyectos comunitarios, como con la olla popular,

laburamos también con la niñez, fuimos abriendo un poco la actividad comunitaria. Este es nuestro sostén artístico y de vida.

Notamos que la murga se sostiene más en los barrios, por un lado, porque se hace un trabajo más global y, por otro lado, porque la gente que forma parte de las disciplinas artísticas en el casco urbano, en el centro, está por ahí más enfocada en su formación universitaria o vienen con un objetivo más académico que otra cosa, entonces su actividad artística está como en un segundo plano, como un hobby, es más pasajero. Incluso nos pasa con algunos integrantes de nuestras murgas, que viven en el centro y que son estudiantes, ellos van a la murga cuando pueden y lo aceptamos así obviamente. Lo que ocurre en un barrio es que por ahí no tienen otras actividades, los chicos y las chicas, la niñez, que solamente tienen que ir a la escuela y nada más. Yo, por ejemplo, vivo en calle 70 y 152, en uno de los barrios más bajos, y tengo a todos mis compañeros de la murga cerca, tengo a uno acá en frente, a la vuelta de mi casa tengo a otro y en la otra cuadra vive otro. Entonces es mucho más fácil sostener cualquier idea que a vos te surja, porque además los padres y las madres se recontra copan y ayudan. Es como que en los barrios la murga pasa a un primer plano. La murga es nuestro sostén de vida, es lo único que tenemos, donde podemos ser.

El golpe más explosivo que tuvo Pacto de Negros, que impulsó nuestro crecimiento, fue el pasaje del casco urbano hacia el barrio. Desarrollamos los primeros dos o tres años ahí en el barrio Meridiano V, trabajábamos con gente joven. Cuando empezamos con la niñez, se dieron los primeros resquemores. Eso hizo que, junto con Alexis, que es mi compañero, que en ese entonces era director de la murga también, tomemos el rol de decir «Bueno, vamos a ser los directores o referentes». A nosotros no nos sirvió la asamblea, ya lo digo así, que todos decidíamos todo nos enquilombó

bastante los primeros años. Fue entonces que tomo este rol, con base en algunas situaciones que hubo de violencia.

Hicimos el pasaje hacia el barrio, con la idea de realizar un trabajo más relacionado al territorio y más comunitario. A partir del 2016 estuvo el gran crecimiento, tanto en número de personas, como en lo humano y en lo artístico. Lo que sí nos brindó un montón fue el haber entrado en el Circuito Nacional de Murgas, que nos permitió hacernos conocidos en todo el país y poder viajar. Hasta el día de hoy es un grupo muy masivo que se sostiene hasta en esta época de pandemia.

Germinar

Los Farabutes se acercaban con la murga a los pueblos, pero no a los barrios fuera del casco urbano, sino que trabajaban más lo que era la población de campo fuera de La Plata. No había murgas en ningún lado y menos en el campo y en esos pueblos; así que, en sí, lo que hicieron fue germinar semillas fuera de la ciudad. Entonces nosotros nos dedicábamos a viajar, nuestras primeras experiencias como educadores fueron en lo que es la ruralidad. Después ese equipo de trabajo medio que se fue disolviendo y yo quedo como con la “titularidad”.

A los 18 años empecé a trabajar en el municipio de La Plata. Tenía un taller de murga para tercera edad, a través de Desarrollo Social. Desde muy chica estoy en una de las dependencias de esta área. Luego quedé como titular de ese cargo, porque mi coordinador, que era una persona grande, se retiró de la actividad y seguí un poco con una educación más informal digamos, educación popular. Me fui formando en diferentes ramas, haciendo capacitaciones. No estudié

ninguna carrera artística, toda la experiencia viene de los talleres en la calle. También hago música, toco la guitarra y me dedico al tango. Fui aprendiendo por las tradiciones de mi familia, que son todos guitarreros, desde mis abuelos. En síntesis, terminé la escuela y me dediqué por completo al arte.

Talleres barriales

El equipo de trabajo lo conformamos cuatro personas, hombres y mujeres. Nos acercamos a instituciones del lugar donde queremos realizar los talleres y presentamos el proyecto. Cuando lo aprueban, se promociona en esa determinada comunidad o barrio, y la gente se va anotando. Casi siempre los talleres son abiertos a todas las edades. Comenzamos siempre mostrando lo que hacemos y la propuesta artística con una presentación rápida y vamos diagramando clase a clase.

Son proyectos bien armados, comunitarios, con un fin social, donde la murga es un instrumento de expresión y contención. Lo que nos ayudó mucho fue que la actividad sea exclusivamente callejera y popular.

La dinámica de una clase es más o menos así: en principio hacemos mucho trabajo físico, de elongación y entrenamiento del cuerpo. Con los años, hice la capacitación de preparadora física. Después de haberme jodido una rodilla, entendí lo fundamental que era preparar nuestro cuerpo. Por lo tanto, empezamos con una entrada en calor y siempre las clases de los talleres tienen al menos entre treinta y cuarenta minutos de entrenamiento; si son niños o adolescentes, lo laburamos desde el juego, la parte recreativa. Después ya se empieza con la percusión, tengo un compañero que toca el bombo y el dirige esta parte

de la clase; yo coordino el baile y después tengo otras dos personas que ayudan en la coordinación general. Son grupos muy grandes los que manejamos. Cuando termina la clase de baile, la parte más física, se descansa un poco. A la vuelta, ya más calmados, laburamos vocalización y canto con canciones, porque la murga tiene canto popular.

Cuando vamos a trabajar a una escuela rural, por ejemplo, en el pueblo de General Belgrano, hay días en que el patio está lleno de agua porque llovió mucho, entonces llevamos todos los elementos que tienen que ver con el vestuario murguero, realizamos la confección y producción de apliques, y todo lo que tiene que ver con la estética de la murga, también se pueden armar cabezudos -que son los muñecos-, las banderas, las fantasías de la murga. Tiene que ver con una preparación teatral también esto, en general la murga siempre prepara un espectáculo, entonces todas esas nociones van enmarcadas dentro del taller, que va variando mucho en cada encuentro. Lo que sí, siempre se marca un comienzo de la clase y un final, y todas las clases están diagramadas. Nos ayudó mucho ser más sistemáticos y organizados para alcanzar los objetivos que fuimos planteando.

Una cara visible

La murga es lo que a nosotros nos da una cara visible para poder plantear todas nuestras problemáticas, nuestros reclamos; la gente de un barrio puede plasmar lo que le está pasando arriba de un escenario. En ese sentido, el micrófono es el valor más grande que tenemos nosotros. Durante los últimos cuatro años de neoliberalismo, pasaron un montón de cosas con las que tal vez apuntaban a sacarnos cada vez más, tanto a nosotros como a todo artista callejero.

Ensayamos en dos espacios, en El Galpón de Las Artes los miércoles, que es un lugar artístico independiente, que está situado en la calle 71 entre 13 y 14. Trabajamos a nivel comunitario dentro del barrio Meridiano V, ese fue nuestro primer espacio. Después, teníamos el Centro Cultural y Polideportivo Los Hornos, en la calle 66 y 153, que nació gracias a la lucha y organización de los vecinos, por el año 2012. La decisión que tomaron en enero fue privatizar el espacio, cobrando una cuota a cada alumno que asistía a los talleres culturales. Nosotros, como murga dejamos en claro que no estábamos de acuerdo con la medida, ya que marcaba una clara política de privatización. Siempre estuvimos a favor y trabajando para la cultura y educación pública y gratuita. Entonces, durante los meses de enero y febrero decidimos negarnos a pagar por el espacio y realizamos ensayos y radio abierta dentro del lugar, junto con los demás talleres culturales, a modo de protesta, manifestando y repudiando esta intención.

Cuando empezó todo esto de la cuarentena se detuvieron los reclamos y la actividad, pero el espacio sigue privatizado hasta ahora. Desde mi experiencia, porque además soy laburante del municipio, esto siempre va a depender de la política de turno. Con la política de Julio Garro (Cambiemos) no estamos pudiendo avanzar. Si vos querés hacer un curso y cortar la calle en un determinado lugar, te van a dar muchas vueltas para otorgarte el permiso, o te dan el permiso y no te mandan Control Urbano para coordinar el tránsito. Es muy difícil sostener un curso o un espacio físico para el carnaval, porque no te garantizan la seguridad y la coordinación.

Después, otro mecanismo de negación al reconocimiento de nuestro trabajo cultural se notó claramente en la organización de los cursos en La República de Los Niños, donde no invitaron ni tuvieron en cuenta a las agrupaciones

carnavaleras locales. Hay una negación absoluta hacia los valores de la cultura popular local, porque el progresismo tiende a trabajar para una cultura más clasista. Arte y cultura elitista, paga, con condiciones de participación. En cambio, nuestro lema son las raíces, valorar al barrio y su historia, el trabajo social, comunitario y voluntario. Esta gestión municipal tiende a negar lo anterior, lo antiguo, la historia de cada fenómeno cultural, implantando ideas nuevas de cultura marketinera. Pero no nos pueden bajar, porque hay una comunicación y organización, hay una red cultural, no solamente de murgueros, sino de artistas callejeros en general y de artesanos de la ciudad que estamos en contacto.

El corso

Al intervenir, se corta el espacio de la calle. Tenés cursos de una cuadra y hay otros de hasta catorce cuadras, como el corso oficial de Ensenada. Se corta entonces la calle, donde la gente asiste a un momento de jolgorio. El corso es el espacio donde el vecino va a mirar a las agrupaciones, a participar de la guerra de espuma, a compartir música y baile. Eso sería el espacio del corso para la murga, donde se presentan las agrupaciones del carnaval y los artistas callejeros. Después está lo que tiene que ver con un reclamo, que la mayor parte de las veces son pacíficos, donde se unen diferentes disciplinas, como también del mismo género, y se interviene la calle de manera pacífica, sin violentar a nadie. Eso lo hemos hecho muchas veces, hacer presentaciones en forma de reclamo, presentaciones pacíficas. Luego están las marchas, como lo era La Marcha Carnavalera, la cual convocaba a todas las murgas de la provincia de Buenos Aires y desfilaban desde Plaza Italia hasta Plaza San Martín. Hay distintas convocatorias, distintos eventos, distintas formas

de intervenir con la murga. Nosotros una vez por año, por ejemplo, realizamos el festejo de nuestro aniversario en el Galpón de Las Artes, que concurren cerca de mil personas y hacemos un encuentro de murgas, donde van desfilando una tras otra dentro del mismo Galpón, ahí estamos contenidos porque es como nuestro espacio físico cerrado.

Uno de los momentos que nunca voy a olvidar fue la primera vez que me tocó salir a un corso. Tenía diecisiete años, recién estaba empezando con la murga. Ensayábamos en la Plaza Belgrano, en calle 13 y 40, y estuve durante dos o tres meses preparándome para salir. La primera noche de carnaval fue emocionante y rarísima a la vez. Cuando vos te preparás para salir a un corso, se convoca a la gente, a la familia, y en ese entonces en Los Farabutes del Adoquín, que fue mi primera murga, éramos como setenta, salíamos de a dos micros. Un día antes ya tenía preparado mi traje, listo en el porta traje, todo acondicionado y prolijito. Me acuerdo que era chica y le pedí permiso a mi mamá para salir con la murga y ella me acompañó hasta el colectivo y yo subí con mi mochilita, me llevé mi sanguchito y mi jugo. Esa noche viajábamos a Brandsen. Mi primera noche de presentación, de estreno digamos, la primera vez que salí a actuar, fue una noche de carnaval, un corso, ahí en Brandsen.

Algo que no me voy a olvidar jamás fue cuando formamos en el medio del asfalto, en la avenida principal ahí en Brandsen, donde está la plaza principal y la iglesia. A lo largo de dos cuadras empezábamos a armar el desfile. Fue increíble, me temblaban las piernas de los nervios, porque veías a toda la gente de ambos lados de la vereda. Fue una sensación única, salir por primera vez con todas las familias, con los chiquitos, con los grandes, todos con sus trajes. A partir de ese momento entendí como era la murga y la importancia de salir y estar en el asfalto, con el pueblo, con

la gente. Es ahí donde uno comienza a tomar consciencia de lo que es ser artista, lo que es pertenecer a la cultura popular.

Siempre voy a remarcar que la murga es una disciplina súper organizada, que pertenece a lo popular, y que no porque sea popular le va a faltar organización. Aquella vez me temblaron las piernas hasta que largó el primer silbato y sonaron los bombos. Recuerdo que en ese entonces el grupo de percusión se llamaba “La Sin Rival”, eran nueve varones, los nueve bombos. Y bueno, ahí arrancamos el desfile y la gente nos aplaudía. Fue encontrarse con el vecino, con la vecina que te empieza a aplaudir, y yo que salía por primera vez, fue increíble. Al finalizar la presentación se te venía la gente a darte abrazos, a felicitarte, eso no me lo voy a olvidar nunca más, porque fue el primer momento de mi vida en que yo hice algo para el público, y el primer momento en que logré como joven, como jovencita adolescente, el tener una identidad.

Venía de una familia muy desarmada, de muchos problemas, en ese entonces mis viejos se estaban separando, y no en buenas condiciones. Estaba como muy desamparada cuando arranqué con la murga, y para un adolescente formar parte de un espacio así y tener ese reconocimiento es increíble. Fue algo que me transformó.

Otro momento emocionante fue en 2017 cuando, siendo docente de territorio, de educación popular, daba un taller de murga en el Hogar Pantalón Cortito, del barrio San Carlos, una institución muy grande y antigua, con mucho trabajo a nivel territorial. En este hogar formamos la murga Los Rebeldes de San Carlos, con veinticinco nenitos, chiquitos y chiquitas, desde salita de jardín hasta más o menos dieciséis y diecisiete años. El Hogar Pantalón Cortito es un espacio de lucha política y social, y cada vez que había que presentar un reclamo, la murga salía a la calle.

Y participamos así en la marcha por los derechos a la niñez.

Con esta murga fuimos a una manifestación en Plaza de Mayo, en Capital Federal, que conglomeraba a muchos movimientos sociales y populares de la República Argentina. Recuerdo que en la manifestación se llevaba al santo San Cayetano; la procesión venía adelante con el santo, con todas las mamás, con todos los movimientos y las banderas. Cuando pasó el santo y llegó a la plaza, nos tocaba salir, veníamos atrás, ocupando todo el ancho de la calle, los veinticinco niños y niñas, y nosotros tocando el bombo con ellos. Había murgas de gente grande, pero ninguna de solamente niños, así que se abrió la calle y nos dieron paso entre aplausos, atrás del santo San Cayetano, que es tan importante para la cultura trabajadora. Ese fue otro momento increíble, donde les enseñamos y les transmitimos lo importante que era estar en la calle ese día, junto a todos los movimientos. Era el Día del Trabajador, fue una convocatoria nacional muy grande para esa fecha, en conmemoración a San Cayetano, y para pedir tierra, techo y trabajo, que son las “tres T” y el lema de estas organizaciones.

Tengo otro momento importante, con nuestra murga Pacto de Negros, fue cuando participamos por primera vez en el Encuentro Nacional de Murgas, en la ciudad de Bahía Blanca. Hay un circuito nacional, donde se realizan encuentros muy grandes con diferentes murgas, y a nosotros nos costó mucho llegar, nos costó mucho hacernos conocidos a nivel nacional y poder así charlar con los referentes para poder participar y hacer la presentación. Durante un fin de semana al año, en Bahía Blanca, participan murgas de todo el país, pero hay una capacidad limitada por el espacio. Finalmente logramos anotarnos para participar, así que planificamos toda una presentación, sacamos un micro doble piso y fue la primera vez que salimos en representación de

la ciudad de La Plata. Llegamos entonces al lugar, teníamos dos cuadras de desfile y la llegada al escenario. Era parecido a un corso, pero el público eran todas murgas, murgueros que miraban a otros murgueros, nos recibieron recontra bien. Hicimos nuestra presentación, fue muy emocionante. Cuando terminamos hubo abrazos, lágrimas de alegría, por el trabajo que hicimos estos años. Era también la aprobación del público, esa aceptación y esa nueva etapa para nosotros que entramos así a un circuito nacional.

En épocas de carnaval hasta el aire se siente distinto. Llegan las cinco de la tarde y el murguero ya empieza a preparar su traje, las zapatillas limpias. De ahí tenés que agarrar todo y acercarte hasta la plaza. Nosotros tenemos la plaza de nuestro barrio, que es de donde salen los micros. Si a las familias se les complica o tienen muchos chiquitos, los que tenemos auto nos organizamos y los pasamos a buscar. Después nos juntamos, hacemos una ronda y nos empezamos a maquillar. Todo eso tiene que ver con una mística de ese momento. Es la previa de salir al corso.

Así sea el primer fin de semana de febrero o el último, son momentos de sensaciones únicas y muy especiales, que el murguero tiene muy presente. Toda esa mística es como si fuera un ritual, el prepararte, el pintarte, el cambiarte, el subir al colectivo. Es el armar los tuppers grandes con comida para todos. Nosotros nos organizamos con las mamás y los papás, porque por ahí hay familias que no tienen para los alimentos. Una vez terminado el corso, nos sacamos los vestuarios y acomodamos todo dentro del micro, juntamos a los chiquitos en ronda y les damos de comer, primero a los más chicos y después a los grandes. Lleva toda una organización y una mística la salida con la murga. Todo eso va acompañado de emociones muy particulares, que es la emoción de febrero, un mes único que el murguero espera todo el año.

Durante el año participamos en actividades solidarias, con comedores comunitarios y otros eventos parecidos. Hacemos una o dos de estas presentaciones por mes. También estamos en los encuentros nacionales. En enero es el Encuentro Nacional de Murgas en Caleta Olivia, en el sur, en marzo el de Saladillo, después en octubre el de Santiago del Estero, en septiembre el de Salta y en noviembre el de Bahía Blanca. Son cinco al año, viajando por todo el país. A nivel local participamos en instituciones, de manera voluntaria y solidaria. Vamos trabajando de esa forma, haciendo presentaciones o tallercitos en algunos espacios. Durante el año vendemos comida para juntar dinero, sostener la murga y los viajes, porque somos una murga independiente, no recibimos subsidios de nadie. Ofrecemos lechón por porción con ensalada de papas, o pollo por porción, pizzas o guiso de lentejas. Una vez al mes se cocina para obtener fondos, los recursos económicos para sostener la murga y los viajes.

Espacio de contención

La murga lo que tiene como espacio social es que llega y aterriza en un barrio, o surge y nace en un barrio, y lo transforma totalmente. Las almas que llegan son las historias de vida que vienen más postergadas, son las vidas que más dejadas a un lado están socialmente. La gente de un barrio, sobre todo de un barrio bajo, es la que más postergada está por parte del Estado, porque sus problemáticas siempre están para lo último. No sé si tiene que ver con una cuestión de pobreza o riqueza económica, sino con derechos, de que vos ya por el lugar y espacio físico donde nacés, donde vivas, vas a estar marginado, sí o sí. Aun así, estos barrios se caracterizan por la unión vecinal, la unión de la comunidad. Nuestro sector de acá del bajo de Los Hornos, por ejemplo, tiene un

parque que es precioso, que nació con la lucha y el trabajo de los vecinos. Tenemos cantidad enorme de artistas callejeros, cantores populares. La murga es la cuna que abraza a las vidas que llegan, es el espacio donde el niño o la niña que no tiene madre, pero sí padre, y ese padre no sabe qué hacer, siempre se acerca con el chiquito o la chiquita que quiere algo artístico. Se trabaja con la niñez por ese lado, al igual que con mucha gente grande que también necesita estar contenida.



La murga es un espacio donde uno puede hacer diferentes actividades artísticas, como cantar, bailar o tocar un instrumento, pero además de todo eso, es un espacio que engloba a todos; no se me ocurre otra disciplina artística que amontone y aglomere a todas las edades y a tanta cantidad de personas.

La murga que hacemos nosotros parte desde el concepto de familia, de respeto y de familia, de murga como cuna, como madre formadora de valores. A partir de ahí creamos y escribimos nuevas historias para aquellos que, en la mayoría de los casos, vienen con historias de vida muy castigadas, buscamos entonces darles una identidad y un nuevo lugar a los que están más postergados; historias de vida muy similares a las nuestras, tal como me pasó a mí y como les pasó a muchos otros compañeros murgueros. Yo me crié en un ámbito con un padre alcohólico, que fue detenido por golpear a mi madre. La murga me abrazó, me llevó, me contuvo. A mí me cambió completamente la vida, porque me dejó pertenecer. La murga da una identidad, te permite ser.

Valores

Lo que trabajamos fundamentalmente es la igualdad para todos y todas. Llegamos al espacio de ensayo y nos saludamos, hacemos una ronda para esto, también para elongar y para trabajar el cuerpo. Todos ensayamos juntos, hacemos la preparación física y volvemos a la ronda para terminar la actividad juntos. Hasta que no se retiren todos y todas de la plaza no nos quedamos tranquilos, esperamos a ver que vuelvan bien a sus casas. Entonces primero es un espacio de igualdad; segundo, de respeto, que nos ha pasado también de tener un montón de situaciones de violencia dentro de la misma murga, aunque igual las situaciones

violentas que tuvimos sucedieron en otro espacio, que fue en el casco urbano, con otro tipo de personas.

Aprendimos a partir de eso que el respeto es lo fundamental y yo también me lo digo continuamente y lo vengo trabajando, lo aprendí con los años; si bien estuve en la conducción desde un principio, no sabía muy bien todo lo que era coordinar un grupo, y más uno tan grande. Después, otra de las cosas que queremos dejar como legado, tiene que ver con que hace falta trabajo y compromiso, para que así haya una expresión y un sostén en el tiempo. Para estar dentro de esta murga, en Pacto de Negros, nosotros le pedimos a la persona que se comprometa sí o sí a estar al menos un día de los dos ensayos semanales, si puede los dos buenísimo, pero al menos uno. La persona que no puede cumplir con un día de ensayo, es una persona que puede estar, pero desde otro lugar, puede ayudar a cocinar, por ejemplo, porque también tenemos la cocina dentro de la murga, pero el que está tiene que comprometerse y brindarse para esta murga. Es el compromiso y un poco de disciplina también, porque es lo que a mí me han enseñado, a sistematizar bastante el trabajo. Por más que sea algo del género popular, siempre tiene que estar enmarcado y organizado. Ya van a ser ocho años desde que tenemos la murga y la vamos sosteniendo de esa forma, siendo prolijos y organizados.

Circuito nacional

Hay un circuito nacional que nuclea a todas las murgas del país y que propone durante el año diferentes puntos de encuentro; por lo general son en Santa Cruz, Bahía Blanca, Necochea, Punta Alta, Salta y Santiago del Estero. Hace varios años que ya se vienen dando en todos estos

lugares. Entonces así se nos genera un cronograma anual. Nos vamos turnando, por una cuestión económica, al menos anualmente tenemos cuatro viajes. Nos juntamos con otras murgas en esos puntos del país, acampamos, aprovechamos para buscar un lugar bien puro en la naturaleza. Estos encuentros convocan entre alrededor de cinco mil y diez mil murgueros, y nucleamos todas las actividades de las murgas ahí, es algo hermoso. Además, se puede aprender mucho, hay muchos talleres, se comparten fogones, rondas de canciones y de experiencias de vida.

Son encuentros preparados con mucho respeto y organización, que también se caracterizan por reglar el tema del consumo de sustancias, a diferencia de los encuentros de Suardi, por ejemplo, que es un lugar donde muchos chicos fallecen por el tema del consumo. Estos encuentros en Santa Fe, en Suardi, por ahí eran más para el reviente, donde no se si el objetivo principal era la murga. Buscamos que lo primordial sea el género, la murga, aprender y compartir desde ese lugar, en un entorno sano y familiar y por eso los coordinadores estamos en contacto todo el año para armar los encuentros.

Estos viajes son hermosos, porque muchos de los niños y niñas de acá del barrio, de los adolescentes y de la gente grande también, conocieron otras provincias y otros lugares gracias a estos encuentros. Hace unos tres o cuatro años que venimos haciendo viajes con la murga. Las mejores experiencias las vivimos en los cerros de Salta, en el Encuentro Nacional de Murgas, cuando la mayoría de los chicos, adolescentes y grandes, no habían salido de la provincia de Buenos Aires. Además de la oportunidad de viajar, estábamos representando a nuestra ciudad, a nuestra comunidad. Otro momento lindo fue cuando los chicos conocieron el mar, cuando fuimos a Bahía Blanca. Tenemos también incluido el campamento dentro de nuestras actividades, siempre nos vamos en carpa.

Somos una murga independiente y nos bancamos solitos. Nos organizamos tres meses antes de cada viaje y hacemos “polleadas solidarias”, largamos a la venta una vez por mes, porciones de pollo con ensalada o lechón con ensalada; ahora, por ejemplo, la próxima semana hacemos lechón al asador y vendemos por porción con ensalada. Entonces la gente nos compra y nosotros con todo eso recaudamos para pagar los colectivos.

También, a su vez, realizamos rondas donde hacemos actividades de encuentro con la niñez; por ejemplo, a veces usamos el patio de mi casa, o de otros compañeros y hacemos fogones con los más chiquitos. Tenemos las diferentes familias que están siempre ahí. Desde la murga realizamos muchas actividades para los más chiquitos, para también para ayudar a sus padres que por ahí tienen que ir a trabajar, o mismo terminan el día y necesitan descansar un poco. Cada tanto se hacen esos fogones para los niños y niñas, donde realizamos actividades muy variadas, incluso hasta de meditación. También se hacen rondas de adultos, donde planteamos otras problemáticas, desde la charla y la escucha, muy parecido a la dinámica de un grupo terapéutico, es un espacio de la murga para saber cómo nos encontramos como grupo, como personas.

Todoterreno

Hoy en día tenemos un proyecto de murga que se llama Los Bichitos del Amor en la Dirección de Integración, donde trabajo con personas con discapacidad, de todas las edades, de nueve hasta cincuenta años. Después tenemos la de adultos mayores, que se llama Otra Chance. También estamos con un proyecto en

los penales, que empezó ahora, en 2020, en Gorina.

A lo largo de los años realizamos diferentes capacitaciones y diplomaturas. Lo que otorgó crédito a nuestro oficio fue la experiencia de habernos mandado sin un título académico, desde el conocimiento popular, un sentido común.

En el caso del penal estaba súper restringida la educación artística. No empezamos desde cero, ya veníamos trabajando hace dos años con producción musical, armamos una banda de cumbia dentro del penal. Esto es en la Unidad 18 de Gorina y en la Unidad 36 de Magdalena.

Hacemos un plan de acompañamiento comunitario. Trabajamos en una institución relacionada al acompañamiento a personas en consumo problemático, y dentro de ese marco hay una parte que se dedica al encierro. En general son internos de buena conducta, que ya están trabajando y estudiando, muy próximos a su libertad. Vamos semanalmente con mi coordinadora, que es operadora sociocomunitaria, y voy con Ale, mi compañero, que también trabaja en el arte y los talleres.

Primero hacemos una dinámica para ver cómo les fue en la semana, qué problemas están teniendo, estilo grupo terapéutico también; la segunda hora es de producción musical o artística, podemos hacer mural o percusión, construcción de macetas, reciclado. Partimos por contarles la propuesta, les contamos también nuestra experiencia de vida, que somos pibes de barrio que nos dedicamos a vivir del arte, y que venimos a trabajar con ellos porque creemos que son iguales a nosotros.

Ese es como nuestro mensaje, nuestra idea base, y después vas creando un vínculo con cada uno de ellos. Estamos siempre en el salón de usos múltiples, en la parte

de escuela de las cárceles; es más una relación como de profesor-alumno, pero nosotros les decimos que vamos como artistas a acompañarlos en un proceso creativo.

Tenemos también la Casita Libertad, que se fundó este año y está en la calle 33 entre 1 y 115, ahí los recibimos cuando salen en libertad, para acompañarles en el proceso de revinculación comunitaria. Hay proyectos de emprendimiento, talleres de artes y oficios y estamos ahí si necesitan realizar algún trámite, anotarse en la escuela o alguna institución.

Homenaje

Una de las experiencias que más me marcó fue cuando compusimos un homenaje a Fortunato Andreucci. Hace unos años me llegó un libro que se llama El Juglar Silenciado: Hechos, cosas y gente de Ensenada por Fortunato Andreucci, del autor y compilador Daniel Fabián. Lo leí acá en casa en tres días, recuerdo que estaba en reposo. Es una monografía que cuenta la historia de un artista de Ensenada, que era un poeta callejero y vendedor ambulante, se llamaba Fortunato Andreucci y lo apodaban “Nato”.

El tipo era murguero también, se encargaba de hacer poesía dentro de las murgas de los años ´70. La ciudad de Ensenada tuvo murgas desde años muy remotos, no fue como en La Plata que llegó a partir de los años `90. En los años ´70, a Andreucci le dan un cargo y entra a laburar en el Astillero Río Santiago. Como él tenía gran capacidad de redacción, empieza como subdelegado a defender los derechos de los trabajadores. Resulta que en 1976 lo encuentran asesinado por los militares, junto a dos delegados más, en la avenida 520, a la altura del barrio Romero.

Su historia me conmovió, lloré mucho y escribí una canción para él. La murga dentro de su estructura artística tiene canción de entrada, que es la presentación, canción de homenaje, de crítica y de retirada, nosotros seguimos esa lógica artística. La canción que hice se llama “Homenaje a Nato”. En 2018, dos años atrás, se dio una lucha de los trabajadores del Astillero Río Santiago, en Ensenada, que los quisieron despedir durante el gobierno de Macri. Los laburantes caminaban desde ahí hasta Buenos Aires por la autopista y, además, tenían su carpa grande que estaba en la Plaza San Martín de La Plata

Un día le dije a Alexis, mi compañero, que traiga el bombo y nos fuimos para la carpa en colectivo. Recuerdo que en el piso había un montón de hombres durmiendo, estaban muy cansados por las guardias y las marchas. Me presenté, les conté que era de la murga Pacto de Negros y que escribía sobre diferentes historias, les pregunté si conocían a “Nato”, si habían conocido a Fortunato Andreucci, y un hombre muy grande que estaba cocinando ahí dentro de la carpa, tendría unos setenta y pico de años u ochenta, sentado desde una reposer me dijo «Sí, él fue compañero mío... ¿vos de dónde lo conocés?». Le conté del libro y que nos habíamos acercado para saludarlos y regalarles una canción. Así que les pedimos que se sienten, todos los laburantes del Astillero hicieron una ronda y les cantamos el tango a Nato.

Fue un momento único, por suerte hay registros de eso. Fue todo muy emotivo porque varios de ellos, los más grandes, lo conocían y varios de los compañeros más jóvenes sabían de su historia, que fueron los tres trabajadores asesinados. Digamos que está prohibido olvidar dentro de esa historia. Ese fue el momento más emotivo que tuve con el arte, haberles cantado a los compañeros en un momento de lucha y poder aportar un poquito más de fuerza. A

partir de ese momento, forjamos un vínculo enorme con los trabajadores de Río Santiago, los empezamos a apoyar y cada vez que hacían los festivales artísticos íbamos con nuestra murga a presentar ese homenaje.

Fortunato era un gran artista callejero y un referente del reclamo social. En el libro cuenta cómo él salía y tocaba timbre por timbre regalando rosas y dedicando poesías, con todas sus parodias también. Nosotros a partir de esa historia, con ese terrible final para los tres trabajadores, pudimos hacer un poco de conciencia con las personas de nuestro barrio, las cuales no sabían mucho del tema, de lo que fue en sí la dictadura. Hay muchas cuestiones sociales que acá se pueden trabajar desde esa forma también, porque hay mucha gente de estas zonas que desconoce mucho de la historia. Tal vez en el casco urbano no sea así, pero porque la realidad que se vive es totalmente otra y hay un acceso mayor a la información, en el ámbito de la facultad, pero en los barrios es muy raro, por eso resulta muy importante estar presente, poder trabajar esas cuestiones y esos temas.

* * *

Marginación

No sé si existe hoy una gran persecución hacia el arte callejero, pero sí marginación social. Es algo con lo que vamos a tener que convivir el resto de la vida, está muy relacionado con el tema de las clases. A nivel cultural, el artista callejero tiene como experiencia una vida recontra amplia y muy rica para compartir, porque lo que aprende lo aprende desde el sentido común, desde la experiencia, desde lo que uno se encuentra en el espacio de la calle, con

la gente. Creo que por eso siempre va a estar marginado; por ejemplo, yo soy una persona que me diplomé en un montón de ramas que no tienen que ver con lo artístico, del palo de la comunicación, de la oratoria, del liderazgo, de la coordinación de grupos, y hasta el día de hoy me pasa que cuando me presento como murguera a la gente le sorprende. Me toca mucho a veces sentarme con el ámbito político, a hablar y a negociar un montón de situaciones, porque además de la murga, trabajo en proyectos comunitarios a nivel municipal.

No creo que haya mucha persecución ahora, hay otras maneras de censurar la actividad en la calle, que tienen que ver con coartar los caminos, pero que de todas formas les es imposible, porque cuando la gente ama algo y cuando vos vas por el camino del bien, sano, organizado, contra eso no se puede. Por lo menos nosotros, no vivimos aún experiencias de persecución, sí que nos hayan querido correr de cierto lugar.

Con respecto a la marginación, la murga, como manifestación artística y cultural, tiene sus raíces en la esclavitud, las agrupaciones carnavaleras venimos de los negros. El negro esclavo estaba exigido físicamente por su amo. Le pusimos Pacto de Negros a nuestra murga, en parte por el compromiso que tenemos a modo de pacto y en referencia a la esclavitud. Seguimos siendo también un poco “los negros de los barrios”, que quieren poner su palabra y su dolor de ser prohibidos, porque los negros cuando los tenían en los fondos de las casas, la gente de clase alta los explotaba totalmente. En el periodo colonial los habían robado de sus tierras, de África, los traían acá sin su consentimiento. Hay que imaginar el dolor que sentían en el alma. Ellos empiezan a chillar en los fondos de las casas y a juntarse en las esquinas, empezaban con el toque de tambores y, ante la miseria, en vez de llorar se ponían a cantar. Fue la primera manifestación que transformó el dolor en alegría, el canto en libertad.

Transgresión y transformación

Con el arte callejero se transgreden los órdenes de la vida, rompe con todo mandato social. Ya desde el momento en que vos elegís ponerte una levita, un traje, estás rompiendo el molde, y más aún el artista callejero que se toma como oficio el arte. En mi caso, por ejemplo, pude armar un oficio con esto, pero desde el lugar de romper con un mandato. Intenté ir a la universidad, hice hasta el cuarto año de psicología, pero me di cuenta con los años que no era lo que sentía y que me estaba yendo muy bien con la educación popular y el arte. Entonces seguí esa corazonada, me formé un poquito más, pero en otros aspectos.

El que decide vivir del arte en la calle quiebra el primer mandato, que tiene que ver con la rutina cotidiana. El arte te enseña que el ser humano no tiene que aguantar, al contrario, el ser humano tiene que expresar. Podés dar incluso un mensaje triste de una manera poética, más estética y feliz de vida, te mantiene todo el tiempo expresándote de la forma que sea. Eso te hace vivir más liviano.

La persona que se encuentra con el arte se transforma. Nunca en la vida me llegaron tantos mensajes por las redes sociales preguntándome si doy clases particulares, como me está pasando en esta época de cuarentena, y eso que nunca me dediqué a dar individual ni particular, soy más partidaria de lo colectivo. Empecé a laburar por una cuestión económica y también para tirarle una onda a toda esta gente. El arte te cambia la energía, vos llegás a tu casa cargado con una situación, te tirás en el sillón, como me pasa a mí, entonces agarrás la guitarra o te ponés a escribir y ya eso te cambió la película, te cambió completamente.

Hay veces que voy manejando, que vengo con el día cruzado, entonces freno en el semáforo y tengo de golpe a una piba que está haciendo malabares extraordinarios, y esa persona ya te alegró el día, porque te lo está regalando de corazón, es arte para la gente, para todos.

Mi oficio

En mí caso, el arte es mi oficio. Creo que faltan algunas cosas como para terminar de formar esa idea del arte callejero como profesión. ¿Cuál fue entonces mi receta o mi poción mágica? Soy una persona que realiza muchas disciplinas artísticas que vengo llevando de toda la vida, como la música o la pintura. Lo que me ayudó a armar un oficio y permanecer en el tiempo fue el darle un marco, sentarme en una computadora a armar bien un proyecto.

Tenemos reuniones con artistas de La Plata, estamos trabajando para formalizar la figura del trabajador comunitario que se dedica al arte. Me sirvió mucho, por ejemplo, hacer la capacitación de trabajador sociocomunitario, que brinda el propio Estado, con eso podés ir a cualquier sitio y presentarles ese diploma, porque en muchos lugares te lo piden. Les explico, les cuento que soy artista callejera, que no fui a la facultad, pero que tengo capacitación docente y soy trabajadora sociocomunitaria. Ahora estoy haciendo un diplomado en coordinación grupal también. Son maneras de formarse, que se complementan con lo que uno ya trae y sirven para terminar de dar un marco legal. Tal vez tengas tu proyecto bien trabajado en tu cabeza, pero es necesario tenerlo volcado en papel también, para que sea claro y seguir construyéndolo. Al menos a mí me funciona así, vivo hace quince años de esto, pero conozco mucha gente, amigos y

amigas, compañeros y compañeras, que son artistas y que todavía les cuesta sustentarse solo con el arte. Siempre digo lo mismo, hay que sentarse y poner el arte, o la actividad que hacemos, en un proyecto y que eso sea un modelo para que de ahí salgan otros. Es necesario sistematizar la actividad, un poquito, sin involucrarnos académicos, porque te va a habilitar para entrar en muchos de los espacios sociales o institucionales.

Me sirvió mucho el registro. Cada vez que me pasa algo importante en la docencia o en lo que es taller, llego a mi casa y lo escribo con una fecha, porque uno nunca sabe si lo va a necesitar después para otro trabajo o proyecto. En esta etapa de cuarentena lo que hice hace dos o tres meses, antes que me empiece a agarrar el ataque del encierro, es revisar todos los proyectos artísticos que tenía, por ejemplo de música, de arte recreativo o de murga, y me encontré con cosas muy útiles de hace tres o cinco años atrás.

La idea es armar un currículum artístico. Por más que un artista callejero quiera romper con esa idea y con todo el modelo laboral que rige hoy, si quiere vivir de su arte en la sociedad que estamos actualmente, va a tener que darle esa formalidad. Cuando fui a la cárcel, no me dejaban entrar hasta que hiciera la capacitación en contexto de encierro, y no me importó, la hice, me recibí y empecé a laburar en las cárceles. Quería estar ahí adentro y formar la primera murga en un penal de la ciudad de La Plata. Igual es muy complejo entrar a trabajar en el servicio penitenciario, te ponen muchas trabas desde el ministerio de seguridad. Ahí fue que me pidieron un currículum artístico. Por eso siempre hay que tenerlo, aunque sea muy sencillo, que figure en un papel tu nombre artístico, tu nombre real, tus años de experiencia y demás.

Dar lo mejor

Cuando uno está arrancando con el arte callejero, siempre hay que ir al corazón de la gente, transmitirles que uno quiere vivir de esto y hay que ir siempre perfeccionándose y para eso es importante tomarse para bien las críticas.

Después, obviamente ser comprometidos con el arte que vos hagás. Para vivir de esto hay que dedicarle un poquito de todos los días, podés descansar, pero siempre manteniendo constancia, salir a demostrar que lo que hacés vale. Esto va para cualquier rama del arte callejero, dar lo mejor, no sucumbir, no aflojar.

Arte para compartir

El arte le brinda identidad a la comunidad, a un barrio, es una contribución a la cultura popular. El arte me permitió vivir en libertad, es como un colchón continuo. Uno tiene un montón de problemas, pero está trabajando de lo que le gusta y eso es ser realmente muy afortunado, tener la posibilidad de elegir.

Me di cuenta que uno está y aterriza en un determinado lugar y en el tiempo adecuado, porque la vida misma te va llevando a donde tenés que estar. No hay que perder la humildad, por más artista que seas si te la empezás a re crear, te guardás los saberes y laburas desde el ego, en algún momento te vas a caer, es así. Trabajar con humildad es la manera de mantenerte firme. Está bueno siempre, aunque solo sea una vez por año, dedicarse a hacer laburo ad honorem. Si todos hiciéramos eso una vez por año, el mundo sería muy distinto. Se trata de brindar para que los saberes y los dones giren, y también para que todo eso vuelva, retribuirmos continuamente entre todos.

EPÍLOGO

Expresar para transformar

Sin duda alguna, en la exploración y rastreo de los múltiples signos y sentidos que constituyen al fenómeno del arte callejero, los conceptos de expresión y transformación fueron los de mayor resonancia, los que más eco hicieron al interior de cada capítulo. Expresarse artísticamente, desde un espacio inclusivo, para conmover, como acto político y aporte para el cambio y la transformación social y de uno mismo. Estos son los cimientos del arte callejero, que se observan desde las raíces de cada práctica, tanto en aquellos juglares del Medioevo como en el candombe de los pueblos africanos esclavizados en esta región en la época colonial. Está claro, entonces, que la expresión artístico-callejera es parte relevante de la sociedad humana, inherente a ella, la atraviesa a lo largo y ancho de su historia.

El arte en la calle como filosofía de vida, como sustento económico, como espacio comunicacional alternativo, de transgresión y quiebre, como territorio de vinculación, como generador de sentidos culturales e identitarios, el arte como esperanza de cambio, como posibilidad de una sociedad mejor, más alegre e igualitaria.

Al igual que los murales de Lumpen, esta obra es inacabada. Es mi pequeño aporte para continuar profundizando en el magnífico y muy diverso mundo del arte callejero que tanto contribuye a la ciudad, a nuestra comunidad. Es una invitación para extender el análisis y la reflexión de todo lo que representan estas intervenciones urbanas en La Plata y en cada ciudad del mundo, del rol que cumplen en el continuo

diálogo y debate de los aconteceres sociales, del lugar que ocupan en la producción de nuevas subjetividades. A modo de cierre, comparto un relevamiento de fragmentos e ideas de cada capítulo, como síntesis de las perspectivas de cada artista.

La obra se termina y queda ahí. Con el pasar del tiempo fui tomando conciencia de que es totalmente efímera, hoy está y mañana puede venir otro artista y pintar en ese muro, continuar la intervención de ese espacio. Una vez que está en la calle le pertenece a todos, al barrio, a la comunidad. Entiendo la pintura callejera como la transformación de la piel de la ciudad, del día a día, todo el paisaje, eso tiene una carga energética tanto del artista como de aquel que observa. Tratar de conmovier de alguna manera con la imagen, con lo visual, con lo que uno sabe manejar. Lo resumo como un generador de transformación y que todo el mundo pueda ver la obra, que se apropien de ella.

Eduardo Alcántara (LumpenBola, muralista)

El arte callejero es en principio una forma de vida y una forma de liberación del sistema. La mayoría de los que hacemos esto lo hacemos porque nos gusta; el que quiere y se anima no está atado a cumplir un horario bajo normativas como en otro trabajo, con sus ventajas y desventajas obviamente, pero es una forma de decir “yo soy mi jefe”. Es también una forma de pensar el arte, que no solo está en museos, teatros o instituciones, que puede y que está en todos lados, y en la calle es aún más masivo e inclusivo.

Federico Andrés Pavón (guitarrista callejero)

A veces siento que tal vez nos matamos tanto por dar un mensaje, cuando en realidad el simple hecho de expresarse en la calle ya habla de muchas cosas, ya tiene una poesía en sí. Arte callejero es tomar la calle como medio de comunicación, medio de diálogo con las otras personas, con las que nunca hablaste o tal vez nunca vayas a hablar. Es una unión entre lo que pasa en el mundo y la calle, y también lo que te pasa a vos con el otro. Arte callejero es construir desde lo que pasa, desde el afuera, con lo que sucede en la sociedad. Lo veo como una herramienta de construcción justamente porque salís e intervenís, te chocás con la realidad y trabajas sobre eso. Creo que realmente se puede, por este medio, lograr un gran cambio social.

Alejandra Greco (mimo callejera)

Es una fábrica de hacer pájaros, buscar que la juventud elija por el lado de la humanidad, que se comprometa con las situaciones sociales que atravesamos, que luche por las injusticias que se viven. El arte callejero busca romper con la rutina del día a día, fomenta la posibilidad de otro mundo, un mundo donde hagás lo que te gusta sin tantos condicionamientos. Es luchar por un mundo donde la sociedad sea más humana, donde la gente en la calle no camine sin hablarse los unos con otros.

Ignacio Pastorino (El Anartista, poeta callejero)

El arte te une, demuestra que hay pasión y atrapa. Es un ida y vuelta, un gracias por ambas partes. El arte deja una sensación de alegría en las calles, de asombro. A cada persona le genera diferentes sentimientos y sensaciones, algunos se emocionan, otros se ríen. Es regalarle algo a la otra persona, compartirle un mensaje, jugar, lo imposible se borra y se hace posible. Esa es la imagen y el objetivo del mago, por un instante hacer volar.

Nicolás Zaccardi (mago callejero)

El arte callejero acerca cultura, amor, ilusión y posibilidades de trabajo. El circo te demuestra que hay una disciplina para vos, seas quien seas, y que hay una posibilidad de vivir mejor, de estar bien, de ser feliz, de estar sana, tranquila; es una posibilidad de aportar para un mundo diferente. El arte es expresar, es comunicar, es denunciar, es incomodar, es dar. El arte callejero es una herramienta muy fuerte, muy amplia, muy popular; desde ahí se pueden plantar muchas semillitas positivas. Su finalidad es la felicidad, es ser felices e intentar dejar el mundo un poco mejor de lo que lo encontramos, o por lo menos de generar un poco esa conciencia social.

Sabrina Alzugaray (malabarista callejera)

Considero la calle como un espacio donde puedo ofrecer mi arte, mi oficio, a un público muy diverso, donde lo puede disfrutar tanto quien puede pagar un espectáculo y lo va a valorar en la gorra, como aquel que verdaderamente no tiene un mango. Arte callejero es también generar ese lugar de libre expresión, de libre acceso, para que se pueda disfrutar de la diversa y hermosa infinidad de actividades artísticas que existen.

Emanuel Lorience (Payaso Manotas)

Es la voz de los que no pueden hablar. En la pintura callejera te puedes encontrar con todo aquello que está sucediendo y no te quieren contar, que no sale en las noticias, lo que nadie habla, lo que nadie se entera, y lo ves a través de las intervenciones en las paredes; refleja lo que está pasando, lo que está sintiendo la sociedad, aquello que se necesita hablar y manifestar, tus emociones, tu manera de ver el mundo, tu manera de expresarte, tus gustos. El graffiti es darle vida a los muros.

Mateo Chaves (Subone, grafitero)

El arte callejero es la libre expresión del alma humana. El arte no tiene principio ni fin. Todos tenemos nuestro rinconcito en el alma de artista. Todo tiene un arte, el tirar una piedra hacia arriba es arte, el tema es que cuando la piedra caiga no lastime a nadie. Los valores que se reflejan en la calle, están en los pequeños detalles que se hacen desde el amor a la sociedad. Están en los artistas, pero desde la visión de que todos tienen un pedacito de artista en su interior; la señora que cocina una olla popular para la gente que lo necesita es una artista también, es una artista ilusionista, porque hace malabares con un paquete de fideos para darle de comer a veinte pibes. Es también una herramienta de transgresión, una forma de romper los esquemas. Es dejar de ser una máquina, para que tu alma se exprese.

Sergio Montero (Estatua Peronista)

La murga es la cuna que abraza a las vidas que llegan. Ya desde el momento en que elegís ponerte una levita, un traje para salir a laburar, no solo con la murga, como cualquier artista callejero, estás rompiendo el molde. El arte callejero le brinda identidad a la comunidad, a un barrio, a cualquier ciudad, es una contribución a la cultura popular sobre todo. El arte te enseña que el ser humano no tiene que aguantar, al contrario, el ser humano tiene que expresar. Es para compartirlo siempre, es para laburar desde un lugar de humildad; uno puede escalar y escalar e ir creciendo un montón, pero nunca hay que perder ese lugar de humildad. Se trata de brindar para que los saberes y los dones giren, y también para que todo eso vuelva; lo que uno da siempre vuelve.

Mariel Gómez (Murga Pacto de Negros)

SOBRE EL AUTOR Y LA ILUSTRADORA

Athuel Fortunato nació un 6 de abril de 1997, en Lago Puelo, Chubut. Guitarrista desde pequeño, forjó a temprana edad un fuerte vínculo con el arte; su madre Karina, artista música de toda la vida, fue quien lo impulsó a sumergirse y enamorarse del mundo artístico. En el verano del 2013, a los quince años de edad, tuvo su primer trabajo: cada mediodía, en el centro de El Bolsón, giraba de un restaurante a otro, dejando un sobre en cada mesa y musicalizando el almuerzo con su guitarra electroacústica y sus arpeggios instrumentales.

En el año 2015, decidió cambiar las montañas por la ciudad. Emprendió rumbo hacia La Plata, donde cursó sus estudios en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, de la Universidad Nacional de La Plata; con un breve pasar, en el 2018, por la Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Humanidades.

Eva Ferrán es una joven artista platense formada en la facultad de artes de la UNLP, con experiencia dictando talleres de educación no formal. Ha participado de exposiciones individuales y colectivas. Su principal interés está arraigado en el retrato y la pintura en formato mediano, con especial énfasis en el uso de acuarela. En la actualidad explora el uso de las nuevas tecnologías y su integración en la producción de sus obras.

SOBRE NUESTRA EDITORIAL

Bosque es un hogar para albergar proyectos con deseos de publicarse. En nuestro nombre laten la creación y la vitalidad de los ecosistemas cuando están reunidos y la convicción de acompañar el crecimiento de la edición independiente.

Apostamos a un trabajo que abra canales de expresión y circulación de voces nuevas y diversas. Nuestra experiencia se nutre del trabajo en Ediciones de La Caracola, sello que creamos en 2014 y con el que llevamos publicados más de 20 títulos. Desde Bosque abrimos un nuevo camino, una segunda casa que nos permite ampliar el catálogo a otros temas e intereses.

Entre los servicios que ofrecemos, se encuentran la coordinación editorial integral, corrección de textos y edición de estilo, gestiones de imprenta y trámites de registro legal y diseño integral. Trabajamos con todo tipo de textos narrativos, obras gráficas y de ilustración, y elaboramos encuadernaciones artesanales para tesis, libros de tiradas cortas y manuscritos en nuestro taller de libros y cuadernos.

Te invitamos a conocer nuestra experiencia editorial:
editorialbosque.wordpress.com

IG y FB: Editorial Bosque
Contacto: editorasbosque@gmail.com

Memorias de la calle es una antología del arte urbano platense. Con base en relatos biográficos y entrevistas, su autor nos lleva a conocer el detrás de escena de quienes sostienen su vida con la magia y el circo, la música, la poesía, la murga, el graffiti y otras performances escénicas. El libro narra las historias de diez artistas y su rol como actores sociales y políticos que construyen a diario la cultura e identidad local. Esta obra nos recuerda la potencia comunicacional del espacio público y su capacidad de incluir voces silenciadas que discuten normativas sociales y siembran alternativas.

<<En la calle no hay verdad, la mía se cruza con la de otra persona y está sujeta a interpretaciones de quienes la habitan. Salir a la calle es salir al dinamismo, vivir de manera no estática. Hay que pensar la calle como seguridad y al adentro -quedarse en casa sin hacer nada- como inseguridad. Seguridad es salir a compartir>>, reflexionó alguna vez el muralista platense Luxor, a quien el autor retoma en la introducción. Sean bienvenidos pues a este espectáculo de diversidades a cielo abierto.



ISBN 978-987-46259-3-3



9 789874 625933